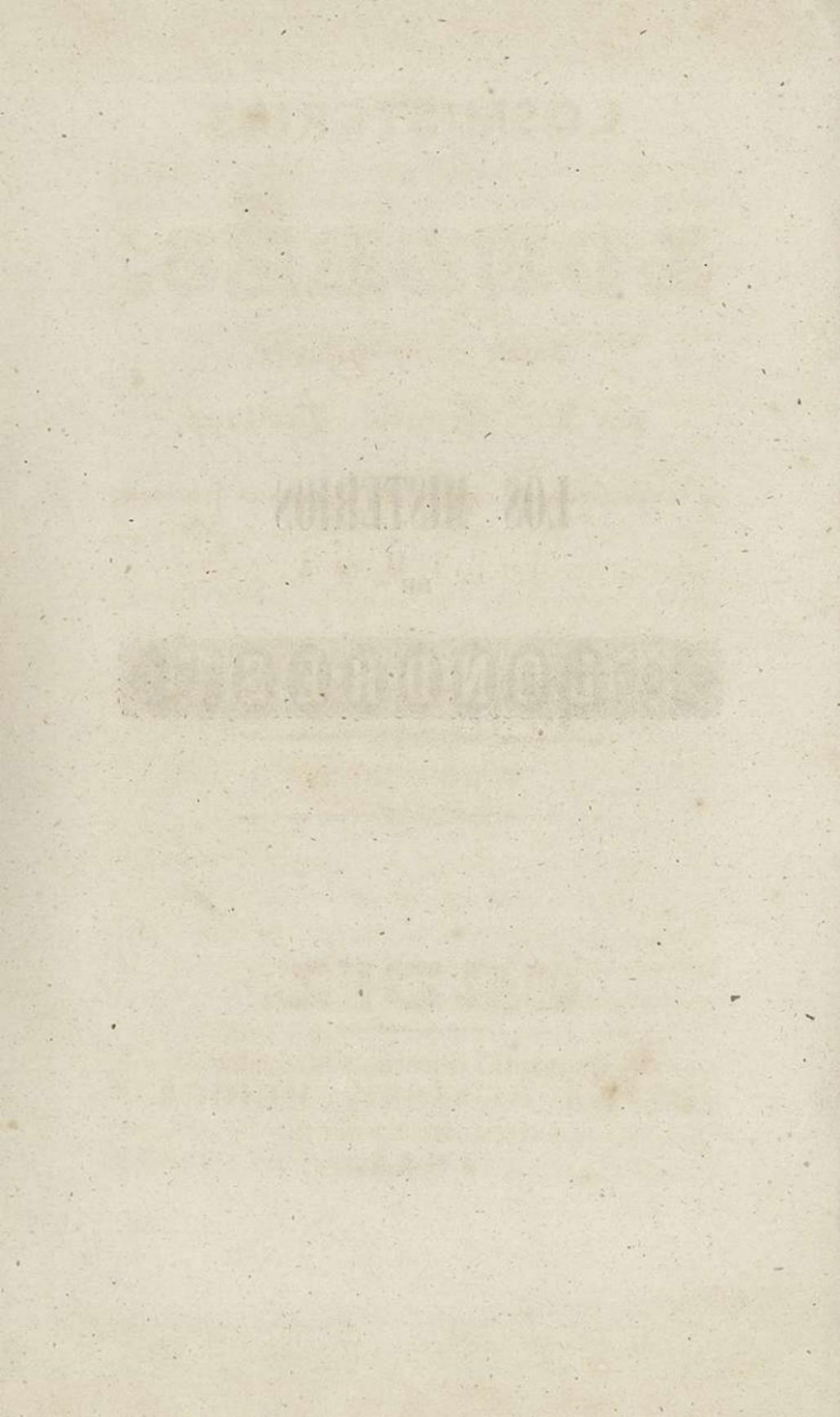


LOS MISTERIOS

DE

LONDRES

7245



LOSMISTERIOS

da

LONDRES.

Novela escrita en inglés

por Sir Francis Trollope,

y trasladada al español de la version francesa

Por D. I. M. de A.

TOMO QUINTO.

GAZ.

Imprenta, libreria y litografia
DE LA REVISTA MEDICA,

plaza de la constitucion núm. 11.

1844.

LOUISIANA

1853.

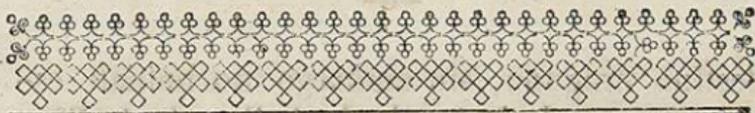
THE STATE OF LOUISIANA

IN SENATE

JANUARY

1853.

THE LAKE CHARLES



LOS MISTERIOS DE LONDRES.

PARTE TERCERA.

LA GRAN FAMILIA.

CAPITULO PRIMERO.

La vela.

N el primer piso de la magnífica casa en que vivía el marques de Rio-Santo en Belgrave-Square, había, además de su habitación privada, una continuación de piezas amuebladas con aquel mismo lujo prodigioso, y á la vez de buen gusto que hacía d' Irish-House un todo homogéneo y enteramente maravilloso. Aquellas piezas no tenían

destino ninguno, sin embargo no habian estado siempre desiertas desde la llegada de Rio-Santo á Inglaterra y los rumores de la elegancia de Lóndres daban lugar á un vago misterio acerca de su destino.

Un proverbio que no tiene sentido comun, dice que la voz del pueblo es voz del cielo: pero, por paradójica que sea la *sabiduria de las naciones*, no ha llevado la extravagancia hasta formular un vacio y banal axioma concerniente á la voz de los salones. Si nos es permitido decir nuestra opinion á este respecto, nosotros que no tenemos ninguna especie de pretension al título de compositor de *pensamientos*, diriamos que es la voz del diablo.

Tal es nuestra opinion manifestada sincera y francamente.

Como quiera que sea, el West-End, que se ocupaba terriblemente de Rio-Santo, se perdia en congestiones cuando ese gran marqués no hacia nada extraordinario durante veinte y cuatro horas. Entonces, trababan las indignaciones y echaban mano de la suposicion. Dos mil almas poéticas de ladies se imaginaban estrañas historias, de las que un doble número de dandies se hacian edictores responsables. Entre dos historietas fraguadas por el ocio, no se desdeñaban los caballeros formales por la edad, de introducir tambien su trocito de version.

Un sastre hubiera hecho su suerte con la milésima parte de la publicidad prodigada así en estos cuentos sin pies ni cabeza.

Por lo que concierne á esta parte d' Irish-House, regularmente inhabitada, de que hablamos ahora, admiraríamos profundamente al lector, si pusiesemos á su vista la mitad de las hipótesis aventuradas por las misses, y las ladies de gran tono acerca de esas habitaciones vacías.

La menos atrevida de esas suposiciones fué la emitida por el honorable Cicely Kemp, hija menor del conde de Drummolon-Castle, la cual dijo una noche meneando los largos y blondos rizos que jugueteaban á lo largo de sus infantiles mejillas, que Rio-Santo tenía en ellas un haren escogido con sumo cuidado de las cinco partes del mundo.

La honorable Cicely Kemp iba á cumplir diez y siete años y once meses.

Esta idea tuvo alguna acogida, una acogida de estimacion; pero fué destronada por la brillante invencion de lady Margaret Wawerbembilwodie, que pretendió que el marqués poseía doce habitaciones en el mismo piso, adornadas cada una con veinticuatro retratos de muger.

Estos doscientos ochenta y ocho retratos eran los de las principales queridas de Rio-Santo, segun lady Wawerbembilwodie.

Hallaron muy sublime esta palabra de

principales. Lo cierto es que esta palabra daba al cálculo de lady Margaret una estension gigantesca.

Como quiera que sea, en una de esas habitaciones, donde ninguno de los nobles amigos de Rio-Santo habia entrado nunca, es donde lo volveremos á encontrar.

Esa pieza no tenia ninguna semejanza con la idea que se habian formado las ecsaltadas imaginaciones de nuestras ladies. No se veia en ella mas que un solo retrato de muger, y no hubiera habido sitio para colocar los otros veintitres, pues la pieza era de poca estension, y dos grandes espejos que contrastaban con la sombría colgadura de terciopelo, ocupaban casi todo el ancho.

El retrato de la muger estaba colocado entre dos ventanas cuyas espesas cortinas dejaban caer sus pliegues hasta el suelo. Frente del retrato habia una cama, y tras las cortinas de esta se oia la estridente respiracion de un ser humano que luchaba con la fiebre.

Una lámpara, cubierta con una pantalla, ardia sobre la mesa, y su claridad velada, luchaba con los primeros albores del dia, que empezaba á penetrar por las echadas cortinas de las ventanas.

Rio-Santo estaba sentado en un sillón junto á la cama.

El retrato que aparecia vagamente á los resplandores enemigos de la lámpara mori-

bunda y del dia naciente, era el de una muger hermosa y agradable. La espresion de conmovedora bondad que dominaba en su fisonomia, no excluia de ella ni la nobleza ni aun aquel atractivo fugitivo y envidiable que no se puede definir. Parecia muy jòven y tenia el vestido de las misses del pueblo en la época de nuestras últimas luchas con la Francia.

El vestido de 1815, desgraciado por si, y fatal á las mugeres ordinarias, como pueden probarlo superabundantemente los diversos retratos de aquel tiempo, tiene sin embargo una cosa de virginal y de sencillo, que está muy bien á las bellas jòvenes, risueñas, suaves, cuya infantil frente se corona de un candor casi pastoral. Aquellos cabellos cortos y rizados, aquel talle alto, sin pliegues, levantado el seno, y ajustándose á un vestido desprovisto de encajes, cuadran mal con las facciones abultadas, y dan cierto ridículo á aquellos semblantes de reinas que necesitan el brillo satinado de las cintas, y de los reflejos alternados de las trenzas, ó de aquellas largas masas de rizos elásticos para quienes solo puede bastar las opulentas cabelleras de nuestras damas á lo que se dá en el continente el nombre de inglesas. Estos semblantes necesitaria los largos pliegues de un vestido dispuesto segun el arte, desde que no están á la moda las severas líneas de los vestidos antiguos.

La jóven del retrato quizá hubiera sido mucho mas hermosa con nuestro vestido moderno, pero su toilette de 1815 le sentaba muy bien. Sus cabellos de un castaño claro y como indeciso, se rizaban, ligeros, y casi transparentes, sobre la frente mas armoniosa que se haya podido ver. Sus ojos, su boca, y su sonrisa, eran las de una niña. pero de una niña á quien el primer viento del amor, adormece y que va á despertar hecha muger. Habia tanta finura y razon en la ingenuidad de su mirada, que prometia un alma á la vez firme y apacible, y todo el encanto reuido de pureza, de sumision femenina, de franqueza y de reflexion.

Un poeta se hubiera enamorado con la cara de aquella encantadora jóven viendo solamente su retrato: sus vestidos manifestaban una fecha anterior. Aquella encantadora jóven era ya una muger; quince ó diez y ocho años habian pasado sobre la aterciopelada frescura de sus mejillas, y quizá habia ahora algunas arrugas en aquella frente tan brillante y tan tersa.

Cada cual ha podido encontrar en su vida esas fugitivas é indefinibles semejanzas que hieren vivamente en un principio para desaparecer en seguida. Se buscan: no existen ya, y aun se podria decir que, mientras mas se buscan mas se nos escapan. Se renuncia á ellas; se persuaden que aquellas

semejanzas entre dos objetos que en la actualidad no se parecen no ha existido nunca. Fué un error de la imaginación, una fantasmagoría, un sueño.... En seguida, de pronto, cuando no se piensa mas en ella, la caprichosa semejanza aparece con mas fuerza: os salta á la vista, y es imposible desconocerla.

¿Quién puede producir esto? Seguramente muchas cosas. La luz hiriendo las facciones de un modo particular y poniendo en relieve ciertas líneas borradas comunmente; el vestido, el adorno, un aire de cabeza, un gesto, una nada, y principalmente un sentimiento que pasa repentinamente del corazón al semblante.

No se necesita mas, y la semejanza se desvanece como ha aparecido. Hija de la casualidad no puede volver sino la trae nuevamente la misma casualidad.

Asi gran número de personas se rompen la cabeza, se atormentan la memoria para poder descifrar esas pasajeras semejanzas que las hieren repentinamente, y que no habian visto nunca: se preguntan á quien se parece ese hombre, á quien se parece esa mujer, que se asemeja positivamente á uno de sus conocidos. Lo buscan pero no lo encuentran. ¿Cómo tienen de encontrarlo? Ayer existia un abismo entre el modelo y la copia, mañana ese mismo abismo, lleno casualmen-

te, será, socavado con mas profundidad. Esos dos semblantes á los que un rayo de luz, una sonrisa, un rizo desviado, dán una mútua y sorprendente analogia, son enteramente distintos: este es el claro oscuro; lo hermoso y lo feo.

Esto esplicará muy bien por que razon se niegan y comprimian alternativamente la mayor parte de las semejanzas. Resultando que aun aquellas que han sido proclamadas generalmente han hecho encoger de hombros á muchos despues de haber suscitado algunas protestas.

Seguramente, si hubiesemos reunido en la habitacion en que velaba el señor marqués de Rio-Santo todas las jóvenes que representan un papel en nuestra historia, y que uno de nuestros lectores, admitido á puerta cerrada, hubiese podido comparar una despues de otra con el retrato descrito hace poco, apostaríamos que no encontraria en ninguna de ellas la menor semejanza con la pintura.....

Pero consiste en que Suzannah nose sonreia con la ausencia de Brian de Lancaster, y suponemos á este ausente.

Llamemosle.

Asi que aparece, el encantador semblante de la jóven se despeja, su vista se aclara, su frente brilla: podria decirse que uua divina aureola acaba de coronar su hermosura.

Esa aureola, es la sonrisa.

Ahora mirad á Suzannah sonriéndose y mirad el retrato. ¿No ecsiste entre estos dos semblantes de caractéres diferentes una admirable semejanza? La sonrisa comun las aproxima mas; podria decirse ahora que eran hermanas. La dulce melancolia que se advierte en la sonrisa del retrato, concuerda con el último matiz de tristeza que conserva la hermosa jóven hasta en su sonrisa. La meditacion de la una es la alegria de la otra. Sus facciones difieren, y tambien la expresion de estas; pues la una tiene la gracia débil de la infancia, y la otra el encanto altivo y noble de la muger fuerte; pero en las dos brilla la sencilléz de la primera edad. Unicamente, y lo decimos de nuevo, la melancolia de la jóven del retrato es la que se asemeja á lo alegria de Suzannah.

Y como la jóven del retrato parece es de aquellas que regularmente se sonrien con franqueza, en un instante dejará de parecer de Suzannah.....

Estas cosas son fugitivas: poco importa. Se las juzgará seguramente frívolas, Dios mio! miladies, cuan sérias os poneis desde que media docena de profesores franceses vienen á enseñaros, en cada estacion, el algebra, la historia, y la astronomia! Tened mucho cuidado, por el amor de Dios! lo formal se afea, y cuando esos indiscretos profesores vuel-

ven á Francia, Paris entero, sobrecogido de un indecible horror, sabe que lady Dummond compone versos griegos con una facilidad lamentable: que la condesa d' Aboyde resuelve acusaciones de un grado fabuloso, y que miss Elmina Eliot, la sonrosada hija del conde de Saint-Germain, divide sus pasatiempos entre la trigonometria y el cálculo diferencial.

Y Paris palmotea con burla, señoras, y su antiguo celo, afortunado por satisfacer con esto, confunde á la mas hermosa mitad de nuestra alegre Inglaterra bajo lo odioso, ultrajante, y abominable epíteto de media azul.

—Si supieseis, miladies, lo que es en Paris una media azul.....

Pero estamos en Belgrave-Square donde jamas ha puesto su sucio pié una media parisiense....

Frente al retrato, como ya hemos dicho, estaba una cama, cuyas entreabiertas cortinas dejaban pasar el fiebroso estertor de un enfermo.

Cuando un soplo de viento hacia de pronto subir ó brillar mas la debilitada flama de la lámpara, la vista distinguia, al fin de la alcoba el livido y descarnado semblante de un hombre. Este no dormia, pero el sufrimiento que pasaba sobre él lo sugetaba, inmóvil á su cama. Sus ojos se abrian por intervalos, tan pronto ardientes y rojos en la profundidad de sus huecas órbitas co-

mo abatidos, apagados, muertos, bajo el peso de un párpado dificultosamente levantado. Hubiera sido muy difícil distinguir el pormenor de sus facciones, pues además del obstáculo que resultaba del centro oscuro en que se manifestaba vagamente aquel asolado semblante, una barba espesa casi lo cubría del todo.

El marqués de Rio-Santo, sentado en un sillón en el sitio en que se abrían las cortinas levantadas, contemplaba al enfermo con inquietud, y parecía estar atacado de una fiebre casi tan intensa como la suya.

Estaba pálido y reducido á un estado de completo desfallecimiento. Sus párpados, azulados por la fatiga, resaltaban entre la blancura enfermiza de su frente, y el ribete inflamado de sus ojos. Su cuerpo, demasiado esquisito en sus proporciones para no estar dotado de un vigor poco comun, se rendía bajo su peso, como si lo hubieran abandonado todas sus fuerzas. Respiraba con dificultad y su fisonomía manifestaba una tristeza amarga.

Las siete sonaron en el reloj de una habitacion contigua. Rio-Santo hizo un esfuerzo para volverse y miró á la ventana.

—Aun queda una noche de vela despues de un dia de oscuridad, murmuró, ese hombre tiene razon..... me matará.

Una repentina convulsion del enfermo agitó repentinamente la cobija.

—Las dos!..... las dos!..... exclamó con voz cavernosa.

Rio-Santo se levantó y pasó por la frente del enfermo un pañuelo empapado en agua fresca y vinagre.

—Las dos!..... las dos!..... dijo de nuevo este cuya voz se debilitó hasta extinguirse en un murmullo imperceptible.

—Las dos!..... repitió Rio-Santo como si hubiese procurado leer en el semblante del enfermo un comentario á aquella frase : ya hace seis dias que repite sin cesar estas palabras..... No puedo adivinar cual sea su pensamiento.....

Unió las manos, y una desanimacion mas amarga se manifestó de pronto en sus facciones.

—Oh! mi pensamiento, añadió, mi pensamiento!..... Yo que desde quince años no he perdido una hora, pierdo en este momento seis dias en el instante en que cada uno de ellos podria valer un año!..... Pobre Angus! Sufre, y es hermano de aquellas á quien tantas tormentas pasadas no han podido hacermela olvidar..... Es necesario que yo mismo lo asista, pues que el interés de mi seguridad aleja todos los socorros de su lecho de sufrimientos..... Oh! lo que yo hago es necesario: pero daria un año de vida por tener la posibilidad de abandonar este lecho durante veinticuatro horas..... Veinti-

cuatro horas! Tendria tiempo para morirse diez veces.

Se dejó caer en el sillón.

=Dios mio! prosiguió despues de algunos momentos de silencio y con una voz que la emocion la hacia temblar: que dichosos y fuertes deben ser aquellos que para cumplir una noble mision, obran á la luz del dia sin echar mano de manejos ocultos... Quanto valor deben tener en el corazon, cuando al reunir sus recuerdos, no vean en lo íntimo de su memoria sino acciones leales, y generosas adhesiones..... Mi objeto es grande... grande y sublime..... añadió levantando repentinamente la cabeza: pero yo era tan débil! Ecsistia entre ese objeto y entre mí tantos obstaculos imposibles de salvar!..... Oh! yo he faltado..... y lanzado una vez fuera del camino directo, me he dejado llevar por la corriente de mis locas pasiones..... He descansado de mi gigantesco trabajo en gigantescas orgías..... No me atrevo á mirar á mi vida pasada..... Para permanecer fuerte es menester que mi vida esté sin cesar fija hácia adelante..... es preciso que, huyendo mi pasado, me refugie en mi porvenir..... es preciso que yo ande..... y en vez de esto me detengo, Dios mio! y un hombre se interpone en mi camino!..... Un hombre que es mi hermano, y cuyo aspecto subleva mi conciencia..... un hombre quesa-

be de mis secretos lo suficiente para perderme!.....

—Lo he visto! lo he visto! dijo sordamente Angus Mac-Farlane en aquel momento: he visto su pecho atravesado con un agujero redondo y rojo..... y la voz de mis sueños me ha dicho. «La sangre de sus propias venas debe conducirlo á la muerte!»

Rio-Santo miró al enfermo con vago terror.

—Conducirme á la muerte, repitió con lentitud: sería un castigo terrible morir por tu mano, Mac-Farlane!..... pero no podría quejarme!.....

Un gran silencio siguieron á estas palabras. Rio-Santo, con el semblante oculto entre sus manos, parecia absorto en pensamientos despedazadores.

El dia se adelantaba, y la lámpera perdía por la luz exterior los últimos destellos de su moribunda llama.

—Emilla á Billy, á mi hermoso caballo negro, Duncan de Leed! dijo de pronto el laird con voz sonora: es necesario que pase hoy el rio á fin de llegar á Lòndres donde mataré á Fergus O' Breane, el asesino de mi hermano Mac-Nab.

Rio-Santo se descubrió el semblante é hizo un gesto de muda resignacion.

—Voy á ensillar vuestro caballo Billy,

Mac-Farlane, contestó este: pero Fergus O' Breane es tambien vuestro hermano..... Y no os quedará ninguno cuando lo hayais matado.

—Es verdad, murmuró el laird que se estremeció bajo su cobija: es verdad!.....

En seguida añadió con una voz tan confusa, que Rio-Santo no pudo oirlo.

—Ya no hay hermanos, ni hijas!..... las he visto..... á las dos!..... á las dos!.....

Su cabeza cayó pesadamente sobre la almohada.

Rio-Santo se levantó estendiendo sus fatigados miembros. En seguida se dirigió á la ventana cuyas cortinas separò.

Sus ojos se cerraron al recibir tan de pronto la impresion de la claridad del dia, y hubiera sido, para un testigo llamado para sorprender el secreto de su soledad, un espectáculo doloroso aquel anonadamiento completo escrito en inteligibles caractéres sobre su rostro tan arrogante anteriormente.

Parecia que el dedo de Dios lo habia tocado, como á Nabucodonosor; no era ya sino su sombra.

La habitacion en que se hallaba daba á un estrecho paso que conducia de las cuerdas de su casa á Belgrave-Lane. El pasadizo estaba lleno de palafreneros y lacayos.

Rio-Santo los miraba, y su mirada estaba llena de celos.

—Cuan dichosos son! al fin: su vida pasa sin mas fatiga que la del cuerpo..... Tienen amigos que suplirán por ellos en caso necesario, y continuarian su trabajo interrumpido; fortuitamente..... Pero yo!.... Oh! yo! estoy solo! Mi tarea es para mi solo, para mi únicamente! He ahí el solo hombre á quien en un tiempo he manifestado una parte de mi alma; y ese hombre está delirante..... Agota mis fuerzas en luchas insensatas. Me mata en detalle antes de asesinarme del todo, como lo hará algun dia en su locura.

Se levantó con prontitud las mangas de su bata.

—Magulla mis brazos continuò: sus uñas han despedazado mi pecho!..... La fiebre le dá nuevas fuerzas!.... Ayer, me faltó el aliento, y creí que iba á morir bajo su furioso apretón..... Dios mio! Dios mio! piedad! no por mí, sino por tantos desgraciados que sufren y de que quiero ser el libertador....

—Rio-Santo! añadió Angus con burla: le llaman ahora Rio-Santo..... Yo sé quien es ese Rio-Santo..... Es Fergus, el bandido de Teviot-Dale, Fergus el asesino.... Fergus, que yo no mato, por que mi corazon es cobarde ante un hombre que he amado.... Pe-

ro yo me armaré de valor para obedecer la voz de mis sueños. Emilla mi caballo, Duncan de Leed!

Rio-Santo lo escuchaba con tristeza. Era precisamente el indiscreto delirio de Angus Mac-Farlane quien sugetaba al marqués á su cabecera. Rio-Santo no tenia confidente, á ningun oido debia escuchar aquellos secretos escapados que divulgaba la fiebre.

Y alli, cuando se acercaba el golpe decisivo, el desenlace de una obra permanecida principiada quince años antes, y conducida despues con resignacion paciente, ò incansable. Estaba alli, á riesgo de estrellarse á la vista del puerto.

Amaba á Angus; y en Rio-Santo todo sentimiento era fuerte. Solamente su amor, que tambien era fuerte, se apagaba en la inconstancia.

Angus, despues de haber pronunciado sus últimas palabras, se volvió en su cama como para dormirse. Rio-Santo respirò. Pero casi en el mismo instante un estremecimiento convulsivo se apoderò de todos sus miembros, á par que su palidéz era cada vez mas lívida.

El laird acababa de sentarse en su cama.

Rio-Santo se acercó á ella con lentitud: se levantó sus mangas. y apretó el cinturón de su bata, como si se hubiese pre-

parado para una lucha desesperada.

Sin embargo, el laird sonriéndose bajo los herizados pelos de su descompuesta barba, redondeó su mano á manera de vaso, é hizo el ademan de beber uno de whisky á pequeños tragos.

En seguida entonó con voz alegre y retumbante.

El laird de Killarwan
tenia dos hijas queridas
tan bellas que en Gleugirvan
no las habia parecidas
por su gentil ademan.

Se detuvo; sus párpados se bajaron, y añadió con mas lentitud:

Era el laird cazador,
y hallándose una mañana
viendo el bosque en derredor
desde su misma ventana
sintió al gamo corredor.

Durante esta segunda copla, su voz se habia ensordecido: sus ojos, hoscós, robaban por sus órbitas. Rio-Santo temblaba.

Angus añadió de nuevo.

Entonces fuera de sí
gritó: caza! guerra! guerra!
picadores pronto aquí
batid cuanto el bosque encierra
no se escape el baladí.

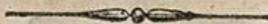
Mac-Farlane jadeaba. sus crispadas manos despedazaban su cobertera: un velo san-

griente bajaba sobre sus ojos desmesuradamente abiertos. Rio-Santo recogió sus miembros, como si fuese á saltar hácia adelante; y á atacar á un enemigo peligroso.





CAPITULO SEGUNDO.



La agonía.

 A cancion de Killarvan tiene muchas estancias y ninguna muchacha, entre la Tweed y la Clyde, se detendrian para cantarlas todas desde la primera hasta la última.

En la historia contada sencillamente de un buen caballero de el valle de Girvan que parte para uua caceria, dejando en su casa

á las dos jóvenes mas lindas de la comarca. Su caza lo lleva bien lejos, mas allá de Pasley, muy cerca de Glasgow. Tarda cuatro dias en el camino, estropea á su hermoso caballo ruano, y al fin no hace nada que valga la pena. Ay! cuando vuelve al castillo, las personas de la montaña han destruido su cosecha, quemado su granja, y robado á sus hijas.

Las dos jóvenes mas lindas de Glen-Girvan!

Si Rio-Santo hubiera podido oír hasta el fin aquella balata, hubiese adivinado sin duda la causa de aquel violento dolor que alimentaba sin cesar el delirio de Angus. Hubiera comprendido el sentido de aquella exclamacion tantas veces repetida.

—Las dos! las dos!

Pero la fiebre no dejaba nunca al desgraciado padre tiempo para concluir la balata. Al cabo de cuatro ò cinco coplas, su dolor llegaba hasta el paroxismo: veía el horroroso cuadro del robo de sus dos hijas dormidas en el fondo de la barca de Bob, y se lanzaba hácia ella para socorrerlas.

Cuando comenzó la cuarta copla, su boca echaba ya espuma, y todo su cuerpo se estremecía bajo el esfuerzo de un invencible horror.

Rio-Santo conocia perfectamente esos temibles síntomas. Hacia seis dias, que sos-

tenia, por la mañana y noche, y algunas veces mas amenudo, encarnizadas luchas contra el laird, que, en su delirio, queria saltar por la ventana, creyendo encontrar á sus pies el Támesis. Y Rio-Santo, agotado por una vela continua, á par que por aquellas estrañas luchas en las que el laird desplegabá ese vigor sobrehumano que dá la fiebre, y que necesita regularmente muchos hombres robustos para contenerlo, conocia llegaba el instante en que lo abandonarán sus fuerzas.

De suerte que, clavado ante aquel peligro en el que nadie hubiera querido creer, esperaba, como los gladiadores antiguos en el anfiteatro, el momento, pues no deseaba la muerte de Angus, el momento en que debiera empezar aquella lucha demasiado seria, aquella lucha amada, á la que habia consagrado su vida.

Rio-Santo era de este natural. En las cosas en que los hombres honrados hubieran manifestado la nada de la honradéz humana deseando vagamente una salida *cualquiera* á aquel aterrador combate, Rio-Santo se resignaba, y no tenia en lo íntimo de su corazón ni la sombra de un egoista pensamiento.

No quiera Dios que pongamos sin reserva sobre los corazones honrados esas almas abiertas á todos los vientos estremos, poderosas tanto para el mal como para el bien,

que tienen en ellas mismas el infierno y el cielo.

Contamos pura y sencillamente un hecho, contentos con librarnos así, al abrigo de nuestra insuficiencia, y proclamada modestamente, de la necesidad de hacer, sobre este objeto, rico seguramente, en frases redondas y sonoras, una disertación que podría atraeros como á uno de nuestros cohermanos de Francia las alabanzas inteligentes de algun honorable *recorder* (1) acostumbrado á flores abundantes aun algo marchitas de la retórica del foro.

El laird entonó con voz ronca y que contrastaba grandemente con el sencillo buen humor de las palabras, esta cuarta copla:

El laird de Killarwan
recorrió bosques y prados
y en su porfiado afán
ensangrentó los costados
de su arrogante alazán.

Estas últimas palabras dichas con tono lúgubre, fueron seguidas de un ronquido despedazador. En seguida el laird arrojó con violencia de sí la cobertera de su cama, dejando ver sus piernas velludas y de una delgadéz horrorosa.

(1) No nos corresponde hacer mas evidente de lo que está en el testo la alusion hecha aquí, por sir Francis Trollop, á un pasage de cierta requisitoria.

Allí están! allí están! exclamó con esplosion: las dos..... las dos en el batell!..... pero yo soy buen nadador.....

Quiso avalanzarse hácia la ventana segun su costumbre, recordando aquella otra de la posada *del Rey Jorge* que daba sobre el Támesis.

Un repentino abrazo de Rio-Santo lo contuvo.

Entonces dió un grito terrible: sus ojos se enrojecieron hasta aparecer llenos de sangre; su aliento abrasaba el semblante del marques, mientras que sus uñas laboreaban con furia su piel.

Fué una lucha horrorosa y semejantes á las que se ven solamente en esas casas en que algunos desgraciados, por un módico salario, se esponen á los formidables ataques de los locos furiosos. Angus, impellido por un delirio que llegaba á su paroxismo, pegaba, destrozaba, mordía; podia decirse se asemejaba á un tigre libre de su cadena. En vano procuraba Rio-Santo contenerlo. No pudiendo volver golpe por golpe, y limitando su resistencia á los medios de la mas estricta defensiva, recibia á cada instantes terribles ataques.

Unicamente se oia el foribundo ronquido del enfermo, y la jadeante respiracion del marques.

En un instante la cama se vió inundada de sangre.

Angus estaba sentado en ella , con una pierna fuera y la otra estendida. Habia pasado un brazo al rededor del cuello de Rio-Santo que apretaba con todas sus fuerzas; y con la otra mano le pegaba sin descanso. El marqués empleaba todos sus esfuerzos para contenerlo en aquella posicion ; porque comprendia que consiguiendo poner el laird el pié en el suelo y encontrando un punto de apoyo, su ataque seria entonces irresistible. Rio-Santo era robusto , y su desesperada situacion le volvia por un instante su primitivo vigor agotado por seis dias de martirio. Consiguió acostar al laird sobre la almohada, y creyó haber concluido con aquella crisis. Efectivamente el laird permaneció dos ó tres segundos inmóvil, pero en el momento en que Rio-Santo cobraba aliento, Angus se levantó con furia, agarró con sus dos manos el cuello del marqués, y lo apretó dando un grito salvaje de triunfo.

No habia esperanza para el marqués: sus brazos habian vuelto á caer inértés á sus costados: no podia ya ni defenderse ni gritar para pedir socorro. No habia perdido el conocimiento, pero se sentia de tal modo impotente y perdido bajo la atroz presion de aquellas manos de acero, colocadas al rededor de su garganta, que el instinto de su propia defensa se apagó en él.

La angustia de aquel momento no se

puede describir, y Rio-Santo conocia que se le acercaba la muerte. Con ella no se desplomaba el edificio, que habia levantado tan cuidadosamente, solo y con sus manos, desde la primera piedra de los cimientos hasta la última de la cúspide. Sus designios tan vastos y tan maduros se desvanecian como locos sueños. Y como no tenia confidente, ningun recuerdo de él, nada! quedaba en este mundo. Era una muerte completa, mas que una muerte, era un naufragio en la nada. Ninguna señal debia sobrevivir á su muerte: iba á desaparecer del todo, como aquellos herejes cuyos cadáveres quemaban en los tiempos de barbarie, para dispersar en seguida sus cenizas al viento.

En aquella hora suprema se arrepintió amargamente de haber dado su vida á una adesion vulgar.

No maldijo á aquel hombre cuya demencia lo asesinaba, pero se maldijo á si propio y miró su debilidad con desprecio. Su vida no le pertenecia. Jugándola habia prevaricado; perdiéndola, daba de un solo golpe á su caracter las proporciones humanas, que por tanto tiempo habia creído sobre pasar. Se volvía á hacer hombre, casi niño; abandonaba un pueblo para procurar en vano salvar á un maniaco!

Y él, cuyo sueño era de levantar al mundo, caía muerto en una lucha en que

hubiera obtenido la victoria el mas pobre enfermero de Bedlam!

Todos estos pensamientos y otros muchos que no podemos decir por que no es este el sitio de detallar el plan á que el marqués de Rio-Santo dedicaba sus horas hacia quince años, asaltaron á la vez su cérebro. Ayudado de aquella intuicion penetrante y sintética que es propia de la agonía, vió de una sola mirada su obra, su obra casi concluida: la vió grande, gloriosa, magnífica en su conjunto y en cada una de sus partes; la vió así, pero no era mas que un sueño engañoso! Esa obra la habia ocultado á todos los ojos; se desvanecia por si mismo pues no ecsistia uno con su propia ecsistencia.....

Que no hubiera dado por un dia de proroga.

Pero su porvenir no era ya mas que de algunos segundos. Angus se reia y continuaba apretando, pataleando alegremente, y dando de vez en cuando un triunfante huwah.

Creia ahogaba al raptor de sus hijas.

La esperanza hubiera sido mas que locura. Rio-Santo cerró los ojos de su imaginacion que veian en lo pasado demasiadas cosas desagradables, y procuró hacerse superior á la apatia de la muerte.

Pero fué envano. El horror de su agonía llegó á su colmo. Distinguió como por entre una nube todo lo que amaba, todo lo

que habia amado. Lady Ophelia lo acariciaba con su melancolia y apasionada sonrisa: Mary Trevor le tendia su mano sumisa; y otra jóven vino á inclinar sobre él su suave y encantador semblante, impregnado de infantil candor y de gracioso autor....

Lo que aqui describimos con la lentitud inherente á la palabra humana, no tardó un instante en sonreirse Rio-Santo. Todas estas diversas cosas, formales ó frívolas, todas esas cosas de amor y de ambicion, ó pertenecientes á un sentimiento mas vasto, mas altivo, menos personal que la ambicion, pasaron ante sus ojos, rápidas, vivas, deslumbradoras.

Hubo un mundo de sensacion en aquella agonía de algunos segundos.

Nunca suplan y los detalles de su plan, sencillo en su concepcion, pero cumplidos hasta lo infinito, respecto á la ejecucion, no se le habian aparecido tan lucidos.

—La vida! algunos dias de vida, Dios mio, decia él, y el écsito no puede frustrarse..... El objoto está aqui..... en mi mano..... lo toco!

Se ven mas hermosas y mas perfectas las cosas que se van á dejar para siempre, y parece imperdible la partida, cuando se vé uuo obligado á abandonarla antes del veredicto de la suerte.

Rio-Santo, débil contra aquella despe-

dazadora prueba, se refugiaba en otros recuerdos, tambien amargos, pero conservando hasta en su amargura, un sabor amigable. Subió con el pensamiento la corriente de su existencia y fué á buscar en ella, mas allá de las recientes impresiones de sus arduos trabajos ò de sus amores pasajeros, una memoria bendita, un recuerdo lejano, un amor puro.

Muchas veces, habia colocado aquel amor querido sobre las heridas que alcanzaban con frecuencia su corazon, entre los azares de su vida aventurera. Era como un bálsamo soberano, como un supremo remedio.

Esta vez el remedio tuvo aun eficacia. La imágen evocada por Rio-Santo apareció, y sintió en su interior una fuerza tranquila.....

El laird, continuando su victoria, acababa de arrojarlo al suelo, y lo oprimia con todo su peso.

Rio-Santo, galvanizado un instante por aquel aumento de dolor físico, se agitó involuntariamente, en seguida volvia á quedarse inmóvil.

Nuestra narracion gira aqui fatalmente en un circulo vicioso, y nuestra pluma duda entre los dos extremos de un peligroso dilema. Cada frase que añadimos á la descripcion de este suceso, visto digamoslo asi por un microscópio,

dá á nuestra pintura un sello de inverosimilitud aparente. Como se puede creer que tantas cosas hayan pasado en tan pocos segundos!

¿Pero tambien como se ha de creer , antes de haberlo visto, que un imperceptible insecto posee tantas y aun mas partes distintas que un cuadrúpedo de grandes dimensiones? ¿Cómo se ha de sospechar que se encuentra en una gotilla de agua monstruos cuyo extraño aspecto escede los límites de la mas estravagante fantasia?

Nadie podria , seguramente calcular las impresiones que el corazon del hombre puede recibir en un segundo, ni las que un cérebro ecsaltado puede concebir durante el mismo espacio de tiempo. La sensibilidad del corazon, la elasticidad de la imaginacion se multiplican en los instantes de la crisis en proporciones desconocidas, y, ahora, ya que hemos establecido estas proporciones, podemos repetir para responder á todos los argumentos.

Hay un mundo entero de sensaciones y pensamientos en unaagonia de algunos segundos.

No debe chocar á la imaginacion del lector la comparacion del tiempo material que se necesita para que un hombre, privado de la respiracion, pierda el conocimiento total ni tampoco del trabajo intelectual , multiplicado , sútil, y que parecia pedir algunas horas de meditacion, que nosotros tratamos de describir en el moribundo Rio-Santo.

Estaba tendido en el suelo, la cabeza contra la alfombra, y los ojos cerrados voluntariamente. En aquel momento en que habia desaparecido toda probabilidad de salvarse, dijo como ya hemos visto, un doloroso adios á sus sueños de grandeza, á sus gigantescos proyectos políticos, y buscaba entre las mortales convulsiones que preceden á la inmovilidad suprema, un recuerdo amado, un consuelo que reemplazase á la fugitiva esperanza.

El laird continuaba apretando, y apretaba cada vez más fuerte: y sin embargo, en la frente de Rio-Santo, morada por la sangre, y toda matizada por los zig-zag de las venas violentamente hinchadas apareció una vaga espresion de tranquilidad.

Fué como la gota de agua fresca dada al matiz enclavado en la cruz.

El recuerdo evocado acababa de bajar, dichoso y sereno, hasta el corazon de Rio-Santo. Un semblante encantador y jóven, con su cabellera de un castaño matizado sobre una frente infantil, como una aureola de angélica ignorancia, brillaba en su memoria. Aquel semblante, del que nadie podria espresar las sencillas seducciones, era sin duda ninguna el original del retrato colocado entre las dos ventanas, pero cuanto mas hermoso era que el retrato!

Con efecto ecsistia entre ambos dos términos de tal progresion cuyo mágico poder conoce todo amante, habia tanta distancia del re-

trato al original como de la fria copia á la belleza animada cuyo seno latia, cuyos ojos brillaban, cuya sangre corria bajo la cubierta lactea de una piel finísima: además habia la distancia de la realidad al recuerdo, de la prosa á la poesia.

Rio-Santo, en medio de su suplicio, tuvo un verdadero movimiento de expansion, y seguramente era preciso que su memoria donde vivia aquella imágen querida estuviese bien provista de dulces recuerdos, para que en aquel momento terrible pudiese producirse semejante efecto.

El laird se fatigaba en apretar, y apretaba mas fuerte para que durase menos tiempo.

Rio-Santo sintió salir de su pecho su último suspiro. La idea de aquella pura niña que consolaba su agonía, sin duda se ligaba á sus pensamientos del cielo, pues el nombre de Dios vino á espirar en sus labios.

En seguida, en un supremo esfuerzo, su voz ahogada lanzó debilmente este otro nombre:

—Mary!

Angus Mac-Farlane se estremeció ligeramente, y soltó al momento su presa.

—Mary! repitió, ¿quién habla de Mary?

Puso su oido junto á la boca de Rio-Santo; pero este no repitió mas aquel nombre. Ya no respiraba.

Angus se levantó.

Una nueva idea atravesó por su cérebro trastornado por la fiebre.

—¿Qué es lo que hay aqui? murmuró: ah! ah! muy bien! voy á ir á Cornhill para ver á mis hijas..... Deben estar ahora muy hermosas!

Su vista se fijó en Rio-Santo, y dió un prodigioso salto hácia atrás que lo llevó junto al retrato.

—Fergus! murmuró con horror y cólera. Fergus O' Breane!..... Continuamente la imágen de Fergus muerto y matado por mí!.... La voz de los sueños aun me lo decia esta noche..... Oh! me acuerdo.... la voz de los sueños, que es la voz de mi hermano Mac-Nab, me decia: Tú sangre es, la sangre de tus venas quien debe conducirlo á la muerte..... Dios mio! debe ser una cosa terrible matar á un hombre que se ama..... Un hombre que se ama!

Apartó la vista con horror de lo que creia era una vision sobrenatural. En aquel movimiento, su mirada encontró el retrato colgado entre las dos ventanas.

—Mary; murmuró con dulzura, bien sabia y distintamente habia oido pronunciar el nombre de Mary..... Allí está..... mi buena hermana Mary!..... Ella no me vé, pues vendrá en caso contrario muy pronto á abrazar á su viejo hermano..... Si, soy viejo.... Y como ella es jóven! Sin embargo, tambien ha sufrido.

Sintió en sus pies sin calzado la frialdad

del suelo y conoció entonces su desnudéz. Sus marchitas facciones, á las que una barba herizada daba una apariencia de salvaje ferocidad, manifestaron al punto el embarazo de un niño cogido en una falta por su severo preceptor. Estendió hácia el retrato sus descarnados brazos, y se sonrió alhagüenamente.

—Mary, mi buena hermana Mary, dijo retrocediendo hácia la cama, no me riñas..... voy á volverme á acostar..... Tengo mucha sed..... Descaria beber..... ¿Porqué no han ensillado mi caballo negro, Mary? Quiero marchar á Lóndres, á fin de poder ver á mis hijas.. Y tambien..... Pero no es necesario que Mary sepa esto, añadió bajando la voz, y tambien para matar á Fergus O' Breane, á el asesino de mi hermano Mac-Nab.....

Mientras hablaba de este modo, continuaba retrocediendo hácia la cama. Su pié tropezó con la espalda de Rio-Santo, que yacia sin movimiento sobre la alfombra. Dió un grito de horror, y permaneció trémulo y como sobrecogido de un general estremecimiento.

En seguida se pasó la mano por su frente bañada de sudor.

—Siempre esta horrorosa vision, dijo, siempre..... Dios lo quiere asi!

Volvió á caer sobre la cama como una masa inerte, con la cara vuelta hácia la callejuela.

Un profundo silencio reinó en la habitacion.

Angus dormía agotado por la lucha de la que su enferma imaginación no conservaba ningún recuerdo, pero que le había producido un cansancio cuyos efectos se manifestaban en su natural físico.

Rio-Santo, cadáver tendido en el suelo, no tenía ya ninguna apariencia de vida. Sus ojos medio se habían abierto y manifestaban, bajo las encorbadas pestañas de su párpado, su esmalte deslustrado y vidrioso. Su boca, abierta también, dejaba ver sus dientes apretados convulsivamente. Cada uno de sus miembros conservaba, inertes y debilitados, la posición que tomó en los últimos instantes de la lucha, y sus hermosos cabellos negros se mezclaban, esparcidos, á las sedosas hebras de la alfombra.

El sangriento sol de las nebulosas mañanas del Támesis lanzaba sobre aquella escena lúgubre una luz extraña, y enrojecía horrorosamente la velluda desnudez del laird, tendido sobre la cama.

Solamente el retrato parecía vivir, y dirigía su agradable sonrisa sobre el maniaco y su víctima.

Unos cuantos minutos se pasaron de este modo.

Al cabo de este tiempo, si un oído hubiese escuchado con atención en aquel cuarto, hubiera notado un ruido vago, indeciso, continuo, que parecía salir del enmaderamiento colocado á la derecha del retrato.

Era como el de una llave introducida por una mano inesperta en una cerradura desco- cida.

Pero el artesonado, de aquella parte , no manifestaba ninguna señal de que hubiese puerta.

Sin embargo , el ruido continuaba , con- servando la misma apariencia , efectivamente era una cerradura en que daba vueltas una lla- ve con torpeza.

En fin, el pestillo se movió repentinamen- te por un esfuerzo dirigido á la casualidad. El artesonado permaneció inmóvil; y cerca de un minuto despues fué cuando se pudo ver agitar- se lentamente un tablero. Detrás de este me- dio abierto se manifestó el pálido semblante del doctor Moore.

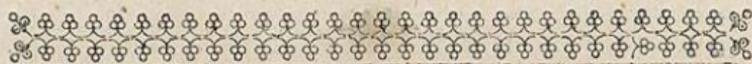
Estaba mas descolorido que de costum- bre , y parecia como horrorizado de la audáz indiscrecion que acababa de cometer.

Por lo demas, aquella indiscrecion no tu- vo para él un resultado enteramente decisivo; pues en el mismo momento en que adelantaba la cabeza por detrás del tablero , un ruido de pasos se oyò exteriormente por la parte este- rior de la habitacion. El doctor cerró con sua- vidad el enmaderamiento, manifestando por un movimiento de cabeza significativo el despecho de su engañada curiosidad.

Casi al mismo tiempo el caballero Angelo Bembo entrò en la habitacion seguido del her-

moso perro Lovely. Este se avalanzó hácia el tablero que acababa de cerrarse; y ladró estrepitosamente: en seguida volviendo hácia el cuerpo de su amo, dió vueltas á su alrededor dando quejosos ahullidos.





CAPITULO TERCERO.



Junto á un cadáver.

EL caballero Angelo Bembo habia cogido la cabeza del marqués , y la sostenia en sus rodillas. Puso su mano sobre el corazon que ya no latia; le tomó el pulso que estaba inmóvil y sin embargo rechazó aquellos mortales testimonios pues aun no queria creer en ellos.

—Signore! decia, signore!..... no os negueis á responderme!... Me habeis prohibido

acercarme á este lado de la casa , y sin embargo yo velaba de dia y de noche detrás de esta puerta..... os desobedecia.... y por que yo he dejado mi puesto durante algunos minutos..... por compasion, respondedme!

Lovely olfateaba, daba vueltas, y gemia.

—Cállate! exclamò Bembo con cólera; lloras demasiado pronto; no está muerto.... Abajo, Lovely! ya estas viendo que duerme!..... Don José, en nombre de Dios , respondedme, don José!

Bembo trató de levantar el cuerpo del marqués, pero su emocion le quitaba todas sus fuerzas; no pudo. Entonces se tendió sobre la alfombra, y colocó la cabeza de Rio-Santo sobre su pecho.

Lovely se acostó á los pies de su amo; con los ojos humedecidos, y puso su hocico sobre la largas sedas de la alfombra.

Bembo estaba abrumado , la conviccion habia obrado en él, á su pesar, y se creia ahora junto á el cadáver. Bembo tenia el corazon jóven y ardiente, su débil voluntad , enteramente sujeta á la voluntad superior del marqués, no tenia la desobediencia del vasallo que protesta contra el amo, é impelen ciegamente á la rebellion. Amaba al marqués y tenia confianza en él. Su adhesion, quizá irreflexiva, era ardiente y completa. Admiraba y respetaba sin igual á Rio-Santo , cuyos grandes y audaces proyectos no le eran del todo desconocidos.

Hacia mucho tiempo que sus días se pasaban al lado del marqués, y este, discutiendo sin cesar consigo mismo las probabilidades y contras del atrevido juego que tenia en sus manos, habia dejado conocer una parte de su secreto. La viva inteligencia de Angelo Bembo no habia necesitado mayores indicios para dar al momento con la pista: era una de esas poéticas y sùtiles imaginaciones que adivinan y construyen lo desconocido en un pequeño punto de realidad: pero tambien tenia un corazon tímido y honrado. No habia querido adelantar mas de lo que su imaginacion habia conjeturado sin saberlo y como á su pesar ; diestro en seguir la pista de un secreto, habia cerrado sus ojos y oidos para no esponerse á ceder á alguna tentacion de saber mas, de adivinar mejor y de penetrar en el fondo del misterio cuya superficie habia entrevisto.

Una confianza del marqués lo hubiera llenado de alegria , lo hubiera enorgullecido , y quizá elevado á tal punto en su propia estimacion, que de pronto se hubiese hecho un hombre fuerte. Pero hasta que Rio-Santo hablase, no se creia con derecho de descubrir su íntimo pensamiento para fijar en él una mirada curiosa.

Rio-Santo lo amaba, y Rio-Santo era para él la espresion mas escogida de lo hermoso, de lo noble, de lo grande. Nunca se admiraba sin llegar á temer alguna cosa, y el caballe-

ro Angelo Bembo tenia demasiada buena fé en la confesion de su inferioridad, para no creerse realmente sometido á los deberes de un hombre ligio. (1).

Por lo que respecta á las tenebrosas maquinaciones que se agitaban por la noche á su alrededor , su parcial ternura por el marqués hacia de ellas dos partes con un tacto admirable. Todo lo que concernia á Rio-Santo era , segun él, bien hecho, y no solamente escusable sino lícito. Rio-Santo á sus ojos era una verdadera potencia beligerante: la guerra admite toda clase de armas , y no consiste esclusivamente en destruir , al ruido del cañon , cuarenta ó cincuenta mil armados, gloriosas máquinas , que se llaman soldados , sargentos , capitanes , y á los cuales no se les permite tener ninguna inteligencia propia, tristes gladiadores, que mueren la mayor parte de las veces por el mas grande renombre de los gefes que desprecian, y cuya sangre, derramada heroicamente aprovecha á algun viejo lord, cuyos miembros zambos se esculpen en bronce por la voluntad de treinta ladies locas y que bautizan con el nombre de Aquiles ó de César. La guerra se hace algunas veces de otro modo: mata entonces menos estrepitosamente á las infelices personas que la política reviste con hermosos uniformes , para poner ante los ojos de niños vanos y presumidos

(1) Vasallo.

cierta cosa deslumbradora, un poco de oro, un poco de púrpura, que pueda encubrir su servidumbre, pero llega con mas seguridad á su objeto. Tales son esas guerras silenciosas que destruyen los imperios, y no esos asesinos aparatos que cuestan demasiado dinero para que se pueda decir que á lo menos produce un abono ventajoso á los campos donde se dá la batalla.

Rio-Santo, potencia armada para la guerra, tenia derecho á la estratagema. El caballero Bembo se servia de esa llave para explicar cada una de sus acciones, y esa llave era soberana.

Pero se aplicaba solamente á Rio-Santo. Los demas miembros de la misteriosa asociacion de la que Bembo formaba parte sin participar activamente de sus ardidés, no tenian los mismos pretextos que pudieren alegar en su favor, ni hacervaler la misma excusa. Ignoraban las grandes miras del amo, pues quizá se hubieran opuesto con todo su poder á la ejecucion de sus vastos designios. En sus manos eran estos como una especie de instrumentos: su vigoroso brazo habia sabido domar su instinto de sublevacion; y lo servian estremeciéndose, por que lo creian fuerte.

Pero, al servirlo, seguian la senda de su miserable vida: eran bandidos de lo íntimo de su corazon, robaban por amor á la rapiña, y su culpable industria, aun organizada en una inmensa escala, conservaba ante la honradéz su mancha original.

Con efecto, no hay nadie como nuestros diplomáticos y nuestros banqueros, casuistas recomendables y de gran crédito para establecer una diferencia entre el robo de una media corona, y el de un millon de esterlinas.

Algunos lectores cándidos nos juzgarán demasiados severos respecto á esos diplomaticos y banqueros, y tambien ellos podrian pensar que es mas escusable robar un shelling que un millar de guineas. Bendito sea Dios! si aun se encuentran lectores para defender tan virtuosamente una causa tan detestable, solamente le responderemos que su officiosa defensa es mas severa que nuestra acusacion; pues el robo de los millones es el que se escusa en cierto circulo como no llegue á elogiarse algunas veces.

En cuanto al miserable que traspasa la ley por algunos peniques es cosa muy distinta, nunca aparece suficiente la cuerda para ahorcarle.

Angelo Bembo despreciaba profundamente ese ejército de malhechores que evolucionaba en la noche de Lóndres y posee innumerables grados gerarquicos, desde el *swel-mob* (1) de baja esfera hasta sus subalternos perdidos en los lodazales de Saint-Giler y de White Chapel: en seguida el ratero Irlandés tunando al rededor de las capillas católicas, hasta el noble lord embozado en su inviolabilidad y votando en la cámara alta leyes de que se burla al dia siguiente.

(1) Ya hemos dado el significado de este término: caballero de industria.

te en la sociedad mezclada de su taberna favorita. Angelo conocia hasta en sus mas minuciosos detalles esa plaga cancerosa de la gran ciudad: sabia que la familia de los ladrones de Londres que se recluta por todas partes tanto en alto como en bajo sugetan á la ciudad entera con una cadena , cuyos fuertes eslabones nunca pueden faltar.

Tambien sabia que el marqués de Rio-Santo podia con un solo gesto poner en movimiento á los cien mil miembros de aquella terrible familia.

Pero este contacto del hombre que respeta con aquella turba infame, y hácia la que, en ninguna ocasion, tenia cuidado de ocultar su aversion desdeñosa, no lo incomodaba.

Habia tomado el partido de admirarlo. Y ademas admitido una vez el caso de guerra, colocado una vez Rio-Santo frente á la Inglaterra como un enemigo *legítimo* (y podemos afirmar que esta atrevida espresion tiene al menos el mérito de colocar bajo su verdadero punto de vista la posicion del marqués respecto á la Inglaterra), una vez, decimos, el derecho de trabar la batalla aceptada, este contacto de Rio-Santo con personas tales como Tyrrel, el doctor Moore y otros muchos, no tan criminales, pero mas sumidos todavia en el fango, no tenia en sí nada que no fuese normal, segun las leyes eternas de la guerra. En algun tiempo los famosos capitanes no han recurrido

al socorro de aliados sospechosos de latrocinio? Los lansquenetes de Alemania, los derroteros de Francia, los condottieris de Italia, eran á la vez salteadores y soldados, y uno de nuestros príncipes á quien la historia concede proporciones heróicas, nuestro Ricardo, el caballero, rival de Felipe de Francia, no desdeñó, segun dicen, la ayuda de los archeros de Robin-Hood, para subir como vencedor las gradas del trono de sus padres. Robin de Norwood era sin ofender al cantor divino de Wilfrido de Ivanhoe, uno de los mas sanguinarios bandidos que ha producido la Inglaterra.

Suelo fértil, y sin embargo, tierra clásica de bandidos sin compasion.

Angelo raciocinaba de este modo, ó quizá de otra manera mejor. Sucedia siempre que el resultado de sus pensamientos se persuadia que Rio-Santo era impecable.

En esto, su rencor maltés por los ingleses era muy débil, pero lo que abogaba principalmente en lo íntimo de su alma por el marqués, eran las deslumbradoras cualidades de aquel hombre extraño cuya fascinacion debia operar efectivamente con una violencia real sobre el natural fogoso y débil de Angelo, verdadero natural italiano si se escetua la cautelosa trastienda que ecsiste muchas veces, en esos corazones abrasadores y muelles como la lava de un volcan medio apagado.

Pertenecia á Rio-Santo; y su adhesiou no

tenia límites. Ni Rio-Santo, ni él mismo conocían su estencion, por que es natural en las grandes adhesiones no estallar estrepitosamente en exterioridades con ruidosas protestas, sino ser demasiado instinctivos y espontáneos para poder medirlas por si mismos.

Desde la noche en que el marqués habia dado audiencia al príncipe Dinitri Tolstoi embajador de Rusia, se habia encerrado en Irish-House. La causa de aquella completa y repentina reclusion, no es un misterio para el lector. Al despertarse Rio-Santo del corto sueño que lo habia sorprendido en el sofá, que acababa de dejar el príncipe, se encontró con Angus Mac-Farlane ensangretado, y medio muerto á sus pies.

Solamente esa circunstancia puede tener necesidad de ser esplicada con brevedad.

Despues del furioso ataque de Bob-Lantern, que lo habia lanzado en medio de la corriente del Támesis, Angus Mac-Farlane, atolondrado por aquellos multiplicados choques, que hubieran destrozado cualquier otro cráneo que el de un buen Escocés ningun esfuerzo para salvarme. Pero aquel momento de atonía fué de muy corta duracion. El instinto del nadador venció antes que el mismo Angus pudiese conocer su situacion, y algunos movimientos mecánicos, que solamente provenian de una gran costumbre en semejantes peligros, lo volvieron á la superficie.

Respiró con libertad, y se sostuvo encima del agua como pudiera hacerlo una boya, sin saber que nadaba. Al cabo de un momento sus ojos recobraron la facultad de ver. La luna aun brillaba sobre el puente de Brackfriarda, y la corriente del Támesis manifestaba á lo lejos su iluminada superficie.

Angus Mac-Farlane miró á su alrededor. No sabia lo que buscaba, pero buscaba una cosa.

En aquel momento la barca de Bob se deslizaba silenciosamente por las aguas de los arcos del puente, viró á babord, y llegó á tierra un poco mas arriba de Bridge-Street, en el muelle particular de una gran casa d' Upper-Thames-Street.

Estos muelles, que se parecen todos y que una bóveda los une á la calle, no son muy vigilados por el resguardo marítimo. ¿Quién podría sospechar á Coventry et Sons ou Redgow and C..... de que hicieran el contrabando? A causa de aquel abandono de la policia, fundado por lo demas en un sentimiento loable é intimamente gravado en el corazon de todo Inglés, el respeto debido á los millones, esos mismos muelles servian algunas veces para peores usos.

Bajo la bóveda, entre los carruages de carga de la casa de Coventry et files, estaba un fiacre tirado por dos robustos caballos.

Este fiacre esperaba á Bob, y ya le habia

servido para transportar á las dos hijas del laird, de la casa de Cornhill á la posada del Rey Jorge.

—Hola! gritó Bob; ¿está ahí Mr. Pritechard?

—No, contestaron los cargadores.

—Dios lo confunda! murmuró Bob; entonces, ¿quién recibirá mis fardos de algodón?

M. Pritechard era uno de los principales comisionados de la casa de Coventry.

—*Gee!* (chau!) grito un cargador dando un latigazo á sus caballos.

Un pesado carruaje se puso en movimiento sobre los carriles que servían para facilitar la subida de la bóveda.

Mientras que los barqueros paraban acompañados de los carreros, y que las herraduras de los caballos, resbalándose por el pegajoso suelo, lanzaban en las tinieblas de la bóveda innumerables chispas, el cochero del fiacre bajó con lentitud de su asiento, abrió la puerta, y ayudó á Bob-Lantern á verificar el desembarco de sus dos fardos de algodón.

Puestas en el fiacre las dos hermanas, empujó Bob con el pié su barca hácia la corriente, recogió el estribo, y se tendió en el asiento murmurando:

—No podrán decir que no he ganado con trabajo mi pobre dinero esta noche!

—Hola! gritó en seguida por la portezuela, en el momento en que pasaba el fiacre

el dintel de la bóveda; direis á M. Pritchard que soy siempre su servidor.

Los dos caballos del fiacre salieron á galope hácia Upper Thames-Street.

En lo sucesivo Bob se hallaba al abrigo de toda desgracia, y solamente Dios podia favorecer á las dos pobres niñas que estaban en su poder.

Entre tanto, el laird recobraba poco á poco su conocimiento. Por un momento se despejó su imaginacion despedazada; se acordó y un grito de angustia despedazador salió de su jadeante pecho.

—Ana, Clary! exclamò levantándose del agua por un diestro y poderoso esfuerzo.

De este modo dominó durante algunos segundos la corriente del Támesis iluminada con brillantéz por la luna, que al fin salió victoriosa de su lucha con las nubes. Nada vió: por una casualidad ningun barco surcaba el rio en aquel momento.

Angus volvió á tenderse anonadado. En seguida una espesa niebla cubrió de nuevo su inteligencia. Vuelto á los poderes materiales del instinto, nadó hácia la orilla y llegó á tierra cien pasos mas arriba de la bóveda en que Bob-Lantern acababa de desembarcar.

El laird habia venido á Lóndres para ver al marqués de Rio-Santo con quien lo ligaban estrechas y secretas relaciones. Debemos decir ahora que sus potencias hacia muchos años se

hallaban frecuentemente fuera del estado normal. No estaba loco, pero una idea fija dominaba su voluntad.

Quería ver á Rio-Santo por que lo amaba; y por que una invencible fuerza lo impelia hácia él, para matarlo.

Era la tercera vez que salía así de Escocia, sin saberlo sus hijas, y que venía á Londres desde la llegada del marqués. Conocía el camino de Belgrave-Square, y sabía las entradas d' Irish-House.

Así que llegó á tierra, transido, ensangrentado, y medio muerto, se dirigió vacilante, y precisado á apoyarse muchas veces en las paredes de las casas hácia Belgrave-Square. La distancia de Temple-Gardeus á Pimlico es larga; y eran cerca de las once cuando el laird fatigado, llegó á Grosvenor, y sin poderse dar cuenta de acción, tomó el camino del *Lane* que lleva el mismo nombre, por que tenía costumbre, lo mismo que otros muchos, de entrar por allí en Irish-House.

En medio de Belgrave-Lane, volvió la esquina de un pasadizo, y se apoyó en la pared, junto á una puerta cerrada.

Al cabo de unos instantes aquella puerta se abrió y salió por ella un hombre de alta estatura, embozado en su capa. Aquel hombre que salió murmurando palabras de cólera y que olvidó volver á cerrar la puerta, era nada menos que su gracia, el príncipe Dinitri Tolstoi,

embajador de S. M. el emperador de todas las Rusias.

Angus Mac-Farlane empujó la puerta y entrò.

Sus vestidos empapados en agua lo helaban; el cansancio lo acababa; y su cráneo abierto manaba sangre haciéndolo sufrir terriblemente. Ya no le quedaba mas que la respiracion.

Sin embargo, se dirigió sin equivocarse, por entre un laberinto de pasadizos conocidos, y consiguió llegar al piso bajo d' Irish-House, á la puerta de aquel salon reservado donde se verificó la entrevista del príncipe y del marqués.

Entrò y se tirò, arrastrándose sobre la alfombra, hasta los pies de Rio-Santo dormido en la otomana. Allí lo abandonaron sus fuerzas, y se desmayó murmurando los nombres de Ana y Clary.

Lo demas ya lo sabemos.

Desde ese dia, como ya lo hemos dicho, Rio-Santo se confinó en una habitacion apartada de su casa, colocada detrás del gabinete donde tenia costumbre de retirarse á las horas en que trabajaba.

Estaba enteramente prohibida la entrada de aquella habitacion. A las horas de comer encontraban á Rio-Santo en su gabinete, y los manjares que le traian se los llevaban al dia siguiente casi intactos.

Tambien desde aquel dia, el caballero Angelo Bembo rondaba sin cesar los alrededores de la habitacion en que se acostaba ellaird. Habia visto dos ó tres veces á Rio-Santo sin poderle hablar, y la àpariencia de infinito cansancio, la espresion de desanimacion amarga que reemplazaba la altiva calma regularmente impresa en el semblante del marqués, produjeron en Bembo una gran inquietud que no pudieron menos de acrecer diariamente.

Un solo hombre, el doctor Moore, era el único quo habia entrado algunas veces en el gabinete de Rio-Santo. El jòven italiano no dirigió hácia este lado el espionage de su alarmada adhesion. Procuró ver y escuchar, por la puerta que daba al corredor interior d' Irish-House, puerta por donde lo hemos visto entrar ahora poco. Durante este tiempo no vió ni oyó nada.

Una noche varios rumores estraños llegaron á sus oidos, y una voz ronca y monótona comenzó á cantar la cancion popular de una balata escocesa.

En seguida hubo un silencio profundo.

Bembo continuó escuchando, y creyó oir un doble estertor, y unos gemidos que se confundian. Su inquietud no conoció ya límites: tocó con suavidad al picaporte y la puerta se abrió.

Bembo creía que estaba soñando. Vió á don José enlazado con una especie de fantasma

cadáver viviente , cuyos brazos velludos , negruzcos, y eticos , hacian frenéticos esfuerzos para ahogarlo.

El primer movimiento del jóven Italiano fuó de correr en socorro del marqués; pero este oponia á su fantástico adversario una fuerza tan superior, que no podia ser dudoso el écsito de aquella lucha. Bembo tenia miedo de intervenir asi violentamente como tercero en un secreto de una naturaleza tan estraña.

Resolvió esperar y volvió á cerrar la puerta.

Bembo fuó testigo de todas las luchas que siguieron entre el enfermo y Rio-Santo. En los intervalos de estas, veia á aquel, cuyos conocimientos eran universales, cuidar al calenturiento con la habilidad de un médico consumado, y con la tierna solicitud de un hermano.

Su imaginacion se perdia en conjeturas.

=¿Quién era ese hombre?

Seguramente sin que mereciese ninguna reprension por su curiosidad, le era permitido hacer esa pregunta.

Pero era difícil responder á ella.

Ademas Bembo no se ocupaba de aquel secreto sino en lo que concernia al marqués. Adivinó que, bajo aquella estraordinaria vela á la cabecera de un enfermo, ecsistia una cosa grave, y no creia tenia licencia para entrar en mas pormenores de aquel misterio sin una absoluta necesidad.

Sin embargo, Rio-Santo se debilitaba por dias: se ponía mas pálido que el mismo personaje que estaba en la alcoba, y Bembo, en su atenta solicitud, veía acercarse el momento en que aquéllas solitarias luchas renovadas sin cesar, presentarían un peligro verdadero.

Esperaba, pronto á avalanzarse á ellos cuando su intervencion, llegada á ser necesaria su desobediencia á las órdenes del marqués.

Esperaba, pasando sus dias, ó mejor dicho sus noches, en las inmediaciones de la puerta cerrada. Pero se necesita muy poco para dejar escapar, en cualquiera cosa, el momento oportuno. El mejor centinela puede dormirse en su puesto, y se ha visto á soldados veteranos abandonar su faccion, por espacio de algunos minutos.

Y algunos minutos son suficientes para esto.

Por unos minutos de olvido, Bembo se encontraba ahora en presencia del cadáver de un hombre por quien hubiera dado toda su sangre.



CAPITULO CUARTO.



El retiro del lord.

HABIA al fin de el corredor en que el caballero Angelo Bembo casi pasaba su vida algunos dias, una ventana baja que daba á un patio peqaño, cercado de una tapia. Mas allá del patio se hallaba el pasadizo que conducia á Belgrave-Lane.

En Belgrave-Lane, precisamente frente á la ventana baja , se levantaba una casa cons-

truida con ladrillos rojos, bronceados por las neblinas de Londres, y enteramente impregnados por el negro vapor del carbon de piedra. Aquella casa triste y abandonada regularmente, tenia en el barrio una mala reputacion. El vendedor de cigarros de Grosvenor-Place contaba siempre con mucho gusto á quien queria oirlo, que habia servido por mucho tiempo de *free and easy* (1) á un noble lord. Se habia oido muchas veces, el ruido nocturno de las orgias, y otras habian salido de sus estrechas ventanas quejidos de muger cuando ya habia entrado la noche.

Hacia algunos años que no se veian abrirse las ventanas hinchadas del *free and easy*, que las vecinas del barrio de Pimlico llamaban el retiro del lord (*lord's corner*.) La casa permanecia inhabitada, y solamente muy raras veces, se iluminaban alguna noche sus ventanas.

El lord envejecia sin duda, y sus caprichos se hacian cada vez menos frecuentes.

No se conocia en Pimlico el nombre de su señoria cuyas visitas á la casita se hacian en todo tiempo con el mayor misterio.

El *lord's corner* estaba admirablemente situada segun decia la voz general. Nada dominaba sus ventanas que miraban de lado á una parte de la espalda d' Irish-House. Solamente

(1) Casa de libertad y desahogo. Casa de placeres reservados.

de allí hubiera podido salir una mirada indiscreta. Debe creerse que su señoría había reparado al fin en este inconveniente pues doce ó quince años antes había mandado plantar árboles en el reducido patio que separaba á Irish-House del pasadizo.

Y decían que por el solo hecho del plantel de aquellos árboles, su señoría había pagado tres mil guineas á el antiguo dueño d' Irish-House; y como había allí tres árboles correspondían á cinco mil francos por cada pié.

No se podía comprar mas caro la ventaja de ocultar su vida privada.

Transportados los tres árboles con grandes gastos al patio pequeño y plantados cuando su raíz estaba ya demasiado adelantada, habían prosperado poco desde entonces. Sus enfermedades hojas daban delante de las ventanas de Irish-House: en el invierno entrelazados sus éticos brazos, velos transparentes, bastaba para desviar la mirada fija sobre Irish-House; pero no era suficiente para impedir la curiosidad de esta última casa para espiar á su gusto el *lord's corner*.

De suerte que, en definitiva, su señoría no había conseguido nada.

El árbol de enmedio cubria la ventana baja colocada al fin del corredor interior de Irish-House.

Vigilando á Rio-Santo, el caballero Angelo Bembo, principalmente en los primeros

dias , iba y venia , pasaba algunas horas en su habitacion, situada en el piso superior , y aun salia durante algunos cortos momentos. Aun cuando no vivia en Irish-House, habia conservado tal costumbre de estar al lado del marqués, que las personas de la casa no podian admirarse de verlo alli constantemente. Ademas, como nadie hubiera sido tan osado para penetrar hasta el corredor, apesar de la prohibicion del marqués, nadie podia sorprender el espionage de Bembo.

A no ser por esto, hubiera sido al cabo de ocho dias un precioso motivo de conversacion en las cocinas y cuadras de Irish-House, aquella estraña fantasia del señor Bembo elegir para su domicilio , en el rigor del invierno , una galeria bastante fria. Sin embargo , es preciso decir que las cocinas y cuadras de Irish-House, no estaban desprovistas de objetos de conversacion. Por muy separados que estén en Inglaterra los amos y los criados, los finisimos oidos de los lacayos saben aprovecharse de algunas palabras dichas al paso , y las paredes mas espesas no tienen, seguramente, poder para interceptar la vista curiosa de los criados. Asi, los lacayos y criados , sin hablarse nada del grande y misterioso drama en el que su amo era el principal actor, charlaban con gusto hasta no poder mas acerca de una multitud de cosas que les parecian salir del método comun de la vida de Lóndres.

No vamos á iniciar á nuestros lectores en las ingeniosas conjeturas que se hacian á este respecto al rededor de los hornillos subterráneos, y en la caliente atmósfera de las antiguas cuadras.

Una mañana, era el tercer dia que velaba Bembo, el sol habia salido mas brillante que de costumbre, y combatia victoriosamente la opaca muralla que le oponian los pesados vapores suspendidos incesantemente sobre nuestras cabezas. Bembo habia apoyado su codo en la ventana del corredor, y seguia mirando con distraccion las indecisas líneas del perfil d' Irish-House, cuyo elegante perfil proyectaba al otro lado de Belgrave-Lane.

Su vista recorria asi, casi sin saberlo, la fachada oscura de Lord's-Corner, que, hiriéndola de lleno el sol, daba á aquella estraña iluminacion una apariencia de lúgubre fiesta. El árbol que se levantaba entre el y el *free and easy* tocaba ligeramente la ventana, y por consecuencia no podia interceptar su vista. Todo al contrario, aquel árbol podia ocultarlo tanto mas fácilmente cuanto que estaba mas inmediato, y que las espaldas d' Irish-House quedaban á la sombra ó contra luz.

Bembo acababa de presenciar una de esas luchas silenciosas y terribles que precedian siempre al enronquecido canto del enfermo, y á que seguian, para los dos combatientes, algunas horas de descanso, efecto de un cansancio mútuo.

Bembo estaba sumamente triste; su grande ojo negro, cuya pupila, en aquellas horas de melancólicos ensueños, tenía una dulzura tierna y casi femenina, vagaba sobre los objetos estereotipados sin ver nada.

De pronto su pesadosa distraccion dió lugar á una espresion de sorpresa.

El sol, penetrando en una de las habitaciones de Lord's-Corner, acababa de manifestarle una jóven recostada en un sillón y dormiendo.

Hacia un año que Bembo iba casi todos los dias á Irish-House. Muchas veces habia notado el estado de soledad y abandono de la casita de Belgrave-Lane, cuyo mal uso no le era desconocido. Jamas habia visto durante aquel año que se abriesen las puertas de las ventanas.

Su primer movimiento fué esclusivamente curioso; en seguida una mezcla de interés enterneció su mirada. Angelo Bembo era un niño.

Pero fué una impresion pasagera y prontamente sofocada.

Quien podia ser la jóven dormida, sino una de esas mugeres cuya vida está consagrada á los recreos nocturnos de los milores del alto parlamento; una de esas mugeres, que sus señorías se endosan como una especie de venta, encarnaciones encantadoras del vicio, flores brillantes que nobles caprichos ciernen antes de tiempo, y que, cernidas, caen un dia desde los suntuosos cogines de un carruage á el negruzco cieno de las calles de donde nadie se apresura á sacarlos.

El caballero Angelo Bembo apartó su vista.

Pero hay semblantes radientes cuya impresion queda obstinadamente fija en nuestra vista, como la que causa el sol, mucho tiempo despues de haber cerrado los ojos.

Bembo quiso volver á sus tristes pensamientos, pero se interponia entre él, y su tristeza una cosa deslumbradora.

Veia sin cesar la graciosa niña de Lord's-Corner recostada frente á él, y en su posicion, traída por su reciente recuerdo, tenia un pudor exquisito, infinito....

De nuevo lo decimos, el caballero Angelo Bembo era un niño.

Involuntariamente, se volvió su cabeza, y su vista buscó de nuevo á la dormida jóven.

Cuan hermosa le pareció!.... El sol la daba de lleno, y Bembo pensò que nunca habia iluminado una frente mas cándida, ni un semblante mas encantador.

Suspiró dolorosamente pensando que tanta hermosura se unia á tanta deshonra.

En seguida dijo para sí que quizá.....

Seguramente dijo esto; lo afirmamos. Nada mas ni menos.

Era demasiado. Pero no se roza uno con el mundo sin tomar algo de su desapiadada intencion. Bembo se encogió de hombros y se retiró á su sombrío corredor.

Este *quizá* que habia aventurado, le cau-

saba vergüenza. Seguramente, un dandy de el *palco infernal* no lo hubiera aventurado en su lugar, y el vizconde de Lantures-Luces se hubiera reído de corazon. Hablamos con toda formalidad.

No podremos decir como sucedió esto; pero, tres minutos despues, habia vuelto Bembo á la ventana, y miraba á la dormida con todos sus sentidos.

El famoso *quizá* estaba positivamente muy distante. No pensaba mas en el *quizá*, y no habia mas *quizá*. Pero Lantures-Luces, aquella vez, lo aseguramos, quedó pasmado de risa. Bembo que se reprendia hace poco de haber dudado, veia ahora con una certeza completa.

Y su certeza era, ¿podrán creerlo? toda en favor de la encantadora dormida. Hubiera roto lanzas por ella, y hubiera jurado por su cabeza.....

Por qué? por nada. Bembo era un niño.

Se suplica á los que estuviesen tentados de compadecer al caballero Angelo Bembo, que guarden su compasion para mejor coyuntura.

La dormida parecia atormentada en su sueño. Dos ó tres veces alargó delante de sí dos manitas blancas de un modelo encantador, como para rechazar á un enemigo invisible. *Quizá* eran los rayos del sol que daban en su semblante los que la agitaban asi, y sin embargo, aun á aquella distancia, se podian ver en sus pálidas y lindas facciones una espresion de cansancio y de angustia.

Angelo pensó que algunas veces las jóvenes son robadas violentamente á sus padres , y entregadas por el oro , á merced de algunos perversos licenciosos.

Seguramente aquella hipótesis sobrepasaba todos los límites permitidos. Era una cosa que solo pertenecía á la poesia , á la novela de Richardson , ó aun nocturno á dos voces con acompañamiento de guitarra....

Sin embargo, la dormida aun se agitó durante algunos segundos, y en seguida se despertó sobresaltada. Cuando se levantaron sus párpados, los dulces ojos de Ana Mac-Farlane fueron los que brillaron á la luz del sol.

Se sonrió al despertarse, como hacen todos los niños, y puso sus manos ante sus ojos que herian los rayos demasiado ardientes del sol. Aquel gesto fué lindo y gracioso; Bembo se sonrió al notarlo, y al mismo tiempo se creyó obligado á reconocer que no habia visto cosa mas encantadora que aquellas dos manitas , procurando ocultar su cándido y juvenil semblante.

Ana, poca necesidad tenemos de decirlo al lector, estaba allí por los esfuerzos de Bob-Lantern pagado por el administrador Paterson, y el Lord's-Corner pertenecía á su señoría el conde de White-Manor.

Habian pasado dos dias desde que se despertó una mañana, la pobre y tierna niña , en aquella habitacion desconocida , desde cuyas ventanas no se veia nada mas que los techos de

los tejados d' Irish-House , y las ramas negras de algunos árboles sin hojas: hacia dos dias que no veia á Clary, á su querida hermana; dos dias que no veia á Stephen. La habitacion en que se encontraba era hermosa , adornada con grandes espejos, y magníficos cuadros con marcos dorados. Su cama tenia colgaduras de seda, cuyos brillantes reflejos deslumbraban la vista. En los sofás se veian magníficas telas de vestidos, y en el tocador joyas de un crecido valor.

Pero la desventurada Ana solamente dirigia á todas aquellas cosas preciosas , miradas desconsoladas. Tenia miedo. Las mugeres que la servian le causaban horror, y cuando se ausentaban aquellas mugeres, se horrorizaba aun mas de la soledad.

Habia llorado mucho hacia dos dias pensando en Clary y en Stephen.

Por lo demas, aun ignoraba el objeto con que la habian robado. Nadie mas que las dos mugeres que la servian habian entrado en su habitacion.

Por la noche, no se atrevia á acostarse en aquella vasta cama con columnas esculpidas: la parte de la pared que sobresalia del lecho estaba ocupada por un gran espejo, que reproduciendo su propia imágen , habia helado de horror á la temerosa niña la primera vez que se acercò á él. Ese precioso instinto de defensa que dá la naturaleza al corazon de las mugeres la advertia que permaneciendo de pié, se veia menos

espuesta al desconocido peligro que la amenazaba.

Dormía en el sillón en que Bembo acababa de verla. Esa era su cama.

¡Cuan largas le parecían las noches! entonces era cuando la pobre niña se estremecía al menor ruido del viento zumbando por las ventanas: entonces era cuando creía ver, á la vacilante luz de su lámpara, moverse con lentitud los enmaderamientos, las puertas cerradas girar sobre sus goznes, y las cortinas de su solitaria cama agitar los abundantes pliegues de sus inmóviles colgaduras.

Llamaba á Clary, á Clary y á Stephen.

Ay! Stephen la buscaba; pero era por que buscaba á Clary. Y Clary, esa noble jóven, agoviada bajo la mano de piedra de un demonio sin corazon ni piedad, Clary moría asesinada.

Asesinada lentamente, poco á poco. La mataban despacio. Bebia á pequeños tragos la copa entera del martirio. Un vampiro estaba sobre ella que sacaba y chupaba gota á gota su juvenil sangre.....

Ana oraba, confundiendo sus dos amores en su sencilla oracion, y dirigiendo á Dios los nombres amados de su hermana y de Stephen. La oracion la consolaba y sostenia, y á no ser por ella se hubiera muerto.

Al despertarse aquella mañana, estaba sumamente alegre: del mismo modo venia á visitarla el sol por la mañana los hermosos dias en Cornhill: creyó se hallaba en su pequeña ha-

bitacion , y dijo para si que habia tenido un sueño horroroso.

Esto duró mientras que su blanca mano cubria sus lindos ojos como una venda.

En seguida , el caballero Angelo Bembo que la devoraba con la vista, la vió estremecerse de pronto y levantarse con terror. Acababa de conocer la realidad. Clary no estaba allí: sobre su cabeza no se mecian ya las blancas cortinas de su cama. Ese sueño que habia tenido , ese horroroso sueño , era una realidad.

—Oh! Dios mio, Dios mio! murmuró, poniéndose de rodillas, ¿no enviareis á Stephen á mi socorro?

Angelo Bembo sintió humedecérsele los ojos.

Ana permaneció mucho tiempo de rodillas. Joven débil, que no habia conocido la vida sino como una sucesion de dias tranquilos , risueños, dichosos, no sabia nada contra la desgracia, y se abatía, anonadaba, al primer soplo del sufrimiento.

Desde aquella mañana, el caballero Angelo Bembo vino con mucha frecuencia á echarse de bruza en el poyo de la ventana baja. Pensativo y poeta, y manifestando en su natural caballeresco algunos debilitados rasgos del multiple y altivo carácter de Rio-Santo, Bembo no tenia escudo que oponer contra esas repentinas impresiones que penetran de pronto en el corazón. Aun no habia amado segun su alma , y esos pasajeros lazos en que su belleza física y

su brillante imaginacion lo habian arrastrado en los salones de West-End , habian sido para él un pasatiempo : quizá menos que esto , un apéndice á su toilette, un complemento de su adorno.

Por que es impropio , en cierta clase de gentes, despreciar asi las costumbres establecidas, y no tener querida alguna á menos que no sea poseedor de cierta sangre pura que pueda razonablemente concentrar en él solo todas sus afecciones.

Bembo no era seguramente un sportman, aun cuando fuese un modelo de los escuderos. Se habia visto obligado á entrar en relaciones con media docena de blondas d' Alinak las cuales, durante su vida habian tenido tantas cuantos cabellos rubios tienen en su graciosa cabelle-
ra. Nosotros no podemos saber si esas pasiones convenidas, y esas novelas sabidas de memoria de antemano lo habian divertido ó fastidiado.

Sin embargo su corazon se habia apasionado una ó dos veces, por que su corazon tenia deseos de llegar á esta situacion. Pero Bembo era un caballero de tacto, y muy pronto habia conocido lo ridículo de su conducta. Lo decimos, con toda verdad: asi como en los dramas de Shakspeare, solo lloran las rojizas hijas de los tenderos de Borough, del mismo modo solo el heredero de algun hidalgo campesino puede tomar con formalidad los amores de cierta clase.

Si uno fuera malo, podria afirmar que despues de ciento cincuenta intrigas formadas y desenlazadas de una manera ú otra, el alma de una gran lady permanece siempre pura y vírgen como antes. No pecan sus señorias con el alma.

Bembo no ignoraba esto, aun cuando no fuera muy filósofo, ni su imaginacion delicada tuviese ninguna tendencia hácia la sátira. Asi, no encontrando donde colocar su corazon ansioso de amar y no teniendo caballos ni perros en quien poder colocar su ternura, se habia entregado enteramente á la adhesion, y no conocia nada en este mundo, sino á don José, su amigo y su amo.

Pero no podia ser esta su última resolucion. Era jóven y no se habia aun decidido contra las mugeres: su tacto fino y escogido lo hacia incapáz de caer en aquella comun estravagancia.

Era indiferente, esto es todo, indiferente como el hijo de Teseo y otros muchos de la fabula de la historia. Esperaba su Aricie.

Aquella mañana comenzó á enamorarse; continuò durante los dias siguientes, hasta que quedó perdidamente enamorado. Su situacion se prestaba á esto maravillosamente: estaba triste y solo.

Para muchos lectores disminuirá esto el mérito de la gran vela del caballero Bembo: una sola reflexion bastará para traerlos á un sentimiento menos severo. Seguramente la pre-

sencia de Ana tan cerca de él abrevió mucho sus horas de soledad; pero á la edad de Angelo todo el mundo es emprendedor, y se tiene un placer en vencer los obstáculos: además Angelo era hijo de aquellos dichosos climas de los amores, y por lo tanto permanecía en su puesto.

Era un nuevo sacrificio, y su papel ganaba con esto seguramente.

Una mañana, Bembo vió una cosa estraña. La luz del dia aun no estaba bastante despejada de las últimas sombras del crepúsculo, y Ana dormía en su sillón. Una puerta que estaba al fin de la pieza se abrió y entraron dos hombres. Uno de ellos llevaba una palmatoria, y el otro, enteramente arropado en un abrigado carrich lleno de pieles, lo seguía con paso indolente.

Puede juzgarse si Bembo abriría bien los ojos.

El primero de los dos recién venidos se adelantó con tiento é hizo un gesto de sorpresa al ver á Ana en el sillón. Seguramente la creía en la cama, y su semblante, mientras que se volvía hácia su compañero sonriéndose obsequiosamente, manifestaba sobre poco mas ó menos esto.

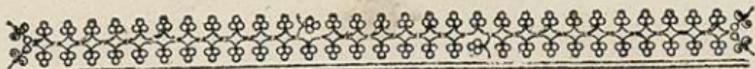
—Duerme..... poco importa que sea en un sillón.

El hombre del carrich no se dignó contestar, y el otro que parecía como su criado,

ó alguna cosa peor que esto, aunque no llevase librea, levantó la palmatoria para que la luz diese en el semblante de Ana dormida.

Bembo no perdía ni un gesto de aquellos dos hombres, los cuales el uno se llamaba Gilbert Paterson, y el otro Godfrey de Lancaster, conde de White-Manor.





CAPITULO QUINTO.



Por la ventana.

 El caballero Angelo Bembo miraba con sus cinco sentidos, y la sangre hervía en sus venas pensando en el designio probable de aquellos dos hombres que violaban clandestinamente el retiro de su jóven.

Pues ya le pertenecía. Al menos este era el parecer del caballero Angelo Bembo.

Sin embargo, el conde se habia detenido

inmóvil, á tres ó cuatro pasos de Ana; y mientras Paterson hablaba getisculando con cierto énfasis, White-Manor dirigia lentamente su apagada mirada al rededor de la habitacion.

Bembo no tuvo dificultad en interpretar aquella escena: seguramente el criado ensalzaba los infinitos encantos de la jóven, adquisicion nueva sin duda, mientras que el pacha, queremos decir lord, hacia melancólicas reflexiones acerca de la fragilidad de las voluptuosidades humanas.

Angelo ardia en deseos de romperle el cráneo.

Por lo demas, no lo conocia.

Quando Gilbert-Paterson acabó su elocuente discurso, el conde dió un gran suspiro y meneó con tristura la cabeza diciendo:

—Quisiera que cada una de estas ventanas tuviese ocho hermosas barras de fierro....

—¿Me permitirá vuestra señoria que le pregunte?..... comenzó á decir Paterson admirado.

—Cuatro horizontales, y cuatro verticales, continuó el lord; y quisiera Gilbert, tener aqui, en lugar de esa tontuela, al hijo de mi padre, que, por Dios vivo! no saldria de aqui antes del dia de su muerte!

El conde pronunció estas últimas palabras con horrorosa energia. Sus apagados ojos se animaron de pronto para lanzar un brillo siniestro.

Paterson agachó la cabeza.

—Siempre ese diantre de Brian! murmuró, milord no sabe decir otra cosa!

—Ei dia se aprocsima, exclamó de pronto White Manor; por muy disfrazado que esté, conozco á un demonio que me reconocerá á la primera mirada..... Vamos..... vamos Gilbert..... Quizá Brian de Lancaster me espía en el pasadizo para atravesarme el corazon con sus habladurias..... No estoy aqui seguro.

El conde estaba pálido y se estremecía.

—Oh! moriré, lo conozco! continuó con voz ahogada, y el será conde de White-Manor.

Esta última palabra manifiesta esactamente el odio que debia llenar el corazon de White-Manor.

Brian era su heredero legal.

El conde se dirigió hácia la puerta.

—Pero al menos mirad aqui, milord! dijo Paterson desesperado, mirad que manos, que cabellos!..... Hay en el mundo un talle mas lindo que este? hay unas cejas mejor arqueadas, una tez mas blanca, una frente mas pura?.....

Los tratantes de esclavas que proveen el haren deben ser muy buenos poetas!

El conde se volvió maquinalmente hácia Ana dormida, la hechó el lente y contempló un instante con la fria estupidez de un cu-

nuco de cien años á la eucantadora niña que estaba delante. Su lente pasó de un pié encantador á una cintura muy linda, de la cintura á la garganta, de esta á los cabellos, y despues volvió á caerse.

—Es pasadera, murmuró con indiferencia; otro dia, maese Gilbert..... volveré.

El lord y su administrador se fueron.

Angelo Bembo estaba mas muerto que vivo. Se ahogaba ; y la salida de aquellos dos hombres intrusos, alivió su pecho de el peso que lo oprimia.

Se dijo despues, que nunca ningun objeto le habia parecido mas horroroso , mas feo, mas aborrecible que el lente del hombre del carrick ribeteado de pieles.

Su imaginacion formó incontinentemente soberbios planes para libertar á la pobre reclusa, pues ya no habia duda ninguna, que la encantadora dormida de Lord's -Corner estaba alli contra su gusto: la tenian prisionera, y era víctima de alguna maquinacion infernal.

Pero Rio-Santo.....

Esta idea acortó todos los proyectos de las empresas caballerescas que formaba, y cayó como un plomo helado sobre el ardor del hermoso caballero Angelo Bembo.

El marqués, aun cuando no habia pedido socorro, lo necesitaba de hecho, y el marqués era primero que la hermosa y desgraciada desconocida.

Le pareció mas conmovedora aun que de ordinario, cuando aquella mañana, al despertarse, se arrodilló para hacer su oracion matinal. El caballero Bembo era buen católico, y conservaba cuidadosamente en lo íntimo de su corazon esa fé ardiente y sencilla de la creyente Italia, que guarda la misma relacion con la santurroneria inglesa, que una madona de Rafael, medio desnuda y sin embargo casta, con el retrato helado de una honorable mistress, compañera de un ministro (1) á quien el pintor ha abrochado hasta la barba para manifestar autenticamente su pudor presbiteriano. Bembo apesar de su vida aventurera y frívola, habia conservado un recuerdo de las instrucciones de su madre: aun sabia rogar á Dios, y á la vírgen en ese hermoso language italiano, que se creeria formado únicamente para el cielo. Al ver á Ana prosternada, se sintió lleno de alegria, por que creyó en la proteccion divina, y dijo para si, en este instante algun ángel ha velado por la jóven dormida.

Ay! la desventurada reclusa necesitaba efectivamente de un buen ángel para que velase por ella. White-Manor habia dicho: Otro dia! El solo, seguramente no hubiera pensado poner en práctica ese vago proyecto, pero á su lado estaba Gilbert-Paterson: la sangijuela no puede vivir sino de sangre corrompida: los

(1) Nombres de los sacerdotes presbiterianos.

administradores necesitan amos viciosos.

Paterson engañó tan diestramente al conde que este olvidó por un momento su idea fija. Adormecidas sus pasiones se despertaron instigadas por las mañosas pinturas del mayordomo. Se acordó de Ana dormida, y ese recuerdo fué encantador.

Tambien, la siguiente noche, atormentado por su crónico insomnio, mandó enganchar y marchó á Belgrave-Lane. Empezaba á amanecer cuando entró por la puerta de Lord's-Corner. Era aquella misma mañana, y poco mas ó menos en el momento en que hemos vuelto á encontrar al marqués de Rio-Santo sentado á la cabecera d' Angus Mac-Farlane.

Ana acababa de dormirse y quizá soñaba: soñaba sin duda, con Stephen, ó con Clary, ó con los dos.

Por el contrario, el caballero Angelo Bembo acababa de despertarse, y dejaba, estropeado, la esterilla tendida delante de la puerta de la habitacion d' Angus, donde tenia costumbre de tomar de vez en cuando unos cortos instantes de reposo.

Aplicó sus ojos á la cerradura. El enfermo estaba inmóvil en su cama, y Rio-Santo en su sillón: nada anunciaba una crisis.

Bembo se dirigió hácia la ventana. Tambien estaba de centinela de este otro lado, pues habia formado el proyecto de proteger cuanto pudiese á la pobre prisionera.

Llegó por fin el momento: en el instante en que apoyaba sus codos en los fierros de la ventana baja, vió como la otra vez, abrirse una puerta en lo interior de la pieza de la reclusa, y entrar dos hombres. Eran los mismos que antes; el criado y el amo.

Paterson, sin decir una palabra, descorrió las cortinas de la cama y levantó la cobija.

En seguida se acercó á la dormida Ana como si hubiese querido tomarla en sus brazos y robarla.

Bembo tenia la frente llena de gruesas gotas de frio sudor.

Pero el conde hizo un gesto, y Paterson se fué despues de haber saludado respetuosamente.

El conde, en vez de adelantarse hácia la jóven, se agachó y recogió un papel que acababa de caerse de encima de la cama.

Este gestó no tranquilizó absolutamente á Bembo cuya cabeza, fermentaba furiosamente.

El sacrificio iba á consumarse; un minuto que tardase haria ineficáz toda proteccion.

Bembo se apretó la frente entre sus manos. Un irresistible movimiento lo impelia hácia aquella casa maldita, donde iba á cometerse un crimen infame, pero la idea de abandonar al marqués, aun cuando no fuese mas que por un momento lo detenia. El dia an-

tes, efectivamente habia creído ver á Rio-Santo debilitarse en su última lucha con el enfermo, y conocia que nunca habia sido tan necesaria su presencia como ahora.

Volvió hácia la puerta, y aplicó de nuevo la vista á la cerradura.

El marqués y el calenturiento permanecian inmóviles.

Era esto una gran desgracia. Si Bembo, efectivamente, hubiera permanecido un instante mas en la ventana, no hubiera juzgado necesario abandonar su faccion.

He aqui lo que pasó en la habitacion del retiro del lord.

El conde se habia sentado junto á la mesa donde estaba la lámpara: puso sobre aquella el papel que se habia caído de la cama, y no pensaba mas en él. Contemplaba á Ana dormida y se parecia hermosa.

—Desearia encontrar una persona que me amase, dijo muy alto al cabo de algunos minutos.

En seguida añadió con estraña amargura.

—Una persona para amarme..... yo.... Soy rico y poderoso..... He sido jóven; me llamaban hermoso..... ¿me ha amado alguien nunca?..... La única muger á quien he amado, y la adoraba! la muger de mi nombre, mi corazon, todo!..... esa muger no me amaba, y me engañaba..... Un dia inclinado sobre la

cuna de la niña que yo llamaba, hija mia..... Cuan hermosa era mi hija!..... pensé que otro!..... Oh! eché fuera á la madre y á la hija..... Tuve razon!..... hice bien!..... Hoy dia haria lo mismo!.....

Se detuvo, y una sonrisa cruel vino á crispár su labio.

—Hace de esto diez y seis años ; ha debido sufrir mucho pues se la confié á un hombre sin compasion..... Se habrá colocado como un muro de bronce entre la madre y la hija!..... Tanto mejor..... tanto mejor si ha muerto anegada en lágrimas..... Tanto mejor si aun vive para llorar y sufrir!

El semblante rogizo y sanguíneo de White-Manor , manifestaba una crueldad sin límites.

De pronto su mirada se dulcificò al fijarse en Ana que se sonreia en su sueño.

—Asi era ella, murmuró, bella y dichosa, cuando la ví por primera vez..... La robé.. ¿No se roba todos los dias á la muger que se ama, y no es una gracia ofrecer mi mano á la hija de un pobre laird de Escocia?..... Sin embargo , no me amò..... amaba á un miserable irlandés! á un mendigo católico..... Ah! nunca he podido tener á ese hombre bajo mis pies y aplastarlo como á un vil insecto que incomoda..... ¿Pero que importa esto?..... Hace diez y seis años!.....

Se levantó de pronto.

—Vamos! exclamó echándose un vaso de vino de Jerez de un frasco que habia puesto Paterson sobre la mesa. Vamos, olvidemos lo pasado y el presente por una hora..... Está joven es hermosa..... y por Dios santo, mi hermano no tendrá poder para quitarmela!

Dejó estrepitosamente el vaso sobre la mesa, y Ana se despertó sobresaltada y muerta de terror.

Pero yo no tenia que temer al conde. Al dejar el vaso sobre la mesa, el papel que se habia caido de encima de la cama, llamó su atencion. Lo abrió maquinalmente y se puso mas pálido que un cadáver.

Sus dientes rechinaron, sus facciones se contrajeron horrorosamente, y sus dos puños cerrados amenazaron locamente á el vacío.

—Continuamente él! murmuró con esfuerzo; siempre él!

El papel contenia unas cuantas palabras escritas con lápiz, que trasladamos aqui.

«Valor, hermano mio; velo por vuestros amores.»

«Brian de Lancaster.»

Sabemos que, hacia dos dias, Brian tenia otra cosa que hacer que atormentar al conde, pero hacia tambien mucho tiempo que este último no habia usado su misterioso retiro de Lord's Corner. El billete estaba allí quizá mas de un año. ¿El lazo que se pone

en los bosques al lobo no está tendido durante muchos meses antes que haga su oficio?.....

Pero no fué asi como lo comprendió el conde. Tenia un horror tan mortal á su hermano! Creyó que Brian, invisible, lo esperaba al paso para descubrir sus faltas, y llenarlo de ultrages!.....

Creyó que sus criados lo vendian, que Paterson le hacia traicion, y que estaba rodeado de peligros y enemigos.

Volvió á caer en su silla desanimado.

Aterrorizada Ana no se atrevia á moverse; fijaba en el conde sus ojos abiertos extraordinariamente por el horror, lo mismo que los pobres pájaros inmóviles por la fascinadora pupila de la serpiente.

Ni aun siquiera tenia fuerzas para orar.

El conde estrujaba el papel con rabia, murmuraba palabras confusas, y amenazaba inutilmente al enemigo que no podia alcanzar.

Al cabo de un minuto llamó á Paterson con voz atronadora.

Ana, la desventurada niña se encogió en su sillón.

Paterson entró.

—Acercate! dijo el conde que agarró por el cuello su frasco de Jerez.

Este era de cristal tallado, y podia ser un arma terrible.

Paterson leyó su destino en los ensan-

grentado ojos de su amo. En lugar de acercarse retrocedió con prontitud. En el momento en que pasaba el dintel de la puerta, el frasco de cristal silvó junto á su oído y fué á hacerse mil pedazos á unas cuantas pulgadas sobre su cabeza en el marco de la puerta abierta.

Ana cerrò los ojos.

—Aun le queda el vaso! dijo Gilber Paterson que no se habia apresurado á entrar; pero su señoria vá á caer como un buey degollado dentro de tres segundos..... Diantre si se puede saber como entrarle ahora!

Paterson no se engañaba.

Cuando Ana volvió á abrir los ojos, vió al hombre que tanto la habia horrorizado tendido en el suelo y agitándose en débiles convulsiones, Paterson y un criado procuraban levantarlo para llevarlo á su carruage.

El caballero Angelo Bembo no habia visto nada de esto. Despues de haber reconocido que el marqués y su misterioso enfermo descansaban, corriò á la parte superior de la casa donde estaba su habitacion, y cargó apresuradamente sus pistolas. Esta operacion lo ocupó algunos momentos, y antes de salir quiso aun mirar de nuevo en la habitacion en que velaba Rio-Santo. El marqués estaba entonces de pié, y parecia mirar con inquietud al calenturiento.

Bembo conoció le faltaba su resolucion,

pues se acercaba una crisis; conocía muy bien sus síntomas.

Pero la imagen de la desventurada Ana vencida, se presentaba á su vista. Su sangre ardía, y dijo para sí.

—Tendré tiempo.

Y bajó con rapidéz la escalera.

En el momento en que bajaba los últimos escalones, hubiera podido haber oído la ronca voz d' Angus Mac-Farlane entonando la primera estrofa de la cancion del laird de Killarwan.

Era un presagio cierto : la lucha iba á principiar.

—Angelo estaba en el pasadizo que conducia á Belgrave-Lane.

Salió corriendo á la calle, y una casualidad providencial fué la que hizo aquella vez superflua su intervencion.

La puerta de Lord's-Corner estaba abierta, y un carruage sin armas parado delante de ella.

En el momento en que Bembo llegaba á la calle, armado y resuelto á penetrar en la *casita* por grado ó por fuerza, vió bajar por el peristilo á dos criadas trayendo en sus brazos al hombre del carrick forrado de pieles. Este último no daba ninguna señal de vida.

Los dos criados lo metieron con mucho trabajo en el coche donde se colocó uno á su

lado, y casi al mismo tiempo los caballos salieron á galope.

La puerta de Lord's-Corner se volvió a cerrar.

Bembo tomó apresuradamente el camino de su puesto. Su ausencia solo habia durado algunos minutos.

Cuando entró en el corredor, vió desde lejos al hermoso perro Lovely, que arañaba la puerta del enfermo dando quejosos gemidos. Un frio mortal se apoderó del corazon de Bembo que llegó de un brinco á la puerta aplicando á ella su oído.

Reinaba en lo interior un silencio profundo.

Lovely gemia, y olfateaba el aire que salia por las junturas de la puerta.

Bembo la abrió. Los pocos minutos de ausencia habian bastado para hacer inútiles sus grandes dias de vela. Rio-Santo habia sucumbido.....

Cerca de un cuarto de hora hacia que el caballero Angelo Bembo estaba en la posicion que hemos descrito en una de las páginas que preceden, sugetando contra su pecho la atolondrada cabeza del marqués y abismado en aquella estupefaccion que evita los primeros ímpetus del dolor. Lovely echado á el lado de su amo, puso su hocico sobre su espalda y lo miraba.

De pronto el perro se estremeció brus-

camente y ladró. Al mismo tiempo Bembo sintió en el reverso de su mano un soplo tibio, pero tan débil!.....

Rio-Santo vivía. El caballero Bembo besó la mano que había sentido el soplo, y casi se desfalleció de alegría. Lovely erguido sobre sus cuatro patas estendidas, miraba sin cesar á su amo y gemía dulcemente.

Cuando Bembo quiso sentir de nuevo aquel dichoso aliento que acababa de lanzar en su alma tanta alegría, Rio-Santo ya no respiraba. Bembo puso la mano sobre su corazón pero no latía.

=Vive! Dios mio! vive! escfamó el jóven Maltés apretándose la frente; pero necesita socorros..... al instante..... ¿Y qué he de hacer?

Bembo, en aquel supremo instante no se determinaba á introducir ningun criado en un sitio cuya entrada la había prohibido Rio-Santo. Procuró levantar el cuerpo, pero su emoción lo enervaba, y se sintió muy débil para llevar á cabo aquella tarea.

Y sin embargo, era necesario obrar.

Lovely, el noble y poderoso animal, permanecía allí. La vista de Bembo se fijó en el gracioso arco de sus vigorosos lomos, y no dudó mas. Levantó á Rio-Santo, habiendo apoyado sus piernas sobre las ancas de Lovely, y dividido así el peso fué mucho mas soportable: el hermoso Lovely principió á andar

muy despacio hácia la puerta, como si hubiera comprendido la importancia del peso que le confiáran.

Encontrándose ya fuera, Bembo cerró la puerta con doble vuelta, y llamando en seguida á los criados entraron corriendo.

—Que vayan á buscar á un médico! exclamó Bembo; un médico al instante.

Los criados estaban muy acostumbrados á ver pasar cosas estrañas en Irish-House para que manifestasen su admiracion, pero el diablo no perdió nada.

—El doctor Moore está en el gabinete de milord; respondió uno de ellos.

Bembo frunció las cejas. Hacia mucho tiempo que el doctor Moore le inspiraba una instintiva aversion; pero era aquel momento malo para dudar, y, segun la órden de Bembo, el marqués que continuaba sin movimiento, fué llevado á su gabinete y lo colocaron en una otomana.

Alli estaba efectivamente el doctor Moore. Varios papeles desarreglados sobre el bufete y la afectada indolencia de Moore, sentado con aire disgustado en un sillón bastante apartado del bufete, hubieran hecho sospechar á un observador desconfiado que acababa de entregarse á un indiscreto ecsámen; pero Bembo, en su turbacion no era el hombre que se necesitaba para hacer semejantes observaciones.

El doctor al ver á Rio-Santo, que tenia toda la apariencia de un cadáver, no manifestó ni priesa ni sorpresa.

Se levantó, acercó su silla á la otomana, y cogió el brazo del marqués para tomarle el pulso. En seguida tocó con suavidad su cérebro, y apoyó la mano en su estómago.

—Retiraos! dijo á los criados que esperaban saber algo con ansia y curiosidad.

Obedecieron.

—Signore, añadió el doctor dirigiéndose á Bembo, me gusta estar solo con mis enfermos.

—Pero, señor doctor!...

—Tened á bien no hacer ninguna objecion, signore!..... El tiempo urge.... creo que el tiempo urge demasiado..... Y nunca opero sino cuando estoy solo.

—Al menos me direis, exclamó Bembo, si queda alguna esperanza!

—No os diré nada, signore.

Bembo tuvo un movimiento de violenta cólera, pero se contuvo y se dirigió hácia la puerta.

—Signore! añadió el doctor en el momento en que Bembo pasaba el dintel.

Este se volvió.

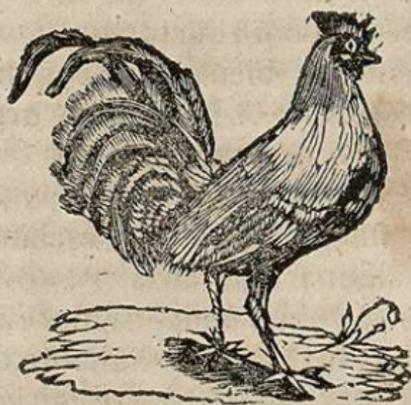
—Llevaos ese perro, añadió Mr. Moore, os lo suplico; me incomoda.

Bembo cogió á Lovely por su collar y

lo arrastró apesar de la resistencia del noble animal que miraba alternativamente á su amo y al médico ahullando quejosamente.

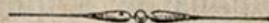
Podria decirse que desconfiaba.

La puerta se cerró á la salida de Bembo: el doctor Moore corrió el cerrojo , y se encontró solo frente á Rio-Santo desmayado.





CAPITULO SESTO.



Jerigonza.

EL doctor Moore volvió á sentarse al lado de la otomana en que yacia Rio-Santo sin movimiento. Levantó su mano, que, soltada de pronto, volvió á caer inerte, y rebotó dos veces en el elástico cogin.

Una estraña sonrisa, llena de un triunfante orgullo, apareció en los pálidos labios del doctor.

Se levantó, cruzó los brazos sobre su pecho, y miró por mucho tiempo al marqués sin decir una palabra.

—Es una hermosa criatura! murmuró al fin: cuando ese corazón late, hay un poder muy fuerte en esa mirada apagada y triste ahora..... Cuantas veces me ha hecho bajar los ojos!.....

El doctor frunció las cejas.

—Cuantas veces! añadió con amargura y cólera, me ha sido preciso inclinar la frente bajo su inflexible voluntad..... A no ser por él yo sería el primero entre los míos; tendría ese cetro temible y oculto, que, mejor que la máquina de Arquímedes, podría trastornar al mundo, pues domina á Londres, y Londres es el centro del universo..... Si... este hombre pone obstáculos..... su superioridad me aterra; parezco débil y miserable al lado de su vigor..... y he ahí que hoy ese hombre á quien detesto y que me oprime está á mi disposición!..... Para matarlo, no tendría mas que dejarlo morir!

Se sonrió silenciosamente, y, por segunda vez, su frente brilló con un orgullo siniestro.

—Si, milord, continuó con burla, estais á mi disposición. Ya no hay Dios para vos; yo soy vuestro Dios..... Mi clemencia es en adelante vuestra única esperanza..... mi clemencia.

Se encogió de hombros y dió unos cuantos paseos por la habitacion.

—Me parece que voy á dejarlo morir! añadió despues de algunos momentos, parándose delante del cuerpo inanimado del marqués.

En seguida añadió con dulzura.

—Oyes, marqués, te condeno.... Mañana los caballeros de la noche se reunirán para elegir un nuevo gefe..... Edward, el fantástico Eduward, el padre de la gran familia..... Edward no será mas que un cadáver.... Su honor, como lo llaman los simples soldados de nuestro inmenso ejército, tendrá sobre su cuerpo tres pies de tierra.... Y esto es muy pesado, milord, tres pies de tierra! añadió riéndose..... Oh! la casa de Edward y C.^a no acabará por esto; vuestra señoria puede estar tranquilo. Siempre tendrá su escritorio en Cornhill; en Lóndres sus mil depósitos, y sus inválidos en los purgatorios de White-Chapel, y de Saint-Gilles... Antes que vos habia alli un Edward, milord, y habrá otro despues de vos.... Edward, es el nombre real, como antiguamente Faraon en Egipto..... Marqués, mañana yo seré quien se llamará Edward..... ¿Qué os parece esto?

Puso la mano sobre el corazon de Rio-Santo, y una arruga plegò profundamente la tersa piel de su frente.

—Creia que la estrangulacion era aun mas completa de lo que es en realidad, añadió sin que se oyesen sus palabras, por que acababa de descubrir que Rio-Santo estaba lleno de vida; será necesario que lo mate si quiero que muera..... Dentro de diez minutos vá á respirar..... El cuerpo de este hombre es como su alma, hecho á toda prueba..... Me he apresurado mucho creyendo triunfar..... ¿Qué he de hacer?..... Tambien me apresuro mucho á temer! he ahí su corazon que aún cesa de latir..... Una organizacion tan completa no muere sin luchar..... Pero por último muere....

El doctor sacó de su faltriquera una bolsa de marroquí, y eligió de ella una lanceta bien acerada. Rasgó con el visturí la manga de la bata del marqués é hizo ademán de picar su vena.

—No se necesitará mas que esto, murmuró.

Pero el instrumento volvió á ocupar su sitio en la bolsa, y el doctor se sentó, apoyando la cabeza entre sus dos manos.

—Dudo salvarlo como perderlo! dijo para sí. Su mano es robusta..... Quien sabe si la mia sabrá sostener las riendas de este fogoso tiro que arrastrá nuestra fortuna?..... Y al fin, el principal objeto no es el conseguirlo?

Sacó por segunda vez la lanceta de la

bolsa y la limpió con mucho cuidado. Al llegar al pedazo de trapo que servia para limpiarla, dejó en él una señal rogiza, como si hubiera estado humedecida en un violento corrosivo.

—Y su secreto! añadió de nuevo Moore, y sus ojos se encendieron con un fuego de un ávido deseo; si muere, quien me lo dirá..... Este hombre no busca lo que nosotros buscamos..... aspira á mas alto..... tan alto que mi imaginacion ni aun siquiera puede comprender lo que el procura alcanzar..... Sin embargo lo conseguirá, pues no hay obstáculo que no destruya su talon.... Quiero saber lo que busca, continuó Moore enardeciéndose gradualmente hasta el entusiasmo: lo que para nosotros es un objeto, es solamente un medio para él; nos detenemos en su punto de partida; buscamos oro por oro, y él..... Por el hijo de Dios vivo! yo conoceré su pensamiento..... ¿Y entonces no será tambien mia su vida como lo es ahora?..... ¿No tengo tiempo?..... Cuan loco he sido! iba á hacer como esos niños estupidos que destrozan sus juguetes para saber lo que recelan..... El secreto de un muerto está demasiado bien guardado, marqués, emplazamos vuestra sentencia.

Llamaron con suavidad á la puerta del gabinete.

—Mucha priesa tienen! murmurò el doctor.

—En nombre del cielo, señor, compadeceos de mi angustia, dijo por detrás de la puerta la voz del caballero Bembo; espero!

—Esperad! repitió friamente M. Moore.

—Una palabra, por favor, una sola palabra, señor!

En lugar de contestar aquella vez el doctor, se dirigió á paso de lobo hácia la parte del gabinete opuesta á la puerta tras la que estaba Bembo, y colocó una llavecita en la cerradura de un armario.

—Iba á olvidar el motivo de mi venida, murmuró; mal haya si el señor marqués no quiere aun esperarme algunos minutos.

Antes de continuar, creemos oportuno decir aqui al lector que la inmensa asociación que tiene en Lóndres el nombre de la familia (*the Family*) (1) está constituida con corta diferencia como la sociedad á quien roba, y si acaso hay alguna, consiste en que está mejor constituida.

Hay tambien en ella el pueblo, los caballeros y la nobleza; el pueblo, los caballeros y el senado.

(1) La existencia de esta estraña sociedad-conocida perfectamente por la policia inglesa, es demasiado notoria para que sea necesario dar pruebas. Desgraciadamente contamos aqui su historia.
(Nota del autor.)

Tambien hay un gefe, que es rey, en toda la estension del término, rey como lo era Enrique VIII, ó Elisabeta de feliz recuerdo, rey para todo.

No sabemos si es permitido darle el ignoble nombre de jerigonza al idioma convenido entre los diversos miembros de la asociacion: es verdad que estos miembros son ladrones; pero son tan poderosos señores los bandidos de Lóndres!

Es verdad que el language de la familia se parece muy poco al de Shakspeare. Nuestro espiritual cohermano y compatriota M. Charles Dickens ha dado en muchas de sus encantadoras narraciones numerosas muestras de él. Nuestras elegantes revistas de algun tiempo á esta parte, están tan llenas de estas voces que podrian creerse redactadas exclusivamente en tales términos por los *swell-mobs* y los *swindlers* (1). Por esta causa los personajes de esos escritores de buen tono no dicen ya: ¿Quién pagará el gasto? En vez de esto garlan (to chirp): ¿Quién tapará el agujero? (2). Un penny para ellos es un *neg*, seis peniques un *tamar*, un shelling un *bob*, una corona un *bull*, un soberano un

(1) Caballeros de industria de diferentes grados. El *swindler* es la mayor parte de las veces un *dandy*.

(2) En su gerigonza to *stump up*, tapar el agujero, es pagar el gasto.

couster, como si ellos fuesen *smashers* (1) jurados, desde su mas tierna infancia.

Para decir que su heroe ha pasado por el tribunal de los deudores insolventes (2) tienen una multitud de perifrases, positivamente encantadoras. Este ha pasado por un baño de legia blanca (*white washing*) aquel ha pasado á la manufactura de jabon de Portugal (*Portugal soap manufactory*) otro se ha colocado sobre su antigua persona una camisa limpia (*clean shirt*) y todo esto por que el tribunal de deudores insolventes está en una calle que se llamaba *Portugal Street*.

Y tambien quizá por que todos los que frecuentan este recinto, sin esceptuar á los abogados y jueces, tendrian necesidad de un lavabo universal.

Nos parece que el lector encontrará esto chistosísimo.

(1) En dicha gerigonza, son una especie de espendedores de moneda falsa, especie de corredores asalariados por los falsos monederos.

(2) *La Cour des Insolvans* tribunal ó juzgado de insolventes se ha establecido en favor de los deudores desgraciados para protegerlos contra el absurdo rigor de la ley inglesa. Cualquiera que se presente ante este tribunal y afirme que su haber no pasa de dos guineas, queda en cierto modo fuera de la ley abusará y al abrigo de toda persecucion. Juzguese si la lealtad inglesa ó no de esta puerta, abierta al fraude.

(Nota del autor.)

¿Ahorean á uno? esto se llama salir en el coche de las ocho (8 o' clock coach). La expresion es seguramente enérgica y pintoresca hasta lo último. Proviene esto, segun dicen, de que un cierto patan que se hizo rico, al pasar en su coche por la esquina de White-Hall, echó al suelo la mesilla de una vendedora irlandesa de naranjas que fumaba tranquilamente esperando al marchante. Ecsasperada la vendedora, llenó el aire de maldiciones, y entre otras cosas dijo:

—Permita Dios que te vea llevado en el coche de las ocho, miserable nabab!

La historia añade que quince dias despues, bien por esto ó por otra cosa, fué ahorcado el patan.

Y seguramente á no ser por esto no hubiera tenido la historia desenlace.

De lo que se deduce que la historia tiene razon.

Cosa terrible es que no tengamos ninguna necesidad de contar aqui todas esas curiosidades, todos esos rasgos de costumbre, como se diria del otro lado del estrecho. Es positivo que el jabon de Portugal, la irlandesa y su pipa, no tienen ninguna relacion con el objeto que nos ocupa.

He aqui el peligro de las transiciones!

Lo que hemos querido decir se reduce á esto:

La familia dejando á parte los grados

particulares de una gerarquia sin igual en todo el mundo, y complicada hasta lo infinito, se compone de tres cuerpos constituidos: los *hombres*, los *caballeros*, y los *lords*. Es probable que el título de caballeros se adquiere por la fuerza de las circunstancias: el de lord está sometido á una especie de eleccion.

Sobre todo esto, está el *padre*, á quien los *hombres* llaman *su honor* ó designan por un nombre propio que está sujeto á mudanza, pero no por la muerte del titular; este nombre se sujeta de vez en cuando á la reforma como un vestido viejo. En el año de 1811, su honor se llamaba Jack y entonces creyeron algunos por ciertas razones que era el mismo Jack Ketch (1), despues principió la dinastia de Edwards. Pormenores circunstanciados nos permiten asegurar que en 1844 el *padre* de la *familia* pertenecia á cierta gerarquia del estado, y posee mas de un millon de francos de renta. Sus súbditos lo llaman el *Mandarin*.

Está casado, segun la carne, con una respetable señora; su comportamiento es excelente, y edifica á la clerecia británica.

En 183..., reinaba Edward mas bien por derecho de conquista que probablemente por el de nacimiento. La *familia* hizo te-

(1) El verdugo de Lóndres.

mibles progresos durante su reinado. Robaron diamantes de la corona y se cometieron heroicos latrocinios.

Todo Lóndres se vió predispuerto á cerrar sus bolsillos con doble llave; pero como en Lóndres cada industria, hablamos de las industrias honradas y que pueden ser ejercidas por un lord-maire, consiste en sacar el contenido de las faltriqueras inmediatas para llenar la suya, se vió que aquella medida acarrearía una deplorable paralización en todo género de comercio.

Se notó que en aquel tiempo, *su honor* era un hombre de otras proporciones distintas que sus queridos subditos. Los lords de la noche, su consejo privado, descubrieron con estupefacción cierto día, que su gefe no era un ladrón.

Hubiera causado un extraño rumor en la familia, si esa revelación hubiese bajado de los lords á los caballeros, y de estos á los simples soldados del ejército. Saint-Gilles se hubiera conmovido hasta sus fangosos cimientos; Field-Lane hubiera visto estremecerse uno despues de otro todos sus ocultos girones; los gatos desollados (1) de Barbican hu-

(1) Mas allá de Smithfield se vá, por Longlane, á una calle habitada casi esclusivamente por los italianos que hacen su comercio con carne de gato. Es preciso creer que la ley inglesa no puede nada contra ese singular tráfico que se hace en medio del día.

bieran manifestado su estupefaccion; para nosotros es un secreto de algun modo original sobre natural que el pescado rojo de la taberna de Shaks-peare (1) hubiera, no podemos dudarle, meneado su escamosa cola, con la energia que ecsigia la circunstancia.

Pero los milores de la noche eran tu- nantes discretos.

Tenian ademas una razon para callar- se, y esta era que en definitiva no sabian nada.

Rio-Santo era para ellos un problema: esto era todo. Habian descubierto que entre ellos y él, se abria un abismo. Veia mas le- jos y mas alto que ellos; su sórdida ambi- cion no era su ambicion. ¿A dónde cami- naba?

Seguramente Rio-Santo se apoyaba en ellos como en un baston de camino; se en-

(1) La nuestra de Shakspeare se encuentra en Wych-Street no muy lejos del Strand. Es un rookery (sitio fertil de caza) muy conocido de los sabuesos de la policia, y nunca ván á él sino para dar el golpe. Antes de 1840 la nuestra te- nia un globo de cristal y dentro un pájaro y un pescado. Aquella alegorica advertencia, aludia á la prision por el pájaro, y á la deportacion por el pescado que es la personificacion del Oc- ceano. Ahora ha desaparecido el globo de cris- tal, pero el taberna de Shaks-peare ecsiste aun, y ecsistirá mientras Londres tenga policia y ladrones. (Nota del autor.)

contraban entre sus manos, como instrumentos vulgares.

—¿Cuál era el objeto de su carrera?

Nadie podía saberlo; nadie podía imaginarlo, pues Rio-Santo tenía el cetro con mano poderosa, y de él al primero de sus súbditos, mediaban todos los escalones de su trono.

No tenía favorito ni confidente. En un principio, no hubiera debido ser más que el primero entre los pares; pero su vigorosa voluntad y las circunstancias, habían dado á su poder una extensión esorbitante.

De rey constitucional se había hecho rey absoluto.

No decimos esto por una rareza.

Algunos, entre los patricios de la *familia*, se ocupaban muy poco de esas cosas; tenían cuantiosos dividendos, y su objeto estaba conseguido. Pero había otros, y entre estos debemos contar al doctor Moore y al ciego Tyrrel, que no aceptaban con tanto gusto los hechos consumados.

El marqués había encargado á Tyrrel algunas misiones secretas que ofuscaron su inteligencia, por el mismo trabajo que se había tomado para descubrir el porqué de ellas.

Una de estas misiones era la de entregar todos los meses cien libras sterlingas al honorable Brian de Lancaster, el cual segu-

ramente no formaba parte de la asociacion.

Ademas, Tyrrel pude convencerse de que Rio-Santo no conocia particularmente, al honorable hermano menor del conde de White-Manor.

Se quebraba diariamente la cabeza para adivinar el motivo de aquella munificencia cuyo objeto se le escapaba. Era en vano y asi debia ser siempre, por que los motivos del marqués estaban enteramente fuera del círculo de las ideas en que gravitaba ordinariamente el pensamiento de Tyrrel, para que este último adivinase la verdad.

Por lo que respecta al doctor Moore tenia mas medios para levantar el velo. Rio-Santo lo habia admitido, no á su intimidad, ni á nada que pudiera parecersele, sino á una frecuencia de pormenores favorables para sus curiosos deseos. El doctor tenia entrada en Iris-House; era el médico de Mary Trevor, y representaba entre el marqués y su tenebroso senado, el papel que nuestros ministros hacen entre el rey y las cámaras: solo que no amaba al marqués.

Pero se han visto ministros no amar con pasion á su rey, y reyes despreciar con todo su corazon á sus ministros.

Esto era cada vez mas constitucional.

Apesar de la frecuencia de las relaciones que ecsistian entre Rio-Santo y Moore, el corazon del marqués era un libro cerrado

para el doctor Moore de carácter sùtil , audáz, pero frio en su audacia, paciente, altivo, y sabiendo disimular su altivéz bajo la máscara de la obediencia , positivo hasta el esceso, corrompido hasta el fraude, ansioso mas bien que ambicioso, y capáz de meterse hasta el cuello en el crimen sin conmoverse ó apasionarse, no se parecia mucho al ciego Tyrrel, cuyo natural, malo tambien, é igualmente poderoso, se movia por otros resortes, y andaba con otros pasos; pero debia buscar, como Tyrrel, los secretos de Rio-Santo en una esfera demasiado baja ; debia medir al marqués por su medida, y el sistemático desprecio que hacia del hombre en general , le dejaba positivamente incapáz de penetrar los designios del marqués.

Cuando en la mar se vé un buque en el horizonte y el marinero que está de vigia grita: Un buque! los pasajeros abren mucho los ojos y procuran ver, pero no lo consiguen. El buque se aprocsima , los marinos cuentan sus palos y observan su marcha. Los pasajeros procuran de nuevo ver, pero no adelantan nada. Es por que miran demasiado bajo. Para ver á lo lejos, es preciso mirar á las nubes.

Moore miraba demasiado bajo.

Se figuraba que Rio-Santo, cuya superioridad reconocia precisamente , se dirigia á un obejeto mayor que el suyo, pero de la

misma naturaleza. Ese objeto que envidiaba y queria adivinarlo para prevalerse de él, para hacerlo suyo, y aprovecharse solo de aquella conquista, que entreveía , magnífica, y de una magnitud que llegaba á los últimos límites de la codicia humana.

Penetrado el secreto , podria apartar á Rio-Santo por esos medios fáciles y seguros que un hombre sabio, como el doctor Moore, tiene siempre á su disposicion.

Al cabo de seis dias que no veia á Rio-Santo, se habia aumentado considerablemente el inquieto deseo de Moore: aquella ausencia debia tener muy graves motivos, y quizá encubrir estraños manejos.

Moore iba diariamente á Irisch-House pero era en vano, no veia á Rio-Santo.

Sin embargo, el doctor no perdió del todo su tiempo durante esos seis dias. Se introdujo en el gabinete del marqués , espió, escudriñó, violó el secreto de los cajones cerrados, y dirigió sus curiosas miradas á mas papeles de los que se necesitarian para componer veinte tomos. Pero la mayor parte de estos papeles estaban escritos en cifras que no comprendia el doctor Moore. Otros estaban llenos de caracteres chinos, y el doctor reconoció en algunos el idioma vulgar de l' Affghanistan.

Por lo menos esto era para perder la cabeza! ¿Tenia Rio-Santo caprichos literarios?

¿se ocupaba en recopilar una historia general de los viajes? ó bien mantenía en la China y en las Indias agentes encargados de despojar, por su cuenta, á los inocentes naturales de aquellos dos países?

Esta idea le pareció al doctor la mas razonable, y Rio-Santo ganó en su estimacion.

Se puede saber muchas lenguas y no conocer á fondo el chino vulgar, ni la gergonza popular del Sindhy. Todo lo que Moore pudo reconocer en los numerosos documentos que revisò de priesa, fué que se fomentaba en el seno del celeste imperio por agentes desconocidos, una misteriosa fermentacion contra el comercio del opio, uno de los ramos mas lucrativos del tráfico de la compañía de las Indias, y que se introducía el soplo de la revolucion en las montañas de l' Affghanistán.

¿Pertenece esto á la historia contemporánea, ó á la antigua? pero no pudo adivinarlo.

Se le presentó por un momento la idea de que Rio-Santo queria entrar en alguna gigantesca empresa comercial; pero esa idea cedió á la reflexion. No hay comercio tan lucrativo como el robo puro y sencillo, pues que, á decir verdad, el comercio es un robo adulterado.

Al fin y al cabo, Moore debió confesarse que no sabia mucho mas que antes.

Dijo para consolarse que en los cajones cerrados con llave hubiera encontrado alguna revelacion mas terminante.

Esto no era imposible.

Asi que hubo hojeado los cartones, escudriñó el gabinete, esperando descubrir algun escondite. A la primera vista creyó haber encontrado su objeto. Era la misma mañana en que comienza nuestra historia.

El lector puede recordar que en el momento en que el caballero Angelo Bembo, de vuelta de su expedicion caballeresca, abria la puerta para precipitarse en socorro de Rio-Santo, uno de los artesonados de la habitacion de Angus Mac-Farlane, que acababa de agitarse y dejar distinguir el semblante curioso del doctor Moore, se cerró de pronto.

Aquel tablero daba al gabinete del marqués. Al abrirlo, Moore creia haber descubierto un armario secreto, y lo que vió le causó una grande admiracion, y tuvo un vehemente deseo de ver mas y mejor.

En la cerradura de ese tablero fué donde introdujo una llavecita en el momento en que la voz suplicante del caballero Angelo Bembo vino á reclamar una palabra consoladora para calmar su inquietud.

Ya hemos visto como le contestó el doctor Moore.

Hizo dar vuelta con suavidad á la llavecita en la cerradura, y empujó sin ruido

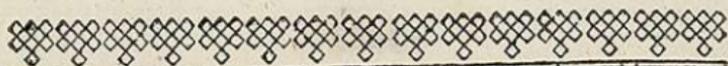
el tablero: en seguida sacó la cabeza por la abertura, con tanta timidez como la vez primera, y como si hubiese temido encontrar detrás alguna aparicion amenazadora.

Pero la habitacion del laird estaba silenciosa y vacia: ni aun siquiera se oia la respiracion de Angus Mac-Farlane, ahogada por las espesas cortinas de la cama.

Moore dirigió otra mirada á Rio-Santo que permanecia inmóvil, y pasó la puerta.

El primer objeto que hirió su vista al entrar, fué el retrato que estaba colocado entre las dos ventanas. A su aspecto una estrema admiracion se pintó en su semblante. Lo contempló de diversos modos, cerrando los ojos un instante para abrirlos en seguida y ver mejor. A medida que lo miraba de este modo, un resto de duda, que habia quedado en su fisionomia, se desvanecia gradualmente.

—Ella es! murmuró al fin: y, á fé mia que era muy á propósito para trastornar la cabeza del heredero presunto de un conde... era una criatura encantadora!..... Oh! perdíez! por mas que haya querido persuadirme que no, ella es..... ¿Pero que hace aqui el retrato de la condesa de White-Manor?



CAPITULO SEPTIMO.



El delirio.

EL doctor Moore permaneció aun algunos segundos sumido en una singular admiracion ante aquel gracioso retrato de muger, vestido á la moda de 1815, que ya hemos descrito en uno de los capítulos precedentes.

—Nada de esto comprendo! murmurò en seguida. El retrato de la condesa de White-

Manor aqui!... en casa de Rio-Santo! esto parece fabuloso, diabolico.... y he de renunciar á esas investigaciones!... Recuerdo escluido el lunar que tenia sobre el labio..... entre el labio y aquel lindo hoyuelo que nuestros laureados poetas afirmaron habia sido ahuecado por mano de las mismas gracias..... Aun no hace un año que está aqui Rio-Santo.... no puedo sin embargo..... A fé mia me pierdo!

Giró sobre sus talones, y dirigió al pasar una distraida mirada por la ventana.

—Hé! hé! hé! dijo riéndose con mas franqueza que de costumbre: la casualidad es algunas veces soberanamente espiritual!... Si no me engaño, he ahi del otro lado del Lane *la casa de placeres y libertad* de White-Manor... el Lord's-Corner..... Hé! hé! White-Manor era un terrible seductor en su tiempo!..... pero juraria que ese lindo retrato no se ha hecho para su señoria..... y si su vista hubiera podido atravesar estas paredes, he! he!..... esto es gracioso, á fé mia!..... Creo que no hubiera pecado alli tantas veces y con tan buen deseo.

Dirigió otra mirada al retrato, hizo de nuevo un gesto de admiracion, y se dirigió hácia la cama.

—Este es un secreto, dijo para si, y un secreto de la mas enigmática especie!..... Pero yo no esperaba..... y al fin de todo,

¿qué me importa?..... Oh! oh! añadió deteniéndose de pronto á dos pasos de la cama, aquí hay un hombre!

Acababa de distinguir la delgada y velluda pierna de Angus Mac-Farlane, que medio salia por debajo de su cubierta.

El doctor habia entrado en aquella habitacion con una esperanza tan grande de descubrir cosas estrañas, é imposibles de imaginar, que permaneció un instante dudando y como sobrecogido de un terror pueril: varias ideas locas llenaron su cabeza en aquel momento, y á pesar de ser tan positivo, y frio ordinariamente, se sintió transportado de pronto en el mundo desconocido de la imaginacion.

¿Quién era ese hombre que estaba tendido sobre la cama?

A la primera vista, no parecia que este tuviera relacion directa con el objeto de las pesquisas del doctor; pero creia que tocaba ya el extremo de una trama circular, y segun su parecer, cualquiera de sus hilos podria conducirlo al centro.

Se acercó á la cama de puntillas, y levantó las cortinas con una especie de solemnidad.

Creia que detrás de estas iba á encontrar la revelacion repentina del secreto que con tanto ardor codiciaba.

Angus volvia la espalda á la claridad:

casi se habia atravesado en la cama , y su frente tocaba la pared. Abrasado su cráneo sin duda por la fiebre, habia ido á buscar alli un poco de fresco.

Moore aun no podia ver su semblante.

Por un momento interrumpió sus investigaciones. El instinto del médico se antepuso á su curiosidad. Cogió el brazo de Angus, y le tomó el pulso.

=Fiebre cerebral! murmurò; congestion inminente. ¿Por qué me han llamado tan tarde?

Su boca pronunció esa frase consagrada; tan poderosa en la fuerza de la costumbre; y la acogió por una sonrisa.

=Pero nadie me ha llamado! añadió, y no es mi mision el salvar á ese hombre.... Desearia ver su cara.

Puso una rodilla sobre la cama , y se estendió de modo que daba su cabeza con la pared. En aquella posicion pudo ver las facciones de Angus, y su ecsamen duró dos ó tres segundos.

—No lo conozco! dijo en seguida con disgusto.

Después acordándose de pronto , añadió:

=Si, seguramente..... creo acordarme..... Está muy mudado!..... Es ese honrado paisano de Escocia que Rio-Santo me presentó una vez en el consejo..... El laird....

he olvidado su nombre..... en fin el laird que tiene nuestro castillo de Crewe..... Y por que lo deja morir Rio-Santo aqui como un perro?..... Seguramente que para mi es igual.

El doctor se levantó y movió la cabeza con aire de mal humor.

=Cuan loco soy, murmuró: por mas que indague no descubriré nada. El secreto de ese marqués del infierno está en su cerebro y no en otra parte..... He encontrado aqui y alli diseminadas algunas páginas del libro de su conciencia..... Bastante para estar seguro que su vida no ha sido mas que un misterio grande; y demasiado poco para adivinar la primera palabra de su secreto..... Esto es todo: lo demas le pertenece á él.....

En aquel instante se oyó la voz lejana de Bembo, que aun hablaba por la puerta exterior del gabinete.

Moore ni aun siquiera se volvió.

=*El signoretto* tiene mucha priesa! dijo riéndose. Vamos, lo mejor que puedo hacer es contentarlo. Volvamos al lado del señor marqués de Rio-Santo.

Cuando se disponia para entrar en el gabinete el laird hizo un movimiento: poca cosa se necesitaba para despertar la burlada curiosidad del doctor; y se quedó.

Angus se volvió con dificultad en la cama.

—El agua me abrasa! dijo muy bajo. Como hierve este río de Londres! su manantial es un infierno!..... La luna de Londres está rogiza!.... Por todas partes hay fuego!

—Este hombre se salvará por si solo. Murmuró el doctor Moore con una especie de despecho médico, maligno instinto, diminutivo de una malvada pasión que, por una de las mil contradicciones de nuestra naturaleza, no habia podido ser ahogado por las grandes pasiones y los criminales instintos que, llenaban el alma del doctor. La fiebre es un mal lunatico y extraño: cuando se la combate, se resiste; cuando la dejan, se estingue por si misma... Seguramente este salvaje ha pasado el periodo mortal..... Mañana, estará ya convaleciendo.

—Oh! si estuviese en mis hermosas aguas de Solway, añadió Angus, el pícaro no se me escaparía..... pero este Támesis es caliente y pesado como plomo derretido..... Ah!..... ah!..... ah!..... desaparecen..... las dos!..... las dos!.....

Apretó la frente contra sus almohadas.

Moore tomó su pulso, y lo observó por espacio de un minuto entero.

—Una crisis! dijo para sí, quizá dos, y esto terminará..... Estos miserables escoceses tienen el cérebro tan bien hendido que la fiebre pasa por entre las fisuras.....

—Ensilla mi caballo negro, Duncan de

Leed! exclamó el laird cuya voz resonó de pronto sonora, voy á pasar el Clyde y dirigirme á Lóndres para matarlo!.....

—A quién? dijo involuntariamente el doctor.

Angus se habia sentado en la cama, y fijaba en el doctor, de lo íntimo de sus cóncavas órbitas sus ojos que causaban horror verlos: pero Moore era médico, y aquella salvaje mirada no le impuso.

—Mi caballo! mi caballo! repitió imperiosamente el laird echando los pies al suelo.

Moore lo dejó obrar.

Angus movió sus ojos como si buscase en su cérebro una idea que se le hubiese borrado.

—La voz de los sueños no puede mentir, añadió con lentitud, y la ley de Dios es sangre por sangre, aunque digan los sacerdotes..... Me parece que he visto esta noche á Fergus O' Breane..... ¿Por qué no lo he matado?....., Me hubiera costado mucho trabajo á causa de mi hermana Mary..... pero lo mataré.

Sus manos se pusieron familiarmente sobre los dos hombros del doctor que no quedó muy contento con aquella muestra de confianza.

—Ya te lo he dicho', amigo Duncan, añadió de nuevo Angus con una solemnidad llena de terror; cuando lo vi la segunda vez,

tenia en medio del pecho un agujero redondo y rojo..... precisamente lo que se necesita, Duncan, para dejar paso á la muerte..... Estaba sentado sobre el césped, junto á un camino, y muy pálido, Duncan de Leed!..... pálido como mi hermano Mac-Nab, asesinado por él..... Entonces la voz de los sueños atraviesa la noche, y me dice al oido: Tu sangre es la sangre de tus venas quien ¿vengará á Mac-Nab!

—Mac-Nab! repitió el doctor para si; conozco ese nombre..... me parece..... ah! si, ese jóven pedante que encontré á la cabecera de la cama de Perceval..... Stephen Mac-Nab; pero esos escoceses no tienen nunca un nombre propio..... Quizá haya todo un clan de Mac-Nab!.....

—¿Quién, me ha dicho que se llama ahora Rio-Santo?..... exclamó repentinamente el laird; el marqués de Rio-Santo..... ¿Has sido tu Duncan?

Moore se estremeció al nombre del marqués, y estiró los músculos de sus oidos.

—No, he sido yo, murmuró, esperando anudar por aquella respuesta las ideas fugaces del enfermo y atraerlo á unas revelaciones menos oscuras.

—Rio-Santo! agregó Angus; ensilla mi caballo Duncan de Leed! ensilla mi hermoso caballo Billy!..... voy á pasar el Tweed para obedecer la voz de los sueños.

—Con permiso de vuestro honor añadió el doctor procurando imitar el acento y las formulas de Escocia ; ¿ese Rio-Santo es un asesino?

El laird retiró sus dos manos que habia apoyado en los hombros del doctor, y lo mirò con desconfianza!

—Los que dicen eso , respondió , han mentido..... ¿Qué me quereis?

Los ojos del laird habian perdido su expresion de éstravio ; seguramente habia tenido un instante de lucidez.

Pero este durò poco. Enseñó sus puños al doctor, murmurando una exclamacion de cólera, y se volvió á acurrucar, temblando de frio, entre su cubierta.

—Cuan frio está el Támesis, murmuró estremeciéndose: la luna de Lóndres es verde, y sus rayos hielan.... Oh! si estuviese en el Solway!

En seguida entonó con adormecida voz:

El laird de Killarwan
tenia dos hijas queridas
tan bellas, que en Glengirvan
no las habia parecidas
por su gentil ademan.

—Dos hijas! añadió sollozando muy bajo; dos hijas..... Dios no quiere que se tengan dos hijas!....

El doctor Moore se inclinó para oirlo demas; pero la voz del enfermo se apagó de pronto en un murmullo ininteligible.

Aun esperó Moore durante algunos segundos: en seguida se dió una palmada en la frente diciendo:

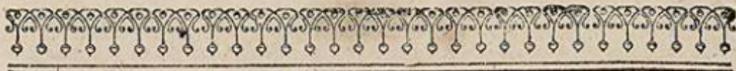
—Y el marqués!..... A fé mia que ha tenido tiempo para morirse dos ó tres veces.... Es preciso apresurarse.....

En el momento en que se volvia para entrar precipitadamente en el gabinete de Rio-Santo , sintió sobre su brazo la presion de una mano , y miró con prontitud hácia atrás creyendo que el caballero Bembo acababa de sorprenderle.

Pero apenas fijó su vista en el hombre cuya mano apretaba su brazo , dió un grito de terror, y vaciló como si hubiese ido á desmayarse.

Un terror sin límites se pintó en su mirada. Quiso hablar, pero su garganta, apretada por el estupor, se negó á dar ningun sonido.

En fin, sus rodillas se doblaron, y cayó prosternado sobre la alfombra, en la actitud de un vencido que suplica y pide gracia.



CAPITULO OCTAVO.



La sangría.

L hombre que habia sorprendido al doctor Moore in fraganti delito de espionage, el hombre que lo habia sorprendido en el momento en que separándose de la cabecera de un enfermo que le habian confiado, de un moribundo, se entregaba á una especie de visita domiciliaria, inescusable en todo pais, pero principalmente en

las costumbres inglesas, donde cada casa habitada es un santuario que la misma ley no tiene derecho de violar, este hombre no era ni el caballero Angelo Bembo, ni ninguno de los servidores del marqués.

Era el último hombre cuya terrible vigilancia podía temer razonablemente el doctor.

Era el enfermo que se le había confiado; el moribundo; Rio-Santo en persona.

El doctor Moore era verdaderamente un sabio en la ciencia médica, y merecía muy bien el primer lugar que la opinión pública le daba entre los prácticos del Real Colegio, para no haber mirado como posible, aun como cierta la vuelta á la vida del marqués de Rio-Santo, con la condicion de que acudiesen á tiempo con cuidados convenientes.

Pero lo que lo llenaba de estupor era aquella resurreccion repentina, espontánea, verificada sin ausilios ni socorros.

Seguramente se había engañado en el ecsamen que hizo á la ligera del estado del marqués; él tan hábil, tan prudente por lo regular, había obrado, en una circunstancia en que su propia vida estaba en juego, con el atolondramiento de un niño. Lo que había creído un desmayo producido por la estrangulacion casi completa, no era mas que aquella pasagera parálisis que muchas veces acomete en plena salud á las personas que

abusan de sus facultades cerebrales, parálisis cuyo aspecto horroriza, y que, repetida con frecuencia conduce al idiotismo ó á la muerte, pero cuyos primeros ataques se combaten facilmente ayudados de las nociones de la clínica elemental.

El marqués habia estado bajo el poder de una congestion cérebral, y aun se hallaba sometido á ella.

Pero aquella inmovilidad, aquella muerte de un momento antes, era un fenómeno nervioso, complicado sin duda con accidentes sanguíneos, cuya precisa y técnica descripción no podria si no horrorizar ó fastidiar á nuestras hermosas lectoras. Todo escritor se mece con la consoladora idea de que es devorado diariamente por un gran número de hermosas lectoras..... Aquella muerte no era mas que en apariencia, era un letargo.

El doctor conceptuó su situacion de una mirada, y se humilló.

Se encontraba bajo el poder de Rio-Santo, no tan solamente á causa del infraganti espionage en que este último lo sorprendia, no solamente á causa del desleal abandono en que lo habia dejado, moribundo, sino por que cada palabra salida de su boca, habia sido oida por el marqués.

Lo sabia y no procuró esperar lo contrario: el letargo y sus variedades dejaban el completo ejercicio de los sentidos y la reflexión.

Pero mientras que se humillaba así, una extrema resolución surgió entre la turbación de sus ideas. Rio-Santo estaba delante de él, y tenía en su semblante los síntomas manifiestos de aquella parcial desorganización del cerebro, cuyos efectos son tan diversos.

Moore acababa de adivinar que Rio-Santo estaba mudo.

Su lengua permanecía paralizada después de haber vuelto á la vida las demás partes de su cuerpo. Pensaba lucidamente; su inteligencia estaba en un estado completo de perfección, pero los músculos de su lengua estaban heridos momentáneamente de muerte.

Este accidente es de los que se ven diariamente. Moore en su gran práctica médica, había visto innumerables ejemplos como este, y estaba seguro de su cálculo.

Por consiguiente Rio-Santo privado momentáneamente de la palabra, y debilitado por el terrible ataque cuyas señales conservaba, se hallaba también en poder del doctor del mismo modo que cuando estaba tendido en la otomana.

Moore tuvo el pensamiento de matarlo.

Rio-Santo estaba de pie delante de él, la vista fija, el cuello erguido, y presentando más bien el aspecto de una fantasma que el de un hombre. La resistencia que opondría sería seguramente muy débil y fácil de

contrarestar. Respecto á los obstáculos exteriores nada tenia que temer, pues Rio-Santo no podia llamar.

Este, como si hubiese querido confirmar los pronósticos del doctor, levantó la manga de su bata, y, con un ademán significativo, le enseñó la vena hinchada de su ante-brazo.

—¿Quereis que os sangre, milord? preguntò Moore.

Rio Santo hizo con energia un signo afirmativo.

El doctor dudó. Alguna cosa de su indecision apareció en su semblante, pues Rio-Santo dirigió instintivamente una mirada hácia la cama, como para ver si no tenia que esperar socorro de aquel lado.

La debilidad del cuerpo, abatia la fuerza del alma.

Afortunadamente para el marqués, Moore no sorprendió aquella mirada de angustia, pues hubiera puesto fin á sus dudas.

Pero Rio-Santo, por pocas que fuesen sus fuerzas físicas, no podia permanecer mucho tiempo débil en presencia de un peligro. Ecsistia en él un tesoro de sangre fria y de valor, que no habian agotado tantas pruebas sucesivas. Se puso derecho pronto y altivamente, aun cuando tenia la completa seguridad de la actual impotencia de su natural físico.

Mientras que Moore dudaba, sintió que

le apretaban de nuevo el brazo: pero esta presión fué lenta y pertináz. Era como una orden dada con voz firme, pero sin cólera.

Moore sacó su bolsa, y la abrió.

Seguramente no se puede atribuir á el poder fascinador de la fisonomía del marqués, pues, en aquel momento que permanecía inmóvil, manifestaba una completa insensibilidad. Sus músculos tiesos, estaban paralizados. Sus ojos deslustrados y jaspeados con venas violentas, salían, grandes y como admirados, de sus hinchadas órbitas. Su boca convulsivamente crispada, se negaba á abrirse: en una palabra, sus facciones tenían esa apariencia estúpida que atrae tras sí la inminencia de la apoplejía.

Pero la voluntad es también una potencia que fascina, y que solo necesita manifestarse de cualquier modo que sea, cuando es superior y fuerte, para domar una resistencia que vacila.

Y además, no hay la costumbre del respeto y de la obediencia que puede balancear un mal deseo de rebelión?

El recuerdo de la altiva audacia brillando regularmente en el hermoso semblante del marqués, vino á interponerse sin duda entre la vista de Moore y esa máscara inerte que ahora tenía delante. Vió con el pensamiento brillar aquella mirada como de costumbre, y amenazar, y mandar.

Obedeció.

Y dado el primer paso en aquel camino de forzada sumision, Moore volvió á ser un vasallo. Olvidó todo pensamiento de rebelion, y se estremeció de haberlo podido concebir.

En el momento en que acercaba la lanceta al brazo de Rio-Santo, este le detuvo la mano y tomó el instrumento que acercó á sus ojos que estaban turbados por la sangre que llenaba sus pupilas; no podia ver lo que queria. Pero el doctor comprendió, aun cuando el semblante petrificado del marqués no pudo servir de comentario á su ademán; comprendió y tembló, pues aquel gesto le decia mas claramente que lo demás, que Rio-Santo no habia perdido nada de su pantomima, cuando habia enjugado aquella misma lanceta sobre su vestido, cuyo paño se habia enrojecido instantaneamente.

Se levantó tambien la manga, y se picó ligeramente en el brazo.

Rio-Santo hizo un signo de aprobacion.

Un momento despues, salió un vigoroso caño de sangre de su vena abierta.

—Bastal dijo Rio-Santo al cabo de algunos segundos.

El doctor se estremeció violentamente al sonido de aquella voz. Levantó su vista, fija hasta entonces en la sangria con verdadero terror; Rio-Santo hablaba; Rio-Santo era

nuevamente el hombre terrible ante quien todos se doblegaban.

El mismo Moore acababa de romper la cadena que sugetaba la palabra de este hombre, cuya impotencia miraba antes con desden. Acababa de volverle la facultad de mandar, y el poder de castigar.

Diestro en reprimir sus emociones, supo ocultar su temor bajo el velo de una tranquilidad austera y pacífica con que cubria regularmente su fisonomía; pero bajó involuntariamente los ojos ante Rio-Santo, cuya altiva mirada se habia animado, y cuyo pálido semblante recobraba gradualmente su acostumbrada espresion.

Aquella transformacion cuyas fases se podian seguir, aquel cambio visible, hubieran llenado de alegría á una madre ó á un amante; pero debia hacer nacer en el alma enemiga del doctor Moore, una terrible y segunda intencion.

Pues aquel cadáver que se levantaba era el de un amo, y de un amo á quien habian hecho traicion.

La sangre continuaba corriendo. Absorto Moore con la atencion que tenia en el semblante del marqués cuyos músculos recobraban alternativamente su espresiva movilidad, no pensaba ya en la sangria.

—Basta! señor! repitió Rio-Santo que frunció las cejas, y llevó la mano á su

desfallecido corazón: aun quereis asesinarme!

Moore cerró la sangría, y cruzó los brazos sobre su pecho: esperaba su sentencia.

—Acercadme un sillón, dijo Rio-Santo.

Moore se apresuró á obedecer. El marqués se dejó caer de falondre sobre los cojines, y puso la mano sobre sus ojos que debilitados por las velas, la crisis, y la sangre derramada, no podían resistir la claridad del día.

Permaneció así durante tres ó cuatro minutos.

Al cabo de este tiempo levantó la cabeza, y su frente pálida había recobrado ya toda su altiva serenidad.

—Señor doctor, dijo sin ninguna afectación, os agradezco que hayais violado el secreto de este retiro..... gracias á vos, sé que ese pobre enfermo no está ya en peligro de muerte.

Señaló á Angus dormido en la cama.

Moore se inclinó automáticamente.

—Creo que no me engaño, añadió Rio-Santo, pues habeis dicho que no hay que temer por él.

—Es muy cierto, milord.

—Señor doctor, añadió el marqués, os agradezco hayais descubierto ante mi el fondo de vuestra alma, mientras yo yacia allí moribundo.....

—¿Vuestra señoría oía?.....

—Perfectamente, caballero..... Estais celoso de mi..... quereis saber mi secreto.....

—Ah! milord!..... quiso interrumpir Moore cuya voz principió notas suplicantes.

—No supliqueis caballero, le interrumpió Rio-Santo que se debilitaba hablando, pero su alma vencedora contrastaba grandemente con su debilidad. No supliqueis, pues es en vano. No os quiero hacer ningun mal..... Vuestros celos son insensatos, y mi secreto es de tal naturaleza que no se adivina..... Es como esas páginas escritas en lenguas desconocidas que habeis visto en mi gabinete, y que inútilmente habeis querido descifrar; por mas que se tengan en las manos, seria aun necesario un llave para comprenderlas, y es llave, caballero, Dios que solamente la dá, no la ha puesto en vuestro poder.

Habia en aquellas palabras un desprecio frio, absoluto, y sin límites. El orgullo de Moore se sublevó sordamente en su interior.

—Señor doctor, continuó Rio-Santo, hablando siempre con aquella voz lenta y fatigada que desluciria un encomio, pero que añade algo á la espresion del desden, os agradezco todo, y principalmente el que no me hayais asesinado.

Moore retrocedió dos pasos. Aquella palabra lo hizo saltar como si le hubiesen dado una puñalada en el corazón. Se creyó perdido sin remedio.

Pero Rio-Santo continuó.

—La muerte me hubiera sido cruel.... muy cruel..... Os lo repito, no quiero haceros ningun mal. Poned ese cogin bajo mis pies, señor doctor.

Moore tomó el cogin, y lo puso debajo de los pies del marqués.

—Dispensadme, señor doctor, continuó este último si abuso asi de vuestra complacencia..... Id á abrir la puerta exterior de mi gabinete, y decid á Ange..... habeis hablado con mucha dureza á ese niño ahora poco, caballero!..... decidle que me habeis salvado la vida..... Os perdonará vuestra insolencia. Decid tambien á mis criados..... ¿Qué hora es, señor doctor?

Moore sacó su relox.

—Las diez, milord, contestó.

—Las diez! repitió Rio-Santo; el tiempo es precioso y la fatiga me acaba; pero necesito á lo menos medio dia de descanso!..... Decid á mis criados, señor, que enganchen para las cuatro..... El caballero Angelo Bembo me acompañará.

El doctor permaneció sin moverse durante medio minuto, como si hubiese esperado nuevas órdenes, en seguida se dirigió hácia la puerta.

—Cuando hayais hecho eso, señor doctor, añadió Rio-Santo en el momento en que se alejaba, volveréis..... Tengo que hacer algunas preguntas.

Moore entró en el gabinete que lo atravesó para ir á abrir la puerta exterior. Al pasar delante de la otomana en que habia tenido á Rio-Santo un momento antes, vencido por la casualidad, y tan próximo á la muerte que apenas tenia necesidad de impelerlo para hacerlo caer, se encogió de hombros lleno de cólera contra si mismo.

Se habia perdido la ocasion.

Pero el odio de Moore, acrecido de pronto por el mismo hecho de haberse descubierto su traicion, se prometió tomar la revancha.

Dicese generalmente que no se presenta dos veces la ocasion; esto es cierto, pero poco importa á las personas diestras, por que la ocasion que no se presenta por si puede proporcionarse.....

Moore abrió la puerta exterior del gabinete.

—Que hay, señor, que hay! exclamó Bembo.

—La vida del señor marqués, está fuera de peligro, signore, dijo Moore agarrando á Lovely por el collar, para impedirle que hiciese una irrupcion en el gabinete.

—Fuera de peligro! repitió Bembo con

un comunicativo impulso de alegría: os habia juzgado mal, señor doctor; sois un sabio y un amigo verdadero!..... Os suplico que acepteis mis excusas y que me creais un afectuoso servidor.

El doctor se inclinò con frialdad, y tomó la mano que Bembo le alargaba.

—Signore, pronunció muy bajo y con una espresion equívoca, no he hecho cuanto hubiera deseado.....

—¿Y no puedo ver á don José? preguntó Bembo.

—Todavía no..... Su señoría os encargá que mandeis enganchar para las cuatro, y cuenta con vos para que lo acompañeis.

Bembo saltó de alegría.

—Salir! salir ya! exclamó: esta ha sido una resurreccion! Ah! doctor, sois un hombre muy hábil.

—Lo he creído hace mucho tiempo, contestò Moore meneando la cabeza; pero escuchad signore, la casualidad es lo principal en las cosas de este mundo.....

Lo saludó, y volvió á cerrar la puerta.

Quizá Angelo dijo para sí que el doctor se habia vuelto muy modesto; pero la alegría lo volvía loco; comenzó á correr hácia las *mews* (cuadras y cocheras), seguido de Lovely, que sin duda comprendia, pues también él, olvidando su tristeza reciente, saltaba y llenaba las galerias con sus alegres ladridos.

Entretanto Moore habia vuelto á la habitacion del laird.

El ruido de sus pasos despertó á Rio-Santo, que comenzaba á adormecerse en su sillón.

—He aquí seis dias que no he hecho nada, que nada he visto, ni he oído nada..... ¿Ha pasado alguna cosa entre vosotros, señor doctor?

—Se han admirado de vuestra larga ausencia, milord, pero los que os son adictos no han tenido mucho trabajo en hacer callar á los descontentos..... Milord, no se lo que pensareis de mi, pero os lo digo de lo íntimo de mi corazón. Muy locos son los que tratan de combatirlos!.....

Rio-Santo fijó en él su profunda y tranquila mirada.

—Y vos sois prudente, señor doctor! pronunció este con sencillez.

—Todos en su vida tienen horas de demencia, milord..... Una vez que hablamos de mi, he sido hace un momento un loco... loco hasta querer mataros.....

—Y loco por no haberlo hecho, le interrumpió Rio-Santo.

—Si, milord, contestó el doctor; loco por no haberlo hecho.

Rio-Santo se volvió en su sillón.

—Pasada ya esta partida, señor, dijo, ¿no me perdonareis?

—No tengo lugar para ocuparme de vos..... Acepto vuestra ayuda como en lo pasado: me apoyo algo sobre vos , y lo hago á tiro hecho.....

—Esta confianza, milord..... comenzó el doctor Moore que se sintió por un momento con deseos de aparentar arrepentimiento.

—No es esa la palabra, le interrumpió don José. Lo que queria decirs , era , que no teniendo ganas de entablar vuestro proceso, os aplastaré en adelante á la menor sospecha.....

El pié de Rio-Santo , rechazando violentamente el cogen, cayó sobre la alfombra y el tacon la cortó.

—Tened cuidado con vos, caballero! concluyó.

—Milord! milord! exclamó Moore con hipócrita emocion ; en un momento como este, una sola palabra de bondad, me hubiera hecho vuestro esclavo para toda la vida!

La mirada de Rio-Santo no perdió su espresion de tranquila superioridad; pero los músculos de su boca, contraídos involuntariamente, hicieron mover un poco las levantadas puntas de su fino bigote negro.

Moore arrojó su máscara: conoció habian penetrado hasto lo íntimo de su alma. Su frente inclinada se levantó; su fria y cínica sonrisa apareció en sus labios , y dijo sin contenerse mas.

—Pues bien, milord, velaré por mi.... Os serviré aborreciéndooos. Seré vuestro instrumento y vuestro enemigo..... Haré.....

—Silencio, caballero! le interrumpió nuevamente Rio-Santo. Todo eso lo sé. No arriesgais ni ganais nada en decirmelo..... Hablemos de cosas formales.

Moore sintió que un ímpetu de cólera se le agolpaba al corazón, al ver el desprecio absoluto, completo, inmenso, que hacia de sus amenazas como de sus súplicas. Su odio se aumentó, pero su respeto acreció, y una especie de supersticioso horror se apoderó de él.

Rio-Santo le pareció invulnerable.

—Una palabra todavía, añadió este con fatiga y con tono negligente; como la casualidad puede entregarme segunda vez á vos sin defensa, y además podéis picar á distancia como esos venenosos reptiles que lanzan su saliva á la ventura, quiero deciros una cosa..... Si me hubieseis matado esta mañana, esta noche hubierais dormido en un jergon de paja de Newgate..... No me interrumpais. Bien sabeis que no hablo nunca ligeramente..... Hace mucho tiempo que os conozco, doctor.... y entre vos y el cadalso no hay mas que mi voluntad hace dos meses.

Moore temblaba, pero quiso dudar.

—Entre el cadalso y entre mi, milord,

dijo procurando en vano aparentar seguridad en su mirada, hay un abismo que todo vuestro poder no podría llenar.

—Escuchad, caballero, me cansa hablar tanto, y tengo que haceros preguntas importantes..... El lord gran sherif tiene en su poder un paquete cerrado donde está vuestra condenacion; no os admireis; tengo sujetos de este mismo modo al poco mas ó menos á todos los lores de la noche, vuestros cohermanos..... A no ser por esto, caballero, necesitaria mil vidas!

—¿Y qué contiene ese paquete?

—Elegid entre todas vuestras fechorias, doctor. Ese paquete contiene la prueba de una de ellas; la prueba irrecusable.

—¿Y por qué el gran sherif no lo ha abierto todavia?

—Es necesario ahorrarnos tantas preguntas. El asunto os interesa bien de cerca, efectivamente doctor, pero mi condescendencia no llegará hasta contestaros. Ese paquete es una mina, caballero, el reguero de pólvora existe, tenedlo por seguro..... y mi muerte le daría fuego.

—Pero.....

—Basta. Dejemos eso.... ¿Qué noticias hay de miss Mary Trevor?



CAPITULO NOVENO.



La casa de Perceval.

MILORD, respondió, me es imposible dar una solución segura á vuestra señoría, ayer habia comenzado una curación que seguramente todas las apariencias hubie-
ra salvado á miss Mary Trevor; pero ahora ha sobrevenido una crisis..... una horrible crisis, milord..... y es preciso que se haga la prueba en la otra antes de sugetar á miss

Mary Trevor á una curacion nueva conforme á su última situacion, y tanto mas efectiva, cuanto que la honorable heredera de lord Jannes se halla en un riesgo próximo y positivo.

=Pobre Mary! dijo Rio-Santo, es preciso verla.

—No, milord..... Miss Mary tiene mucha necesidad del sosiego..... de un sosiego absoluto..... este último dia ha sido demasiado cruel para su organizacion tan débil.....

=¿Entonces que ha sucedido, Señor? preguntó con viveza el marqués.

=Ah! muchas cosas, milord!..... y apesar de que se ofenda vuestra señoria, es sensible que no hayan tocado mis hilas la llaga de Perceval!

=Ah! replicó Rio-Santo, se trata de Perceval.

=De Frank Perceval, milord, que se halla mejor que vos y que yo..... Dios mio! alguna mas resolucion, y ahora estaria Perceval acostado en la capilla del castillo de Fife. Esto hubiera sido muy normal, pues todas estas personas, por herencia de padres á hijos sucumben en un duelo.... pero levantasteis la espada..... os mostrasteis generoso..... el derecho estaba indubitablemente de vuestra parte.... ahora...

—Señor, replicó Rio-Santo, os ruego que volvais al hecho.

Moore habia insensiblemente vuelto á su actitud de que le habia separado bruscamente la série de reveses que habia experimentado en la desigual lucha con Rio-Santo. Inclínose con cierta calma en que se dejaba ver algo de su natural orgullo á través de una humildad fingida.

—No me acordaba de que milord tendrá sueño, dijo; aqui teneis lo que hay; el carácter de la enfermedad de miss Trevor se ha mudado..... su afeccion nerviosa ha llegado á tan graves síntomas y tan desconocidos para mi práctica, que no me bastan los experimentos en la otra.

—¿En la otra? repitió Rio-Santo que por segunda vez oia esta frase sin comprenderla. ¿De quién hablais, señor?

—De una hechicera muchacha, milord, contestó Moore con gran entusiasmo; de un ser viviente de una esacta perfeccion!..... Que juventud! que vigor delicado y encantador! que belleza de formacion reasumiendo todas las seducciones anatòmicas de la muger!.... Ah! por Dios, milord, seria un placer inapreciable poner el visturí en aquellas carnes elásticas y duras, y desarticular sus pinturas.... Pero vuestra señoria no es médico. Trato de aquella muchacha de que os hablé en nuestra última conversacion, de aquella jóven que debia servirme..... ¿Como me haré comprender delante de un hombre tan fino

como vos, milord?..... Que debia servirme de prueba, de borrador, de bosquejo.... de aquella jóven..... en una palabra, milord, á quien *nosotros* ibamos á matar para salvar á miss Mary.

Moore pronunció este *nosotros* con una insensibilidad sarcástica, y no preveyó el disgusto que causaria al marqués una parte de su amor cruel. Un movimiento convulsivo apareció sobre los labios de Rio-Santo.

—¿Es jóven y hermosa? murmuró.

—Hermosa y jóven, seguramente, milord, mas hermosa y mas jóven todavia que miss Mary Trevor.

—Me habeis prometido no matarla, señor! dijo vivamente el marqués, dirigiendo sus ojos hácia los de Moore que los tenia medio cerrados,

Pero esta vez el doctor sostuvo con energia su mirada.

Al fin dijo con una fria sonrisa.

—Milord, me encuentro en la situacion de aquel loco que habia prometido beberse la mar, y obligándole á que cumpliera su promesa, respondió: Quisiera beber el mar, ¿pero habeis vosotros tratado de que los rios no aumenten la masa de sus aguas? No hemos podido impedir milord, ni vos ni yo, que el estado de miss Mary Trevor haya empeorado tan visiblemente. La muchacha me ha costado cien libras, y es preciso que nos sirva de algo.

Rio-Santo echò atrás la silla, y separó su vista de la del doctor Moore que mostraba en este momento una infernal alegría.

—Sin embargo, añadió el doctor con desenvoltura, vuestra señoría es el juez en esto; si le parece que miss Trevor muera...

El marqués le impuso silencio con un ademán, y se pasó su mano por la frente.

—No puede tener esto perdon de Dios, replicó con voz conmovida.

Moore se encogió de hombros.

—Escoger! añadió Rio-Santo, escoger entre mi pobre Mary y esta desgraciada que no conozco..... escoger; cuando la elección es una sentencia de muerte..... Es hermosa, se dice; era dichosa, quizá..... Esto es terrible, horroroso!

Dejó caer la cabeza, y sus ojos tomaron una espresion vaga en que retrataba por decirlo así, pesarasas ideas.

—Y en Lóndres, sucede esto! murmuró; al salir de Temple-Church, donde iria á dirigir á Dios su plegaria tan dulce y tan pura; la desgraciada muchacha se encontraría con alguno de los emisarios de estos terribles sitios donde la miseria vende á la ciencia pedazos de carne humana!.... hubiera podido aquella inocente que se reía con tanta dulzura y cuya voz subía tan argentina hasta el cielo, hubiera podido caer bajo la mano de los criados de este hombre.... Por

Dios santo! exclamó con violencia; ya sabeis como me vengaria de esto, señor!

Los ojos de Rio-Santo arrojaban chispas, y habló con voz tan amenazante que Moore comenzó á temer.

—Lo ois, dijo Rio-Santo levantándose activo y firme sin conservar ninguna traza de su reciente abatimiento. Lo ois?

Moore, estupefacto y sin saber lo que le pasaba, tartamudeó algunas palabras sin orden.

Rio-Santo le cogió por el brazo.

—Yo no se si la amo, señor, pronunció con una especie de distraccion, pero si fuese ella..... Oh! os confundiria sin misericordia.

Y se dejó caer sobre el sillón. El brazo de Moore tenia un anillo amoratado en el sitio en que Rio-Santo le habia apretado.

—Milord, contestó Moore reprimiendo un suspiro de dolor; me parece que comprendo á vuestra señoria..... No hay ninguna apariencia á la verdad..... Todo inclina á creer que mi objeto no tiene nada de comun con vuestra querida.

—¿Quién os ha dicho que fuese mi querida? interrumpió bruscamente el marqués; yo la vi una vez hacer oracion. La he oido entonar cánticos, si supierais que hermosa se pone.... que casi se asemeja á los ángeles..... Otra vez me ha parecido verla de-

trás de la cortina de su ventana..... Esto es lo que hay..... Y daría toda mi sangre por que fuera dichosa.....

Moore no pudo reprimir un ademan de desdeñosa compasion.

—Un mancebo de Cheapside no hablaria de otra manera , dijo , un mancebo sin barba..... Tambien hay lugar para las flaquezas en este corazon de tanta fuerza!

Por mil razones de ciencia, ademas de otras particulares, no le hubiera disgustado al doctor disecar ese corazon un momento despues, añadió en voz alta.

—Todo induce á creer, decia yo , que esta jóven por quien se interesa tanto vuestra señoria, no es la que tengo yo encerrada en mi casa hace seis dias.... Sin embargo, como la cosa no es imposible matemáticamente, ¿quereis verla milord?

—Verla! repitió el marqués con indecision.

—Es mi obligacion decir á vuestra señoria, añadió Moore, que la jóven está ya....

—Rio-Santo apartó la cabeza con disgusto.

—Bien mudada, quiero decir, agregó el doctor ; he debido atacarla por una abstinencia completa, y la reclusion en la oscuridad....

—Basta! basta! murmuró el marqués inundándose sus sienes de un sudor frio. Bas-

ta, señor, me causais horror!... Ah! teneis razon, no puede ser ella! Dios la ama sin duda y la protege.... Pero cualquiera que sea vuestra víctima, tened piedad de ella, piedad!

Moore tomó resueltamente el brazo del marqués, y lo pulsó.

A fé mia, milord, que no estais en estado de éesperimentar en este momento semejantes emociones. Sosegaos, os lo suplico... la naturaleza reclama en vos el descanso.... Mañana, esta tarde, cuando vuestra señoría quiera, le diré brevemente lo que concierne á Frank Perceval..... pero ahora, es mi deber irme.

Cubriendo Moore su retirada con el pretesto del celo, partió precipitadamente.

Rio-Santo le llamó, pero le oprimia la debilidad y la fatiga. Apenas salió de la puerta el doctor, cuando la pesada cabeza del marqués se recostó contra el respaldo de la silla, y se durmió profundamente en el momento.

No aguardaremos á que despierte para narrar al lector lo que sigue de la relacion del doctor Moore; pero antes le conduciremos, retrogradando algunos dias, á la cabecera de Frank Perceval.

Tres volúmenes nos separan ahora de estos hechos, que hemos referido al fin de la primera parte de nuestra historia. Sin em-

go , como tenemos naturalmente aversion á los *golpes de vista retrospectivos*, arriesgaremos á lo mas un resumen de algunas líneas.

Era, si el lector recuerda , el dia despues del baile de Trevor-House ; Perceval herido peligrosamente, dormitaba bajo la guardia pérfida del *buen sir Edmond Mackensie*.

Una comedia habilmente anudada, cuyas escenas preliminares pasaban en Trevor-House tuvo su acto principal á la misma cabecera del herido. Suzannah dominada por Tyrrel, besó la frente de Perceval dormido en el mismo momento en que lord James Trevor ponía el pié en la habitacion.

Lord Trevor furioso, bajó á reunirse con su hija que le esperaba en su coche, delante de la puerta exterior de Dud-ley-House.

De esto resultó el consentimiento que la engañada Mary prestó para su matrimonio con el marqués de Rio-Santo.

No obstante, no estaba perdida del todo la esperanza para Franck Perceval. Lady Ophelia irritada por aquel sentimiento inconsiderado que arrastra al naufrago á agarrarse de cualquier objeto aunque sea el agudo filo de un puñal , lady Ophelia habia acudido á la cita que habia dado la víspera.

Habia venido la pobre muger amante y

subyugada, sin saber lo que iba á hacer, y semejante á las locas de amor de las novelas caballerescas, buscaba como hacerse con un filtro capaz de retener á Rio-Santo cerca de sí. Este filtro era un veneno mortal, ¿pero qué es la idea de la muerte para sí ó para otro entre los ardientes impetus de un alma que adora, que siente y que sufre? Asi hubiera querido Ophelia morir para Rio-Santo!

Habia venido y en el momento de revelar este secreto que debia postrar á Rio-Santo á sus pies, un terror instintivo se apoderó de ella; quiso huir, pero ya era tarde.

Habló por último, y Frank escribió la carta que lord Trevor hizo pedazos delante del fiel Jack y de su familia reunida, rompiendo de este modo violentamente toda relacion con el pobre Frank.

Aqui comienza de nuevo nuestra historia.

Despues de haber escrito la carta Frank, recostó la cabeza sobre la almohada; estaba todavia muy triste, pero conservaba esperanza. Lord James Trevor le amaba desde la infancia y no podia rehusarle la cita que le pedia Frank en efecto aseguraba en la carta por su honor que era enteramente extraño á la escena representada á su cabecera por una muger desconocida, y añadia que tenia

que hacer á su señoría revelaciones muy interesantes.

No podia pensar que lord Trevor habia de romper la carta antes de leerla!

Jack debe estar ahora muy cerca de Trevor-House, dijo al cabo de algunos minutos: dentro de media hora habrá vuelto.....

—Y toda esta maquinacion tenebrosa se disipará como el humo, añadió Stephen.

Frank le presentó la mano.

—Dios lo quiera, amigo! murmuró; pues de eso depende la dicha de toda mi vida.....

—Buena esperanza! dijo Stephen estrechando la mano que le alargaba Perceval, supongo que lady Ophelia....

—Pobre muger! interrumpió Frank, es muy desgraciada, Stephen! Ha dado su corazón á ese hombre que ha caido sobre Londres como una plaga de maldicion, durante mi ausencia..... á ese hombre, cuyo nombre anda en boca de todo el mundo..... á quien todas las mugeres aman..... y que me ha vencido dos veces.

Es una bella y noble criatura, contestó Mac-Nab, cuyo pensamiento se iba á su pesar hácia Clary Mac-Farlane, pero bien sabeis Frank que el corazón de estas personas son los que mas fácilmente se engañan..... Creo que la felicidad vulgar las espanta..... Hay en ellas una poesia falaz

que les muestra grandes goces; goces dignos de ellas fuera de la vida comun. Dejan un dia el camino trillado, Perceval; como van con la vista hácia el cielo no advierten el abismo que se presenta á su paso..... Yo se de una..... Oh! Dios la ampare, porque es noble y bella como esa desgraciada muger... y su vista engañada busca lejos de si, sin advertir el corazon apasionado que padece junto á ella!

—De quién hablais, Stephen? preguntó Perceval admirado.

—Dios la ampare, repitió el jóven médico con apasionada tristeza, y Dios me proteja á mi tambien, Frank, porque la amo como vos amais á Mary Trevor!

—Y no os ama ella? dijo Perceval apocsimando su cabeza á la de su amigo.

—No lo sé, contestó Mac-Nab.

Y en seguida, agregó con espresion de amargura.

—Yo no soy un héroe de novela! Soy como los demas hombres. Nunca he soñado cosas extravagantes, y pienso que la felicidad consiste en seguir una vida sosegada.... Mirad, Frank, la amo á pesar mio; su hermana, la dulce Ana, quizá me corresponderia.. pero esta era mi suerte..... el amor se extravía, y no sabe escojer..... Yo amo á Clary, y la amo con locura.

Frank prorumpió en una carcajada.

—Que feliz sois, Stephen, y que injusto como todos los hombres que son felices!... Me acuerdo de miss Clary..... y de la dulce Ana como vos la nombráis; miss Clary debe ser muy bella..... Ana debe ser muy liuda..... Era antes como un ángel!..... Verdaderamente la eleccion es difícil..... Esta es la única desgracia que encuentro en vuestra situacion. Una vez hecha la eleccion..... Me parece que hubiera elegido á Ana..... pero no! quizá hubiera elegido á Clary. Pero ya decidido, Stephen, no os falta mas que ser feliz.....

Stephen halagado por esta lisonja de Perceval, casi llegó á persuadirse de su felicidad.

—Callad, Frank, contestó con dulzura, habláis demasiado alto para estar enfermo... y no obstante, para mi es un consuelo oiros hablar de ese modo.....

—Quizá me equivoque.

—¿Qué, no estais seguro de que no amaríais á Ana? replicó Perceval sonriendo.

Tenia en el pecho una herida, y su destino se estaba decidiendo en este instante, ¿pero cuando la alegría no encuentra lugar entre dos amigos verdaderos, que hablan..... y hablan de amor?

Es necesario comprender que tratamos de dos verdaderos amigos de veinte años, por qué diez años despues el amor no es ya

un elemento de júbilo, es un manantial de cuentos para los presumidos, de poemas para los pastores, de sentimiento para muchos, y de fastidio para todos.

Está hecho pedazos el molde de aquellos viejos empolvados, perfumados, engalanados, divertidos, cariñosos, burlones y fanfarrones, que hablan á los sesenta años de su *bella inhumana* con excesiva seriedad. La emigración francesa nos envió los últimos tipos, hará medio siglo. Después, todo el mundo se ha convertido en hombres de negocios; el beefsteak ha reemplazado al manjar blanco, y debajo del amor no hay más libras esterlinas. Así que han pasados los veinte y cinco años: hablamos de nuestros antiguos amores con mucho desden, y únicamente los poetas, esta tropa hambrienta ven la belleza de una mujer al través de los diamantes con que se adorna.

Pero nuestros lores? se dirá. Nuestros lores! misericordia! nuestros lores ó compran ó atropellan. Nuestros lores tienen pasiones de bestia. Nuestros lores se agrupan é inscriben á la puerta de alguna actriz prostituta, porque estas mugeres tienen precios fijos, que están de manifiesto en casa de algún agente del teatro.

Stephen puso el dedo en la boca de Perceval, y prosiguió sonriéndose.

=Frank, callaos; soy vuestro médico, y

os mando que os calleis. Pobre Ana..... Yo quisiera amarla mucho.

—Es necesario ser franco, Stephen, yo temo que ameis á las dos.

La frente de Mac-Nab tomó un aspecto sombrío.

—Hace tres dias, Franck, contestó, no podia yo leer en el fondo de mi corazon. Hace tres dias, si me hubieseis hablado como ahora, hubiera reido con toda mi alma..... Que dichoso me hallaba entonces, pero el domingo.. el dia que llegasteis á Lóndres, Frank he conocido con toda evidencia lo que pasaba en mi alma. Momento lleno de delicias, y á la vez de afliccion!..... Clary se me ha aparecido como si mis ojos hubieran estado hasta entonces que la miraba, ciegos. He creido ver un ángel, en donde antes no creia ver sino una jóven..... He despojado á la pobre Ana del lugar que antes la concedia en mi corazon..... porque habeis dicho muy bien hace poco, Perceval, antes de esto amaba á las dos..... Una y otra eran mis queridas hermanas.... Si se me hubiera precisado á escoger, me hubiera visto muy embarazado... ¡Que no fuese asi ahora, Dios mio!

La voz de Stephen estaba llena de una afliccion singular, y Frank le miraba asombrado.

—Será eso quizá alguna desgracia? preguntó viendo que Stephen no continuaba.

—Oh! en efecto! es una desgracia, exclamó Stephen; una gran desgracia, Frank!.. pues conocéis el origen de esta revelacion tan repentina. ¿Sabeis que voz me ha gritado con fuerza en el corazon?

—Otras veces no erais tan romántico.. le interrumpió Perceval.

—No os riais, Frank , le interrumpió á su vez Stephen apretandole fuertemente la mano ; pues la voz de que trato , son los celos.

—Los celos!! repitió debilmente Perceval entristeciéndose tambien.

—Tengo un rival, exclamó Stephen colerico, bien lo sé.... quién es? no os lo podria decir..... Este hombre no la ama, no la conoce..... no la ha hablado nunca..... cuando considero esto, todo me parece una fabula , creedme..... se me va la cabeza.....

Al mismo tiempo se percibieron en la escalera los pasos irregulares y vacilantes del viejo Jak, y Perceval trató de levantarse.

—Que locura, Stephen! exclamò prontamente impelido á un tiempo por la fiebre y la impaciencia, os haceis ilusiones... Clary os ama, os lo aseguro. Mirad! Jak está á lo último de la escalera, id á abrirle, amigo..... id pronto.... Que buenas noticias traerá el fiel servidor! Que pausadamente sube! tengo buenos presentimientos, Stephen, por

todas partes advierto felicidad.... Ah! este viejo Jak parece no acaba de subir! Como tarda en traerme la respuesta de lord James Trevor!





CAPITULO DECIMO.



Dos recuerdos.

STEPHEN por complacer á Frank, cuya impaciencia llegaba á su colmo, se levantó para abrir la puerta del cuarto.

En efecto, era el viejo Jak que subia pausadamente la escalera.

Entró en la pieza, y se dirigió penosamente hácia la cama de su señor.

—¿Qué noticia traes? exclamó este, habla desdichado.... ¿qué noticias?

Jak se apoyó en una de las columnas de la cama y puso la mano sobre el corazón. Estaba pálido, y su semblante dejaba ver una profunda desesperación.

—No has entregado mi carta? preguntó Frank con furor!

—Ah! si, la entregué, vuestro honor, respondió humildemente el viejo Jak.

—¿Y qué hay?

Jak movió su cabeza calva.

—¿No traes respuesta?

—Perceval es mas noble que Trevor, pronunció el viejo levantando con entereza su frente humedecida. El padre de vuestro honor hubiera hecho castigar á ese hombre por sus criados..... Trevor! ¿Y qué es Trevor? un baron del norte..... un.....

Perceval volvió á recostar la cabeza en la almohada.

—Pero dad cuenta de vuestro mensaje, sea el que quiera, dijo Stephen. Esta incertidumbre es horrorosa.

—Mi mensaje! exclamó el viejo Jak, cuya ira se aumentaba cada vez mas; por el escudo de Perceval!... ese hombre rompió la carta de su honor sin leerla.

Y cerró los ojos dando un suspiro.

Stephen no pudo volver hasta el dia siguiente á casa de su madre, pues Frank abrasado por la fiebre, estuvo delirando toda la noche, y reclamaba los cuidados del médico.

Mac-Nab la pasó entera en meditaciones tristes y suposiciones atormentadoras. El estado de Frank estaba muy lejos de presentar síntomas de esperanza ; la calentura era de las mas intensas, y Stephen temia que las emociones dolorosas que acababa de experimentar, vinieran á agravar la herida , é inutilizar los socorros del arte.

Pero por lo demas , habia esperanzas de una cura pronta, y no era esto lo que mas atormentaba á Stephen.

Hay horas hechas á propósito para el sueño, en que sosegada el alma se entrega á disposicion de una especie de adormecimiento que promueven ciertos deseos indecisos, y esperanzas lejanas. Pero cuando se apodera de nosotros el dolor, un dolor intenso y formado de elementos distintos, en aquellas horas mismas, en que la razon abandona las riendas del pensamiento , el alma no puede combatir , y se rinde enervándose bajo el peso del desaliento.

Por la noche, la desesperacion se hace mas cruel, y el dolor mas insoportable: por la noche, la venenosa picada de la sospecha, sabe hallar mejor la parte vulnerable del corazon. Por la noche, es cuando se presentan aquellas emanaciones angustiosas que salen del corazon á la cabeza, y pueden inducir al hombre valeroso á pensar cobardemente en el suicidio.

Este es el momento en que se multiplican las fuerzas de la sensibilidad. El alma se estasia en él, y sufre mas. El pensamiento corre como loco, ponderándolo todo temores, deseos, sentimientos, esperanzas, y dando á todas las impresiones una fisonomia de fiebre y de demencia.

La vida se triplica entonces. El hombre frío se apasiona, y el apasionado delira.

Stephen, mas bien estaba frío que apasionado: pero todo choque, despide su contingente de electricidad: arrojado al cabo de tres dias el jóven médico fuera del camino de tranquilidad positiva en que hasta entonces habia pasado la vida, se enardecia en la lucha, y perdía una parte de la flemma propia de los corazones inespertos.

Su reposo se habia cambiado en agitacion; la dichosa apatia en que dormitaba antes su juventud, habia abierto campo á la turbulencia de la pasion. Amaba, tenia celos, y padecia.

Era media noche. Frank adormecido respiraba con dificultad, y se quejaba debilmente. El viejo Jak dormia en un rincon de la pieza sobre una silla poltrona. Sin duda soñaba con el reciente insulto que habia sufrido su señor; pues se le escapaban durante el sueño, refunfuños colericos, y á veces despertaba sobresaltado con el nombre de Trevor en los labios.

Fuera de la habitacion una lamparilla ardiendo alumbraba vagamente los objetos con su luz intermitente. A su débil reflejo, tan pronto se veian brillar, como oscurecerse los nobles esmaltes del escudo de Perceval, y el marco dorado del retrato de miss Harriet, hermana de Frank, que murió en la flor de su edad, y cuyo melancolico y pálido aspecto al salir asi de la sombra, parecia una aparicion.

Stephen habia puesto de pronto todo su cuidado en su amigo enfermo, y seguia con atencion las diversas fases de la fiebre; pero despues, el pensamiento vino á parar sin saber como, de las cosas presentes á las de fuera. El recuerdo de Clary Mac-Farlane, habia vuelto á ocupar en su corazon el sitio de que la arrojára momentáneamente el peligro de Frank.

Y por un trabajo moral, resultado natural de los celos, Stephen no podia ya ver á su prima de otra manera que en Temple-Church, preocupada en medio de la tranquila devocion de su compañera, y dirigiendo al magnífico desconocido una mirada triste, ardiente, apasionada: una mirada en que habia tanto amor, que Stephen se hubiera tenido por dichoso con una pequeña parte de esta muda adoracion.

Stephen tenia los ojos abiertos, y estaba despierto; pero en la oscuridad en que se

hallaba; las imágenes evocadas pasaban por delante de sus ojos como un sueño.

Alli delante de él estaba Clary mas hermosa á causa de aquel amor extraño que tanto afligia á Mac-Nab. Al lado de Clary estaba el lindo pensador de Temple-Church, cuyo nombre ignoraba Stephen y que conocemos con el de Edward.

Y la escena que habia pasado en aquel mismo Temple-Church se reproducia con minuciosa esactitud..... y hoy como entonces, el primer movimiento de Stephen fué esclamar: «Ya he visto yo esta cara en otras partes.»

Hubo sin embargo esta diferencia.

En la iglesia, Stephen habia desechado sin mas escámen esta idea, como insignificante y que no debia llamar la atencion pues seria efecto de una de aquellas casualidades de semejanza que abundan en una ciudad populosa. Esta noche fijó en ella la atencion. Su odio se habia aumentado, y sentia cierta necesidad de darle otro motivo ademas de los celos. Poco á poco al recuerdo lejano, pero distinto, que conservaba de un acontecimiento triste, vino á colocarse al frente de los recientes recuerdos de Temple-Church. Comparó estos dos recuerdos que se presentaban y los cotejó. Y como hizo este trabajo con muy intensa pasion, corrieron por su frente algunas gotas de sudor frio.

Perceval mientras tanto se agitaba sobre la cama, pero Stephen no ponía atención en ello.

Cada vez se metía más en su minuciosa averiguación. La aversión en sus recuerdos es tan precisa como el amor, de suerte que Stephen hubiera podido retratar de memoria al bello pensador de Temple-Church. Bien fuese que la otra noche en la iglesia hubiera rehusado con demasiada ligereza aquella pronta idea de semejanza que le había llegado de pronto, ó bien que le mezclasen y confundiesen las imágenes después de grabadas en el cerebro, lo cierto es, que, ahora veía á Edward de una manera muy distinta y no era para él un conocimiento del día anterior. El recuerdo de sus facciones tan notables en su hermosa varonil, databa ahora de los días de la infancia y lo había visto otras veces.....

Sin embargo aquello era imposible! En quince años aparecen muchas arrugas en la cara de un hombre, y muchas canas en su cabeza..... Y este Edward parecía joven, y de su hermosa cabellera colgaban unos bucles de color de ébano sobre una frente tan pura como la de un mancebo.

Y sin embargo era él..... Era seguramente. Una cosa le faltaba que no podía recordar Stephen; pero en todo lo demás comparados los dos recuerdos, se conformaban exactamente el uno y el otro.

Quince años le separaban. El mas reciente hacia referencia á una aventura comun y de todos los dias: el encuentro de Temple-Church. El otro se confundia con un drama odioso y sangriento, de que hemos podido hablar largamente en el curso de esta historia, pero de que el lector no conocerá los pormenores.

Stephen se confirmaba en su opinion, y casi convencido ya, buscaba el requisito que faltaba al semblante de Edward para ser idénticamente la otra fisonomia que estaba grabada con caractéres indelebles en el fondo de su memoria.

Frank se agitaba cada vez mas, bajo de la ropa, y una ardiente pesadilla le oprimia el corazon.

Stephen no habia podido observarlo, pues sus ojos se habian cerrado para investigar con mas ésmero. Recorria uno por uno todos los rincones de su memoria, y á cada paso creia encontrar en ella la circunstancia de que se habia olvidado.

Frank empezó á murmurar algunas palabras confusamente, y como tenia entorpecida la lengua por la pesadilla, se esforzaba desesperado por romper las trabas que se lo impedian.

—Es él! dijo Stephen acaso por centesima vez..... Es él! seguramente.... Lo que busco en su fisonomia es.....

—La cicatriz! exclamó Perceval sobresaltado. Acaso no he visto la cicatriz en su frente?.....

Stephen se había levantado.

—La cicatriz! repitió él, oh! me acuerdo.

—Sobre su colorada frente, repuso Frank se presentaba aquella blanca y cortada.....

—Desde la ceja izquierdo á la parte superior de la frente?..... dijo Stephen por un impulso involuntario.

—Desde la ceja izquierda á la parte superior de la frente, repitió Perceval.

—Frank! exclamó Stephen, con que tambien le conoceis?..... En nombre del cielo, de quien hablais?

Frank no respondió.

Stephen se dejó caer de nuevo sobre el sillón.

—Esto si que es extraño!..... murmuró entonces.

Su espíritu tranquilo y prudente estaba sin duda fuera de su camino; una atmósfera novelesca le rodeaba por todas partes; y á cada instante se presentaban en derredor suyo acontecimientos extraños, cuya llave no podía encontrar ni en la razon, ni en el discurso, ni en la esperiencia.

Conoció que su inteligencia vacilaba confusamente; remontóse la imaginacion; y en medio del resplandor que la iluminaba, se le aparecieron singulares visiones.

La palabra que Frank habia pronunciado, podia muy bien haber sido dictada por el acaso de los sueños; pero Frank habia dicho mas de una palabra.

Para describir asi aquella cicatriz, era necesario haberla visto.....

Stephen echó una mirada de impaciencia á Perceval que seguia durmiendo. Si hubiese podido preguntarle, y hacerle hablar! ¿Pero como habia de intentar el privar al infeliz herido de aquellos breves momentos de sosiego?

Stephen hizo un esfuerzo á fin de calmar su agitacion y ver con claridad en la confusion de sus pensamientos. Al presente, á lo menos, tenia la palabra deseada del enigma. Lo que faltaba al semblante de Edward era una cicatriz precisamente muy igual á la que habia descrito Perceval; una cicatriz prolongada y blanca que se estendia desde la ceja izquierda hasta lo alto de la frente.

Por mas que discurria, la frente de Edward tal como él la recordaba; tal como lo habia visto tres dias antes, en Temple-Church, no tenia la menor señal, de cicatriz. Otro se hubiera figurado que el tiempo habia quizás estinguido aquella señal, pero Stephen, como médico, sabia tambien que una cicatriz en la frente es mas inestinguible que en cualquiera otra parte de la cara, ó del cuerpo por la interposicion de la piel y del crá-

neo, únicamente separados por una delgada tela de carne. No pudiendo dudar por esta parte, lo achacaba á algún rayo de luz, ó al vacilante resplandor de las lámparas; no obstante, su memoria le contestaba sin piedad que la frente del bello pensador estaba iluminada de lleno en el momento en que la había ecsaminado con notable curiosidad.....

Haciase á si propio estas reflexiones, y sin embargo la convicción era la misma: en sus adentros sonaba una voz que pronunciaba sin cesar:

—El es!

A veces, estas voces interiores se equivocan y pasan desapercibidas durante el día por que la razón las combate; pero de noche, una noche de vela, en medio de la soledad y el silencio, el alma se deja sorprender, y el oído del espíritu se hace supersticioso.

Stephen tenía una persuasión íntima, y por consiguiente se desvaneció toda duda: penetró en él la certidumbre, arrastrando consigo el horror de lo pasado, y al mismo tiempo un gran temor del porvenir.

Por qué se trataba de Clary, y aquel hombre era el amante de Clary.... Stephen nunca padeció tanto.

Habiéndosele tornado á aparecer la idea de su linda prima, le cautivó pronta y absolutamente. Apareciósele sosegada bajo

el techo de mistress Mac-Nab. Unas veces se estremecía al considerar la dolorosa idea que le recordaba la memoria de Edward en su vigilia, en su sueño, y otras, se tranquilizaba con la esperanza de que sus celos le habrían conducido á un error.....

Ademas de la soledad y de la noche que forman nuevos fantasmas, tuvo por un momento un miedo propio únicamente de los niños. Le ocurrió que la casa de su madre sólo estaba guardada por mugeres aquella noche y que no pudiendo é estar allí para cecelar á Clary quizá.....

Pero en el momento se reprendió á si mismo y tuvo vergüenza de sus débiles temores.

—No parece sino que Cornhill, esta calle tan ancha, tan alumbrada, tan bien guardada por la policia, se ha convertido de pronto en una guarida de ladrones, por que ha dado la casualidad de ausentarme una noche para velar á un amigo que está enfermo! murmuró sonriéndose. A fé mia, que tengo tanto miedo como una vieja.... No me falta mas que creer todos los cuentos que circulan hace mas de cien años entre las comadres de la Cité.... Parezo un niño.

Se levantó, sacudió la cabeza como para desechar todo ridiculo temor, y dió algunos paseos por la habitacion. Cuando llame mañana á nuestra casa de la calle de

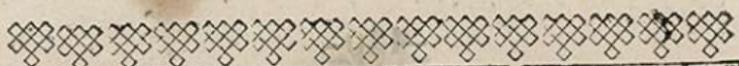
Cornhill, dijo queriendo mudar el curso de sus ideas, apuesto á que es la voz de Ana la que me dá los buenos días..... La primera cosa que se presente á mi vista, será la de la bella Ana..... Clary tiene otras cosas que hacer para salir á recibirme..... Y por que no amaré yo á Ana?

Estas palabras fueron seguidas de un profundo suspiro. El dia comenzaba á apuntar al través de los vidrios de la ventana.

Desesperado Stephen de hallar una serie de ideas que lo apartaran de la tristeza, y poco satisfecho de si mismo, volvió á sentarse á la cabecera de Perceval. Esperaba impaciente á que este despertase para pedirle una esplicacion de las estrañas palabras que se le habian escapado en sueños.

Facilmente se concibe que esta esplicacion era para él de mucho interés, pues urgia saber por que singular coincidencia ocupaba un mismo hombre el sueño del enfermo, y la vigilia del médico.

Y ademas, queria averiguar donde habia visto Frank aquella cicatriz que habia ocupado tanto lugar en sus meditaciones de la noche.



CAPITULO DECIMO PRIMERO.

La noticia de una desgracia.

FRANK Perceval continuaba durmiendo, y Stephen Mac-Nab esperaba con impaciencia se despertase, para que le diese la esplicacion de aquella palabra que se le habia escapado en su sueño.

Pero debia verificarse al momento.

A eso de las siete de la mañana, llamaron con fuerza á la puerta exterior de

Dudley-House. El viejo Jak abrió, y fué corriendo á decir á Mac-Nab, que una muger preguntaba por él y lo esperaba abajo, de parte de su madre.

Stephen tomó las medidas que esigia el estado de Perceval; y lo recomendó mucho al viejo criado, que escuchaba cada una de sus palabras como si fuese un oráculo, y las grabó lo mejor que pudo en su memoria. En seguida bajó á la sala donde encontró á la criada de mistress Mac-Nab.

—¿Qué hay de nuevo, Bess? preguntó.

—Lo que hay, mister Mac-Nab, contestó la pobre muger cuya turbacion y afliccion fué lo único que notó Stephen. Ah! lord! ah! lord!..... no me preguntéislo que hay..... Venid á casa lo mas pronto posible!..... Venid al momento, pues la pobre señora se vuelve loca..... Es para partir el corazon.

—¿Hablais de mi madre? exclamó Stephen. Por el hijo de Dios vivo, que es lo que ha sucedido?.....

—Ah! lord! ah! lord! repitió Betty con amargura: es para partir el corazon!.... Las dos desgraciadas y queridas niñas! No se ha visto cosa semejante en la Cité, mister Stephen! Ah! lord!.....

El jóven médico, lleno de la mayor inquietud, cogió el brazo de Betty, y la mandó imperiosamente que se explicara. Pero

intentad hacer hablar á una escocesa que tiene deseos de gemir y llorar!

Betty se llevó el pañuelo á los ojos, y se torció las manos gritando.

—Es para partir los corazones! la pobre señora se vuelve loca!..... Ah! lord!.... loca de atar!

Stephen hizo lo que debiera haber hecho en un principio. Corrió á la calle, hizo que se acercara un cabriolé, y que lo llevaran á galope á Cornhill.

Así que marchò, Betty volvió en si. Es notorio que en todos los paises las criadas antiguas, están dotadas de un fogoso deseo de hablar así que no se las quiere escuchar: las criadas antiguas, y tambien un gran número de mugeres de edad y de diversas condiciones, y aun un cierto número de solteronas, sin hablar de una multitud de hombres parlanchines, afeminados, insipidos, como nuestro Dickns sabe tan bien pintarlos, cuando dejando á un lado su enérgico pincel coge en un momento de alegría, el que le sirve para los croquis comicos.

No sabemos que autor ha dicho:

Los tontos se han aumentado desde Adam.

Este verso estaria bien si no contuviese una personalidad muy viva contra nuestro primer padre, el cual, en definitiva, no hizo ningun acto de hombre; de talento, comiendo aquella mitad de la manzana verde,

de donde nos han venido todas nuestras desgracias.

No tenemos intencion de estendernos sobre este suceso sensible para siempre, pero séanos permitido dejar escapar una queja al paso, cuando se piensa que á no ser por esa fruta comida fuera de tiempo, seriamos todos jóvenes, hermosos, buenos, dotados de la ciencia infusa, y estariamos libres de que se nos cayese el cabello.

Figuraos pues un mundo sin peluca, y sin profesores!

Tal era el paraiso terrestre!.....

—Stephen! Stephen! exclamó Betty viendo que se iba su jóven amo; oh! mister Stephen!..... Escuchad! escuchad! voy á decirlo todo..... por mi salud!..... Es una horrorosa desgracia, mister Mac-Nab. Escuchad!.....

Pero Stephen estaba ya demasiado lejos.

Betty se enjugó los ojos.

—Me parece que podia haber esperado un poco, murmuró; y ademas que eramuy natural sacase una su pañuelo, y llorase en semejante circunstancia..... Las niñas, Dios sabe donde estarán ahora..... Cualquiera hubiera tenido ganas de saber..... pero Mr. Stephen está tan orgulloso con su latin y su griego!... Buen provecho le haga al pobre señor! Esto no le servirá de nada para encon-

trar á sus primas..... Oh! lord! cuando se piensa en esto, vaya un sucesos!

Bess tomó á su vez el camino de Cornhill, desconsolada por haber perdido por su culpa la ocasion de contar una lúgubre historia.

La entrada de Stephen en casa de su madre fué bastante despedazadora. Bess tenia razon; la pobre mistress Mac-Nab casi estaba loca. Durante toda la noche, habia permanecido de pié con la puerta de su casa abierta, esperando continuamente la vuelta de sus sobrinas que no debian volver mas.

Por la mañana entró en la casa, y subió con dificultad los dos pisos que conducian á la habitacion de las jóvenes, y alli, sobrecogida de una especie de transporte las llamaba, las llamaba llorando, hasta que llena de fatiga y cansancio le faltó la voz.

Al ver á Stephen recobró alguna fuerza y pudo pronunciar llorando los nombres de Ana y Clary.

Stephen adivinó todo, pues las palabras de mal agüero de Betty lo habian preparado para una desgracia.

Si no lo hubiese adivinado, las dos camas vacias donde no se habian acostado las dos hermanas, le hubieran manifestado muy pronto la realidad.

Habian desaparecido, esto era lo que sabia Stephen, y mistress Mac-Nab ignoraban lo demas.

Stephen quedó aterrado al principio. El golpe era terrible despues de una larga noche de pruebas y de insomnio. Se cubrió la cara con sus dos manos, y sofocò sus sollozos que querian estallar. Su madre vino á estrecharle entre sus brazos y murmuró anegada en lágrimas.

—Despues de Dios, hijo mio, no tengo mas esperanza que en vos.

Stephen se serenó al oír aquellas palabras. Así que pasó el primer instante de debilidad, encontró aquella fria energia que era peculiar á su naturaleza, y que en las horas de suprema angustia, es la mas preciosa cualidad que el hombre puede encontrar en su corazon. Sacudió la muelle languidez que le quedaba de los ensueños de la noche, y volvió á aparecer en su vigor nativo. Era realmente mas fuerte y mas animoso en presencia de una desgracia positiva, cuya estension, por grande que fuese, se podia medir, que no frente á esas fantásticas aprensiones, á esas angustias fiebrosas que lo atormentaban por la primera vez hacia doce horas. La novela incomodaba á Stephen, la poesia lo desconcertaba: ahora la casualidad le presentaba para beber una copa bien amarga, pero sus pies, por decirlo así, tocaban al suelo: todo era positivo. Habia concluido con los alucinamientos y los fantasmas, y entraba en la vida real.

Tambien, ante aquella catástrofe terrible y seguramente imprevista, sintió engrandecerse y afirmarse su valor. Su mision iba á ser de la mas dura prueba; necesitaba no tan solamente combatir, sino buscar, buscar en la inmensidad de Lóndres! Se sintió elevado hasta la altura de su mision.

— Esperad en Dios, madre mia, respondió, y contad conmigo.

Mistress Mac-Nab no estaba en casa cuando robaron á las dos hermanas, y Betty, que se encontraba sola en aquel momento, temiendo las reprensiones de sus amos, alteró los hechos, y dijo que las dos jóvenes miss sé habian fugado sin decir nada. Nadie segun ella habia entrado en la casa.

Una sola esperanza habia. Mac-Farlane tenia medios tan extraordinarios de conducirse en cualquiera ocasion, que mistress Mac-Nab pudo suponer desde el principio la posibilidad de que hubiese dado á sus hijas una cita secreta. Stephen participó por un momento de esta idea: por débil que sea una probabilidad favorable cuando es sola, es necesario acogerla; pero el jóven médico no conservó por mucho tiempo aquella ilusion. Por extraño que fuese el laird, no se hubiera burlado seguramente de aquel modo de la inquietud de su hermana, deteniendo á las dos jóvenes toda una noche; y ademas, no habia ninguna apariencia para creer que el laird estuviese en Lóndres.

Stephen salió para ir á casa del comisario de policia de Bishopshate.

En aquellos populosos y traficantes barrios, donde el comercio por mayor y menor se confunden en una dosis casi igual, hay un número de comadres sumamente considerable. Asi es que la rapidéz con que se sabe, se repite, y se transforma un suceso desgraciado, sobrepasa á toda creencia. En dos horas circulan quinientas versiones del mismo hecho, y cada mercadera dotada de alguna imaginacion añade á ella su groqueto de variedad. Cuando la historia ha dado vuelta por todo el barrio, no la reconoceria el héroe de ella.

Un carruaje, por ejemplo, atropella un *lascar* (1) en las inmediaciones de Saint-Paul, esto no tiene nada de particular en Church-Yard, se habla del hecho por espacio de tres minutos: en Cheapside, el desgraciado *lascario* sube un grado y llega á ser perro de raza. Esto es mas formal; atropellar á un perro

(1) Muchos de los pobres que están ocupados en separar el lodo de las calles de Londres por un triste penny, son *lascarios* robados á su país por la prensa inglesa. Cuando un capitán tiene necesidad de marineros, toma algunos hombres y los deja desnudos en el territorio inglés á su regreso. Los *lascarios* son una de las mil clases de víctimas que el egoismo inglés sacrifica en todas partes á su paso, se sirven de ellos cuando los necesita y despues los deja morir de hambre.

de raza! el cochero merece la multa, y la sociedad cinophila, fundada para la defensa general de los intereses de los perros errantes, seguirá sin duda alguna aquel negocio. En Cornhill, el perro de raza se transforma en un niño de una casa acomodada. En Leadenhall-Street, el niño se cambia en una vieja lady poderosamente rica.....

Aquí la historia vuelve á la izquierda, y pasa en Houndsditch donde experimenta una variada novedad. En seguida viaja en London Wall, y vuelve á Sainte-Paul por Moorgate-Street.

Pero ya no se habla ni del lascario, ni del carruage, y Church-Yard queda muy admirado al saber que el tilbury de Lord Chesterfield ha atropellado al honorable John Slip, miembro del parlamento por un pueblo del condado de Lancaster que se habia dejado caer en medio de la corriente al salir de *l'ogsters-rooms* (sala donde se comen ostras) de Temple-Bac.

La relacion es demasiado verosimil para que se nieguen á creerla.

Cuando Stephen salió á la calle, las comadres de Cornhill y de Finch-Lane sabian ya el rapto de las dos hermanas y lo ver-tian á su modo.

¿Por donde lo sabian?

Este es un profundo misterio.

¿Quién podria decir como habia sabido

mistress Footes que su vecino Richard Trin, el vendedor de espejuelos, llevaba un corset bajó sus calzones?

Quien podria decir como habia descubierto mistress Crosscain que los hermosos dientes de M. Sunpson, el leon del barrio eran *osanores* (existe esta palabra) y salian de la fábrica del vecino dentista?

Las comadres tienen ojos para penetrar las paredes, y oídos para oír lo que no se dice.

Ademas, estaba allí Bess, la criada de mistress Mac-Nab.

El conciliabulo femenino estaba ese dia en la esquina de Cornhill y de Finch-Lane que estaba frente á la casa cuadrada. Tomaban el té de por la mañana en casa de mistress Blomberry.

Mistress Black sabia de buena tinta que las dos pobres palomitas se habian fugado para seguir á sus amantes, dos guardias de á caballo, los mas hermosos del regimiento. Mistress Bull sentia mucho contradecir á mistress Black, pero todos sabian que los amantes de las dos jóvenes misses, eran dependientes de el banco, dos hombres hermosos, sin contradiccion, aunque uno de ellos tenia peluca, y el otro era vizco del ojo derecho.

Mistress Brown no podia dejar pasar esto. Las pobres jóvenes habian sido robadas

por los burkadores asesinos bajo sus ventanas, y si no hubiese sido por la lluvia que caía á torrentes, se hubiera visto sangre en el suelo.

Eran cosas estrañas, segun mistres Dodd, todas las tonteras que se decian respecto á la circunstancia mas sencilla del mundo. (Murmullos). Esas señoras hacian mal en murmurar, pues no habia personalidad en lo que decia mistress Dodd, se admiraba únicamente, que dos desgraciadas misses que habian *cometido una falta*, no pudieran ir á ahogarse al Támesis sin que se pusiera en movimiento todo el barrio.

Mistress Crosscainn habia pensado siempre que su vecina y amiga mistress Dodd, hablaba mas de lo que era regular. Habia conocido muchas mugeres en su vida; que se habian arrepentido antes de morir de la ligereza de sus discursos. Por lo que respecta á las misses del otro lado de la calle, se habian comprometido á servir de *estatuas vivas* en la esposicion del Strand.

Se podian ver alli.

Mistress Crubb, mistress Footes, y mistress Blonberry, bebian en silencio un incalculable número de tazas de té, reservando sin duda su opinion para despues del desayuno.

Cuando Stephen pasó por debajo de las ventanas, las ocho señoras se levantaron y lo

siguieron por mucho tiempo con la vista. Este fué un nuevo testo á sus bachillerias.

En fin, las ocho lenguas reunidas en la esquina de Cornhill, convinieron en reconocer que era un gran dolor el ver á un jóven tan lindo apesadumbrarse por semejantes troneras.

Stephen continuaba su camino hácia Bishopsgate, y procuraba indagar con mas certeza el enigma de la desaparicion de las dos hermanas. La primera idea que se le presentó, fué que el desconocido de Temple-Church era el autor del rapto. Su razon resistió al principio esta idea; pues, admitiendo como verdaderas sus celosas sospechas, Clary era quien amaba á aquel hombre y no él á Clary. Además, ¿por qué hubiera robado á las dos hermanas? Seguramente que estos argumentos son de los que no se refutan. Sin embargo, Stephen no desechó del todo esta idea, por que los razonables cérebros tienen su escondite tenebroso ó apasionado. Stephen, el positivo, el sabio Stephen se veia turbado desde que sus celos podian interponerse mucho ó poco entre su vida y el objeto observado.

En segundo lugar, Stephen dijo para sí que podia ser un rapto comun, un rapto doble, esto era todo. Pero las dos hermanas eran tan puras! él sabia tan bien todos sus secretillos!

Aun podia ser uno de esos raptos bastante comunes en aquella época, cometido por algun proveedor de los pares....

En fin, podia ser los agentes de la resurreccion....

Todos los miembros de Stephen se estremecieron, y no acabó de formular aquel último pensamiento.

Y sin embargo, dijo para si, que era el mas probable de todos.

Cualquiera que fuese la verdad de esto, creyó que el ojo investigador de la policia, podria servirle de mucho, y tuvo esperanza en su entrevista con el comisario de Bishopgate-Street.

Se sabe que la Cité de Lóndres es un estado dentro del estado, en tales términos, que si se le ocurriese á su magestad oír la misa en Saint-Paul, se veria precisado á pedir las llaves de la Cité, aun que esta no tiene puertas.

Se llevan las mencionadas llaves que son falsas mas que ningunas otras á su magestad en el otro lado de Temple-Baed en el Strand. El rey ó la reina las toca y pasa adelante.

Y los tenderos de Freet-Street se abrigan en el contento de su estúpido orgullo. ¿No tratan de potencia á potencia con el soberano de los tres reinos?

Los comisarios de policia de la Cité dependen inmediatamente de lord-maire y no

de la política general de Lóndres, que no por eso son magistrados menos importantes: su posición es considerable bajo todos sentidos, y no lleva aquella, casi reprobación que, del otro lado del estrecho, se adhiere á todo lo que concierne á la policía. En Lóndres el verdugo es un caballero: no hay preocupaciones en aquella noble ciudad, donde no se desprecia á la gente que tiene hambre.

El comisario de Bishopgate-Street, recibió á Stephen en toda su grandeza.

Stephen habia esperado primeramente hora y media en la antesala.

Espuso su petición, y reclamó como era justo todas las posibles diligencias en las indagaciones.

—Seguramente, seguramente caballero, contestó el comisario: es un caso de mucha urgencia..... Inscribid la reclamación de M. Mac-Nab, Robin Cross.... es un caso de mucha urgencia..... Pero mal haya si no estamos abrumados con estos casos urgentes..... Os suplico volvais dentro de quince días, caballero.

—Dentro de quince días! exclamó Stephen estupefacto; pero, señor....

—Ah!..... que mas hay, M. Mac-Nab?... Os he dicho dentro de quince días..... Soy vuestro servidor.

—No podrian?.....

—No, por vida de!..... caballero.

—Estaré pronto á hacer toda clase de sacrificios.....

—Eh?..... Hablad con Robin Cross, caballero, en ese caso..... Tengo loca la cabeza..... Soy vuestro servidor.

Robin Cross se habia levantado. Era una especie de espectro, largo y delgado, cuya cortante fisonomia estaba embutida entre dos desgrednados matorrales de canosas patillas, como la rueda de cristal de una máquina eléctrica entre sus dos cojines. Hizo á Stephen un obsequioso saludo, y le suplicó que entrara con él en el gabinete inmediato.

—Todas estas pesquisas nos cuestan un dineral, bien debeis saberlo, caballero, dijo; hacedme el gusto de tomar asiento..... Un raptó!..... las personas de fuera creen que tenemos una varita para encontrar los objetos perdidos. Un doble raptó!..... Son lindas, caballero?

—Qué importa eso! respondió bruscamente Stephen.

—Permitidme, mi querido señor..... no tengo intencion de ofenderos.... Nos habeis dado sus señas esactas, pero sus señas no dicen nada.... Podria citaros por ejemplo las del famoso Fergus-le-Bouge, ya sabeis, Fergus O' Breane, el bandido de Teviot-Dale, que se parece faccion por faccion á...

—Por favor, señor, vamos al hecho! le interrumpió Stephen con impaciencia.

Quizá Stephen no se hubiera apresurado á interrumpirlo tan pronto, si hubiera podido adivinar el nombre que detuvo en los labios de Robin Cross.

—Sea en buen hora, añadió este sin conmoverse. Os preguntaba si son lindas las dos señoritas.

—Lo son, caballero.

—Vaya! vaya! dijo Cross meneando la cabeza. Mi querido señor, esto os costará muy buen dinero.

—Estoy dispuesto á no regatear, contestó Stephen.

—Eso es muy honroso, caballero..... Mirad, si fuesen feas, el asunto se haria por si mismo, pues al cabo de cuatro dias, los que las han robado las arrojarian á la calle..... Asi es como lo hacen, bien lo sabeis... y no tendríamos mas trabajo que el de recogerlas.... Con diez guineas quedareis cumplido..... y aun esas diez guineas serán efecto de una generosidad vuestra, pues la ley nos prohíbe ecsigir nada. Pero ellas son lindas..... vaya! vaya! caballero!..... quizá muy lindas.....

Stephen levantó al cielo sus ojos con impaciencia y disgusto, pues aquel hombre lo ponía en un suplicio.

—Son muy lindas, bien lo conozco! añadió Robin Cross con un doloroso suspiro; ah! mi querido señor, este asunto os costará cincuenta libras.

—¿Y podré estar seguro?....

—¿De nuestro celo?..... Somos conocidos por esto, señor Mac-Nab! Fiaos en nosotros..... y si no encontramos á esas queridas señoritas, es por que la voluntad de Dios estará en contra nuestra.

—Escuchad, escuchad, caballero! exclamó Stephen que cogió la mano del oficial del comisario y la apretó entre las suyas, en uno de esos momentos de angustia en que se compraria la sombra de una esperanza al precio de una fortuna; indagareis, ¿no es verdad? Revolvereis á todo Lóndres....

—Lóndres es muy pesado, mi querido señor, murmuró Robin Cross.

Stephen no lo oyó, y añadió con un calor que cada vez iba aumentándose.

—Las encontrareis aunque estuviesen en poder de un hombre poderoso....

Robin Cross hizo una mueca.

—Me las entregareis, caballero, ¿no es verdad?..... Os daré cincuenta libras, cien libras, mas, todo cuanto quisierais.

La mueca de Robin Cross se cambió de pronto en una sonrisa escesivamente adulatora.

—He aqui lo que tiene el hablarse, mi jóven señor, dijo apretando á su vez la mano de Stephen..... Tranquilizaos; revolveremos á Lóndres, como acabais de decir, haremos lo imposible..... Tendriais á bien

darnos alguna cosa..... lo que quisierais..... para atender á los primeros gastos.

Stephen puso sobre la chimenea cuatro ó cinco billetes de á cinco libras.

—Sea en buen hora! sea en buen hora repitió Cross; quedareis contento de nosotros, mi jóven caballero.

Stephen bajó, lleno de esperanza, la escalera de la oficina de policia; pero asi que se encontró en la calle, el aire fresco disipó la especie de embriaguéz en que habia caido sin saberlo. Raciocinó con frialdad; pesó el valor de las promesas de aquellos hombres ávidos y mercenarios, y su esperanza se desvaneció.

Y sin embargo, era necesario obrar. Las pobres jóvenes lo llamaban sin duda y le pedian socorro. ¿Pero cómo obrar solo? ¿qué hacer?

Stephen iba, sin saber, siempre derecho y sin cuidarse de elegir un camino. En uno de esos momentos en que se repite uno á si mismo; es preciso obrar, es preciso obrar! Stephen levantó los ojos y leyó, en la esquina de una casa, el nombre de Finsbury-Square.

Se puso pálido, pues aquel nombre acababa de despertar en su imaginacion una lúgubre idea, que ya habia rechazado con horror.

Stephen sabia que estaba junto á una cueva de resurreccionistas.

Era médico: sus estudios, y las conversaciones con sus jóvenes condiscipulos, le habian hecho saber el camino de aquellos almacenes de carne humana, que la policia de Lóndres deja ecsistir mediante cierta cantidad, y que las personas graves llaman *un mal necesario*. No ignoraba que la vecindad del gran cementerio de los no conformistas habia atraido á los alrededores de Finsbury-Square, en Worship-Street, al mas atrevido, al mas temible de los traficantes de la muerte.

El primer movimiento de Stephen fué huir, pero una fuerza irresistible y misteriosa lo impelia á que continuase su camino hácia Woship-Street. La angustia tiene incesantemente un gran deseo de certeza, y la desgracia que se conoce, parece menos amarga que la que se teme.....

En uno de nuestros viajes al continente, visitamos una vez el establecimiento conocido en Paris bajo el nombre de la *Morgue*. Entramos en aquel pequeño edificio cuya sola vista hiela el corazon, y sin embargo á su alrededor charlan y rien, durante el dia, los vendedores de hortalizas y frutas, cuyos puestos casi se sostienen en las grises paredes de aquella tumba temporal.

En la puerta, cuando entramos, vimos sentada á una pobre muger volviendo la espalda á la sala de la esposicion; sollozaba dolorosamente, y se levantaba de vez en cuan-

do como si hubiera querido ver y entrar; pero un invencible terror la volvía á lanzar en la piedra que le servía de asiento. Algunas veces murmuraba con despedazadora voz.

—Hijo mio! mi pobre hijo!

Permaneció allí mucho tiempo.

En el instante en que volvimos á salir, despedazados por el horroroso espectáculo de aquellas salas húmedas, se levantó como una loca, y se lanzó con los brazos estendidos hácia adentro.

Se oyó un grito lamentable.

En seguida dos hombres de la policia sacaron un cuerpo sin vida.

La pobre muger vió lo que tanto temía ver, lo que no habia podido menos de buscar.

Stephen Mac-Nab era como la pobre muger. Temía y quería á la vez; y en aquella situacion del alma, mientras mas punzante era el dolor, mas grande era el deseo.

Muy pronto se encontró en Worship-Street, delante de una gran casa, cuyo exterior se parecia perfectamente á el de las inmediatas.

Encima de la puerta, mas abajo del boton de la campanilla, habia una planchita de cobre, en la que se leian estas palabras:

OFICINA DE MR. BISHOP.

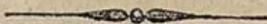
Stephen llevó la mano al boton de la campanilla, y la retiró en seguida para volver á llevarla. Su corazon latia como cuando va uno á desmayarse.

Era la misma posicion de aquella pobre muger sentada en los escalones de la Morgue; casa donde se depositan los cadaveres que se encuentran en las calles é inmediaciones de Paris.





CAPITULO DECIMO SEGUNDO.



La oficina de Mr. Bishop.

MIENTRAS que Stephen dudaba, con la mano puesta sobre el boton de metal del oficio de Mr. Bishop, habia del otro lado de la calle un hombre que lo contemplaba avidamente.

Este hombre apoyado contra la reja de una casa, tenia el vestido de los mendigos de Løndres, vestido estraño que es en todo

parecido al de un caballero, del que no difiere sino por los remiendos y vejez ; vestido mil veces mas triste y mas repugnante que los harapos de los pobres del continente porque parece hacer alarde de una especie de cierto bien estar que protesta contra la evidencia de la miseria.

Y quizá sea esto un cálculo en un pais en donde la miseria es una sentencia de muerte.

El hombre que miraba á Stephen podia tener cuarenta años, pero representaba diez mas. Los pedazos de un frac negro flotaban sobre sus hombros huesudos y desprovistos de carne : su pantalon igualmente negro y remendado, se ajustaba, flojo y húmedo, á sus piernas en el extremo delgadas.

Debia haber sido buen mozo, al menos sus regulares facciones, que no carecian en su delineacion de cierta finura, parecia anunciarlo. Pero el hambre ó la enfermedad, y quizá las dos cosas unidas habian operado en ellas tal destruccion, que su conjunto no podia inspirar mas que compasion. Su frente estrecha, prominente, bronceada por la falta habitual del peinado, se coronaba de una masa de cabellos incultos y como disecados. Su barba estaba cortada con tijeras, en todas las partes donde la decencia inglesa ha declarado chocante dejar crecer el pelo. Podemos afirmar de paso, que ninguna lady da-

ria limosna á un pobre lleno de bigotes. Desgraciadamente es cierto que ese pobre perderia poco con esto pues las ladies dán limosna muy rara vez. Su boca tenia esa expresion de ulcerada amargura, que aun hace mas triste la obligacion de sonreirse. Sus ojos apagados, abultados, estraviados, se abrian á la flor de la cara entre las cavidades de su frente hendida encima de sus cejas, y de su mejilla de donde únicamente salia la punta inflamada de un huesudo juanete.

Aquellas facciones no manifestaban nada á decir verdad, nada mas que la miseria llevada hasta la agonía, pero tampoco manifestaban la malignidad ó la bajeza. El tipo irlandés conservaba únicamente un no se qué de su astucia sencillamente flemática.

Y al fin, en Lóndres donde todo vicio puede llegar á ser un oficio lucrativo, es necesario ser muy honrado para morirse de hambre.

Esta era la posicion de nuestro hombre, se moria de hambre. Esto es tan comun entre nosotros que seguramente tenemos escrupulo de entretener al lector con semejantes vanalidades. Pero es preciso decirlo todo; y ademas, nuestro libro está hecho tambien para la Francia, donde las personas que mueren de inanición pueden tener, segun aseguran, la probabilidad de encontrar aqui ó alli un pedazo de pan.

No afirmamos positivamente este último hecho, por temor de que no se figuren los caritativos ribereños del Támesis, nuestros amados compatriotas, que llevamos también bigotes. Esto sería seguramente más horroroso y más humillante para un corazón verdaderamente inglés, que el ser acusado de robo ó de falsario de documentos públicos.

Nuestro pobre hombre continuaba mirando á Stephen con singular espresion de avidéz. Seguramente tenia muchos deseos de acercarse al jóven médico, pero un no sé qué lo contenía: la miseria es tan tímida en Lóndres, por haber sido tantas veces rechazada!

En fin, mientras que el mismo Stephen dudaba, el mendigo se separò con lentitud de la reja en que se apoyaba, y atravesó la calle á paso de lobo. Llegó al lado de Stephen en el momento en que este se determinaba á tirar de el boton de la campanilla.

=Vuestro honor, dijo con timidéz tirando debilmente á Mac-Nab, por un faldon de su casaca! oh! vuestro honor.

Stephen se volvió con prontitud, avergonzado de verse sorprendido en aquel sitio. Al ver al pobre, su primer movimiento fué de irritarse; pero el desgraciado vacilaba sobre sus eticas piernas. Los pocos pasos que acababa de dar, lo habian agotado.

—¿Qué quereis? preguntó Stephen que reprimió un gesto de impaciencia.

—Oh! vuestro honor! respondió el pobre con un pronunciado acento irlandés; no os incomodeis contra mi..... solamente quiero deciros que M. Bishop vende demasiado caro y que os arreglariais conmigo por la mitad.

Stephen retrocedió involuntariamente. La pobreza tiene entre sus mil desgracias la de verse acusada siempre con facilidad. La imaginacion de Stephen sujeta á las ideas lúgubres, le hicieron ver en las palabras del irlandés cierta terrible tendencia.

—¿Teneis acaso el oficio de vender cadáveres? le preguntó.

—¿Quereis comprar uno? dijo muy bajo el irlandés en lugar de responder.

Stephen pensó al momento en las dos hermanas.

—¿Una jóven? pronunció con los dientes convulsivamente apretados.

El irlandés meneó melancólicamente su desgredada cabeza.

—Oh! vuestro honor! dijo, no soy un asesino como M. Bishop..... Y cuando digo que M. Bishop es un asesino, quizá me engañe..... se muy bien que no debo hablar nunca mal de las personas ricas..... pero por lo que respecta á mi, vuestro honor, no hay mas que mirarme para ver que no tendria ánimo para asesinar á un niño.....

Stephen mirò mejor al pobre diablo, y se compadeció de su conocida angustia.

—¿Desenterrais los cadaveres que vendéis? le preguntò con mas dulzura.

Pues el hecho de violar las sepulturas es falta venial para cualquier médico inglés.

—Oh! no, vuestro honor, contestó el irlandés; soy católico.

—¿Entónces, que me proponéis?

—Un cuerpo que no ha sido malo en su tiempo, vuestro honor..... un poco delgado, pero sano.... cuarenta años..... cinco pies y seis pulgadas: dentro de una hora puede ser vuestro. Si quereis esperarlo ocho dias me alegraria mucho, pero no os incomodeis.

—¿Y de donde lo vais á sacar? balbució Stephen estupefacto.

—Oh! no os impacientéis por eso, me corresponde solamente á mi.

—¿No está muerto?

—No del todo, dijo el irlandés sonriéndose con tristeza.

—¿Esperais matarlo?

—Será necesario.....

—Pero al fin, desventurado, dijo Stephen estremeciéndose, ¿cuál es ese cadáver?

—Si agrada á vuestro honor, contestó el irlandés con fria resolucion, será el mio.

Al decir esta última palabra el pobre vaciló, y se sentó en los escalones de la escalera de Bishop.

Stephen lo miró con atención. No descubrió ninguna señal de enajenación mental, ni aun de fiebre en aquel estenuado semblante. Este colmo de la miseria humana le hizo olvidar por un instante su propio sufrimiento.

—¿Cómo os llamais? le preguntó buscando su bolsillo.

—Oh! vuestro honor, contestó alegremente el irlandés: bien veo que me vais á comprar..... Me llamo Donnor d' Ardagh, y en dos palabras puedo contaros mi historia... Ya sabéis que los irlandeses, tenemos una pasión decidida por venir á Lóndres, y Lóndres nos mata.....

Al ver que Stephen lo escuchaba, Donnor volvió á encontrar por un momento la volubilidad proverbial de los hijos de la verde Erin, y añadió con rapidéz:

—Ah! si, vuestro honor, Lóndres es malo para las personas de Irlanda.... Vine aquí hace mucho tiempo, y me casé en Saint-Gilles con una jóven linda que me amaba. Eramos pobres, pero eramos entrambos fuertes, y trabajabamos tanto!.... Hace dos años viviamos tranquilos con cinco niños, de los cuales el mayor trabajaba ya..... El mayor, Patrick, era muy hermoso y robusto; hubiera sostenido nuestros ancianos días, pues tenía buen corazón.... pero el rey necesitó marineros. Cogieron á Patrick y lo llevaron á

un buque que no ha vuelto..... mi pobre Nell lloró, trabajando siempre, en seguida dejó de trabajar, por que su corazon estaba despedazado..... El pan faltó en nuestro cellar (despensa) de Church-Street. George mi hijo segundo, un niño generoso y afable, vuestro honor! se compadeció de su madre enferma, y robó un remedio en casa de un droguista..... Georges fué enviado á Botany-Bay..... y Nell murió.

Donnor ahogó un sollozo, y continuó jadeando.

Snail y Loo, que nos habiamos visto obligados à enviar á las manufacturas durante la enfermedad de Nell, se corrompieron como sucede siempre en estos receptaculos envenenados..... Snail se enroló en la gran familia..... Si supieseis cuan despejado y cuan gentil era, vuestro honor.... y Loo, mi linda Loo..... el amor de mi pobre Nell..... Loo ha deshonrado mi nombre.... no tiene mas que trece años, vuestro honor: pobre muchaacha! no hay que echarle la culpa! Lóndres solamente la tiene.....

Donnor inclinó la cabeza llorando, pero sin cesar de hablar.

—Snail y Loo hubieran tenido unos corazones honrados; pero en Lóndres se ataca á la infancia, y la infancia no sabe.... Ahora Loo se muere achicharrada por el aguardiente y la fatiga de su horroroso ofi-

cio, y Snail crece para la horeca..... Oh! y estos son hijos mios'..... Los hijos de Nell tan pura y tan buena!..... Ahora, vuestro honor, me queda una hija enteramente desnuda, que se acuesta en el polvo á la puerta de mi antiguo cellar..... Estoy muy débil para poder trabajar, y procuro vender mi cuerpo por dos libras y diez shellings.

=Desventurado, dijo Stephen, cuando no ecistais, creéis que vuestra hija sufrirá menos?.....

Oh! vuestro honor, he pensado en todo, contestò Donnor con una sonrisa infantil, sonrisa que ninguna palabra nos parece puede pintar su sublime sencilléz: he tenido tiempo de reflexionar. Hace muchos dias que procuro venderme.... pero M. Bishop dice que estoy muy delgado..... Se engaña, aun tengo carne..... Mirad, vuestro honor, Brien de Cork el tendero de Bainbridge-Street, recibirá á la niña en su casa, si encuentro dos libras para su equipo..... Aun me quedarian diez shllings, de los cuales me servirán cinco para hacer poner una cruz en la tumba de Nell. Con los cinco restantes.....

Donnor dudò.

=Oh! vuestro honor, añadió con embarazo, se muy bien que no es este un pensamiento muy cristiano..... y si fuese necesario, podré rebajar estos últimos cinco shellings.... Pero hace tanto tiempo que no he comido

ni bebido á mi satisfaccion.....Antes de morir, vuestro honor, quisiera sentarme en una mesa como un hombre, comer pan, y beber cerveza.....Tengo olvidado el gusto que tiene esto.

Stephen permaneció un momento sin voz, ante aquella suprema espresion de la miseria, y Donnor creyó que le parecian esorbitantes sus pretensiones.

—Renunciaré á los cinco chelling si es necesario continuó con un suspiro. Puedo morir en ayunas lo mismo que he vivido..... Por lo que respecta á la otra corona..... La pobre Nell no tiene cruz en su tumba... Ah! Vuestro Honor! si regateais todavia la pobre niña no sabrá donde ha de arrodillarse para llorar sobre la tumba de su madre.

Los ojos de Stephen se humedecieron, y le faltó su sangre fria al oír estas últimas palabras.

Donnor, le dijo, tambien soy yo muy desgraciado.....han robado de casa de mi madre á dos jóvenes á quienes amo como si fueran mis hermanas.

Ah! dijo el Irlandés que dirigió una mirada muy significativa á la muestra de M. Bishop.

—Id á comer y beber añadió Stephen poniéndole en la mano un soberano y una targeta con su nombre, id á proporcionar á esa pobre niña vestidos..... y despues vendreis á verme.

Donnor no se apresuró á manifestar su reconocimiento. Conocia demasiado bien á Londres, para suponer que aquello era un beneficio, y su vista interrogó con desconfianza la fisonomia de Stephen.

—Vuestro Honor, dijo despues de un momento de silencio, aun queda una libra y cinco chellings.

No se puede ecsijir que un hombre en la posicion de Stephen se ocupe mucho tiempo de la desgracia de otro.

Si podeis servirme, os pagaré, replicó con brevedad despidiendo al Irlandés con un gesto. Si no podeis serme útil, os socorreré.Idos Donnor, y volved á verme hoy á Cornhill.

Donnor se alejó sorprendido. La idea de ganar algun dinero, débil como estaba y sin tener que vender su cadáver, no podia entrar en su imaginacion, despedazada con aquel pensamiento de muerte.

Voy á ocuparme como mejor me sea posible de esa pobre niña, dijo para si.

Pero no dió las gracias á Stephen.

Este apretó el boton de la campanilla, y la puerta se abrió.

Un criado con librea encarnada introdujo á Mac-Nab en una espaciosa sala, cuyos artones es adornados de una multitud de grabados representaban asaltos de pugilato y de florete. Se veian por varias partes

sobre los tapetes de las mesas guantes de gladiadores, látigos, pipas, y muchos números del diario, the Grog, hoja semanal ilustrada, cuyas columnas contenian toda clase de hechos de caza, de juego, de pugilato ó de *eccentricity*.

Stephen preguntó por M. Bishop.

—Está en su gabinete, contestó el lacayo, y si teneis á bien decirme vuestro nombre, os anunciaré.

Stephen dijo su nombre.

El lacayo salió y volvió al momento diciendo.

El Señor recibe.

Stephen subió un piso mas, y se encontró en el gabinete de Mr. Bishop.

Ya hemos descrito á este personage en la primera parte de esta narracion, cuando el memorable duelo de Tunrbull y Mich el cuñado del pequeño Snail. No volveremos á hacer su retrato, muy poco seductor seguramente para que se tenga capricho de repetirlo dos veces. Sin embargo, nos veremos precisados á indicar de paso algunos rasgos olvidados, ó cambiados sinceramente á causa del dia. Bishop el asesino estaba vestido con una bata de raso, cuyos variados bordados daban rojos y magníficos reflejos. Sobre su frente se hallaba de lado un gorro de forma escocesa, de tartan escarlata. Estaba medio acostado en una otomana de terciopelo, jun-

to á la pared colgada de la misma tela. La otomana, los sillones, la tapiceria, y tambien las cortinas medio cerradas de las ventanas eran encarnadas.

Todo aquel rojizo resplandor lanzaba en el semblante del asesino un color apoplético que daba horror.

A su lado un gran perro de Escocia, con pelo rojizo, estaba tendido sobre la alfombra. El brillo de sus ojos reflectando la ardiente claridad de aquel extraño aposento, brillaba con un destello realmente diabólico.

M. Bishop era tambien en su clase un *eccentric-man*. Aquel mueblage era de su invencion.

Fumaba en una larga pipa de Turquía, cuyo tubo de depósito descansaba en el suelo, y enviaba hácia el techo espirales de rojizo vapor.

Al entrar Stephen en la habitacion, experimentó al principio una especie de deslumbramiento causado por el insolito color que lanzaba sobre todos los objetos.

La primera cosa que vió en medio de aquel ardiente caos, fué la inflamada mirada del perro de Escocia, que gruñó sordamente é hizo relumbrar el brillo de sus pupilas.

En seguida distinguió los contornos de una cara de perro dogo, adornada con un gorro de terciopelo. Era el asesino, y Stephen se adelantó hácia él.

—Oh! oh! dijo Bishop sin moverse.... Sois vos á quien llaman Mac-Nab?..... No os conocia..... ¿Qué quereis?

—Yo os conozco, contestó Stephen, que habia recobrado su sangre fria, y quiero ver á vuestros subditos (1).

—A mis subditos! por Dios vivo! exclamò Bishop con una gran carcajada..... Yo mismo sóy subdito del rey..... ¿Dónde pensais que estais, camarada, para hablarme de súbditos?..... Estais tan pálido que no bastan todos mis terciopelos para poneros encarnado el semblante..... ¿Creo que no habreis venido para burlaros de mi?

—Os repito, contestó Stephen, que vengo para compraros un súbdito.

—Diantre! murmuró Bishop levantándose de un salto, y cojiendo al jóven médico por el cuello. ¿Sereis algun agente de la policia, camarada?

El perro de Escocia estendió sus patas delanteras, encogiendo las de atrás como si fuese á abalanzarse al cuello de Stephen.

(1) La voz *sujet* en francés corresponde en español á súbdito y á objeto de ciencia; en este último sentido hablaba Stephen, pero Bishop se aprovechó del equivoco tomándola por que le convenia en la otra acepcion. Es imposible traducir este juego de voces.

